





Biblioteca de la Raza

NO SE PRESTA

LECTURA EN

SALA

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000345168

T. 189957

R
8844

L

EDUARDO BARRIOBERO

EL AIRÓN

DE LOS

TORRE-CUMBRE

NOVELLA



**MUNDO LATINO
MADRID**

EM

OBRAS DE

E. Barriobero y Herrán

(Las señaladas con un asterisco están agotadas y no podemos servir las.)

NOVELAS:

Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa*.

Vocación*.

Syncerasto el parásito*.

El hombre desciende del caballo*.

Como los hombres*.

Matapán, el probo funcionario. 3 pesetas.

El hermano Rajao, grado 33. 4 pesetas.

Chatarramendi, el optimista. 2 pesetas.

Nuestra Señora la Fatalidad. 5 pesetas.

Historia ejemplar y atormentada del caballero con la mano al pecho. 5 pesetas.

El Airón de los Torre-Cumbre. 5 pesetas.

ESTUDIOS:

Misterios del mundo*.

Cervantes de levita. 1 peseta.

De Cánovas a Romanones.

Problemas nacionales. 3 pesetas.

VIAJES:

Cómo está Europa. 5 pesetas.

TEATRO:

Don Quijote de la Mancha. Comedia lírica, 5 pesetas.

Juerga y doctrina. Zarzuela en un acto*.

Hombres de honor. Drama en tres actos*.

Entre los lobos. Adaptación en cuatro actos*.

EL AIRON DE LOS TORRE-CUMBRE

E. BARRIOBERO Y HERRAN

EL AIRÓN DE LOS TORRE-CUMBRE

NOVELA



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

12.20.106

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

EDITORIAL MUNDO LATINO

PRÍNCIPE DE VERGARA, 42 Y 44
MADRID

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Copyright, 1929.

By E. Barriobero y Herrán.

C.^a General de Artes Gráficas.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.

I

EL ARMINO BLANCO

Día de toros. Lucerito de Camas y Carpantilla de Trebujena hicieron maravillas. La afición se precipitó al redondel y sacó a los dos en hombros.

Al salir la gente de la Plaza ya pregonaban en la puerta los vendedores *La Coleta* y *El Rehilete*, semanarios técnicos muy sesudos y acreditados. En el primero juraba un cronista por la memoria de sus mayores que Lucerito había dado *el baño* a Carpantilla, y en el segundo, un revistero incapaz de faltar a la verdad aunque se lo mandara el Gobierno, decía que *el baño* se lo había dado Carpantilla a Lucerito.

La historia sabrá poner en claro esta efemérides transcendentalísima.

—Si vas a la Peña, te llevo—dijo a Rodriguito de Torre-Cumbre su amigo don Fernando Garnacha, que había mandado acercar un coche.

Subieron.

—En pago—propuso Rodriguito—, te convidaré a cenar en Rosales, y no has de quedar disgustado; con mi amiga *La Minutisa*, que ahora trabaja allí, nos aguarda una tanguista malagueña que tiene verdadera gracia.

—Lo siento muy de veras; pero no puedo ser de la partida. No lo tomes a mal.

—¡Claro! No lo había yo pensado. Un hombre de negocios como tú no está bien que se exhiba en una casa de juego. Tu seriedad, tu crédito...

—No es eso, Rodrigo; ya sabes que he ido muchas veces. Esta noche tengo una ocupación ineludible.

—¿Faldas?

—Para ti no hay otra cosa ineludible en el mundo. ¡Ya amainarás!

—A ti mismo te he oído decir que las cosas serias se tratan por la mañana, y cuanto más temprano, mejor.

—Así es, en efecto; pero esta noche tengo una junta a la que no debo faltar. Creí que tu perspicacia te había hecho advertir que los jueves, hasta pasada la media noche, los salones de la Peña están en cuadro.

—Tiene su explicación: ya sabes que yo no suelo aparecer hasta la madrugada; pero cuenta, cuéntame qué clase de Asamblea es esa, de la que yo, al parecer, estoy excluído.

—Excluído, no; es, sencillamente, que no estás iniciado.

—¿Fracmasonería? ¿Espiritismo? ¿Demonología? ¿Se puede saber?...

—¿Por qué no? Precisamente hace ya mucho tiempo arde en mí el deseo de proponerte que seas de los nuestros; pero no echés a volar la imaginación por los horizontes de lo misterioso ni por entre las nubes negras del pecado. Nuestra Asociación es acendradamente católica, apostólica, romana, y su divisa, el temor de Dios y la limpieza de sangre.

—No me atrae mucho. Ya sabes que yo, sin ser ateo ni anticlerical, vivo de la Iglesia a honestísima distancia; suelo hacer una vida bastante libre, *como al mundo es bien notorio*, y con ella no se acomoda muy bien ese temor de Dios del que acabas de hablarme.

—No es incompatible con tus gustos ni con tus costumbres. Dentro de la embriaguez del vino, de la embriaguez del amor, de la embriaguez del juego

queda siempre al hombre un punto de razón para apoyarse en él y sentir el temor de Dios.

—Y se ahogó la fiesta.

—No, Rodrigo, no; parece mentira que tú, tan inteligente, digas semejante disparate. Dios, que ha creado todo y está en todas partes, ha creado también los placeres de la tierra para que de ellos gocen sus elegidos como de un anticipo de la bienaventuranza. Por eso, quien mejor sabe gozarlos, eleva su corazón a Dios desde la mesa de juego, desde el tálamo episódico y desde la bodega.

—Eso no está mal. Sigue, sigue mi iniciación, que te escucho con todos mis sentidos.

—¿Oíste hablar alguna vez de *El Armiño Blanco*?

—¿Vas a hacerme una imagen retórica?

—Me has llamado cursi, y te lo perdono. Te hablo del nombre de nuestra Asociación.

—No recuerdo. Tal vez.

—Pues así se titula. En ella nos hemos reunido un centenar de hombres limpios de sangre y temerosos de Dios, todos poseedores de algún dinero o de algún talento, que nos hemos propuesto prestarnos ayuda mutua para la conquista del mundo.

—¿A lo Napoleón? ¿A lo Alejandro? Si así es,

te advierto que yo, en absoluto, carezco de sustancia militar.

—No; no es eso. Escucha. La aristocracia terminó su misión en la tierra; se sobrevive muy honrada, pero muy vieja, paralítica y menopáusica. El pueblo se eleva, pero no alcanza a la región en donde se crean las grandes soluciones para los problemas de la vida. En vista de ello, nosotros, que no somos pueblo ni aristocracia, hemos ideado esta alianza, que, poco a poco, va permitiéndonos absorber la dirección económica de la Sociedad y su gobierno político. Casi todos estamos ya situados, y nos hace falta hombres; por eso había yo pensado en ti.

—Y ¿qué he de hacer para ser de los vuestros? ¿Unas oposiciones? ¿Una Memoria con citas del latín, del griego y del alemán? Te advierto que nada de eso está a mi alcance.

—No te preocupes. Has de afirmar, bajo juramento, tu temor de Dios y probar, además, tu limpieza de sangre.

—¿Cómo?... ¿Un Wassermann acaso?

—Habla en serio, como yo te hablo. Para probar tu limpieza de sangre has de presentar un historial de tus antepasados hasta el séptimo abuelo.

—¡Pero, hombre de Dios! ¡Si yo apenas me acuerdo de mi padre!

—No te apures; tenemos en la Asociación un especialista. Yo te lo enviaré para que le hagas las indicaciones precisas.

Habían llegado a la Peña, después de haberse engarzado en el rosario de coches que, al bajar de la Plaza por la calle de Alcalá, extendíase acompañado y pimpante por Recoletos y la Castellana, retrocediendo luego para subir a dar por la Puerta del Sol la clásica vuelta.

Quedó Rodriguito en el Círculo, y don Fernando dió al cochero unas señas, después de encarecerle que caminara de prisa.

Don Fernando era un pollo cuarentón, soltero y sin amores conocidos, a quien dos años antes todos habían visto poner en práctica expedientes misteriosos, llenos a veces de ingenio, para subvenir a sus necesidades. Su verdadera especialidad era la de servir de "cicerone" o de administrador a los jóvenes y a los forasteros que llegaban con tarjeta de socios transeuntes.

De pronto viósele mejorar de fortuna, pagar deudas olvidadas, prodigar los obsequios y firmar como

gerente de poderosas Sociedades en la *Revista Financiera*.

Unos decían que había heredado, otros que era testaferro del ministro de Hacienda, otros que de los jesuitas; pero nadie sabía la verdad. El hecho es que vivía muy bien, que vestía muy bien, que iba muy bien alhajado y que no perdonaba fiesta ni banquete.

Los maldicientes auguraban a diario su caída estrepitosa; pero, en vez de confirmarse el augurio, continuamente aumentaban su esplendor y su influencia.

Por Rodriguito había mostrado siempre verdadera debilidad, que tal vez no fuera sino gratitud, puesto que ofició de tutor suyo y de administrador de su pingüe cartera durante largos meses.

El heredero de los Torre-Cumbre, huérfano desde antes de cumplir los veinte años, contaba en aquel momento veinticuatro, y para gozar de sus cuantiosas rentas disponía de un físico atrayente por su elevada estatura y por su animado color de salud pueblerina, y de un ingenio pronto y acertado que matizaba muy bien sus aristocráticas maneras.

Aficionado a desmenuzar la vida y a desentrañar sus secretos en busca de goces y emociones, aco-

gió con entusiasmo la proposición de su amigo, y desde el momento de oírla aguardó con impaciencia el de jurar solemnemente su temor de Dios y probar su limpieza de sangre ante los egregios caballeros de *El Armiño Blanco*.

II

Faltaba muy poco para la hora del mediodía.

Rodrigo, recién salido del baño, entregábase a la complicada tarea de abatir y aplastar sobre su cabeza, con ayuda de una pomada, la selva compacta y espesa de sus cabellos rubios.

Su criado le interrumpió para entregarle una tarjeta en la que su gran amigo don Fernando Garnacha le decía:

“Querido Rodrigo: Te mando al hombre que te hace falta. Se llama Primitivo Jakem Brollon; es archivero, bibliotecario, anticuario, rey de armas y una porción de cosas más que le habilitan para leer en el pasado, en el presente y en el futuro. Estoy seguro de que me lo agradecerás. Te abraza tu buen amigo, *Fernando*.”

Dispuso que lo introdujeran en su gabinete; y, sin otra preparación que la de alisar con las manos las

arrugas del pijama de seda que vestía, marchó Rodriguito al encuentro del sabio.

—Señor...—saludó éste, acompañando la exclamación con una profunda reverencia.

—Siéntese. Ya he leído que le envía mi amigo don Fernando Garnacha.

—Un favor más que le debo.

—Le habrá enterado del servicio que de usted esperamos...

—Sí; la ejecutoria para el ingreso en la Asociación de...

—*El Armiño Blanco*. Justamente. Tiene usted que reconstruir la historia de siete abuelos míos.

Don Primitivo sacó del bolsillo interior de una levita grasienta y abundante que vestía un gran cuaderno en blanco y un lapicero; calóse con solemnidad unas gafas con montura de concha y pidió a su huésped la venia para someterlo a un interrogatorio minucioso y preciso.

—Pregunte lo que quiera —repuso Torre-Cumbre—. Lo malo será que no pueda contestarle a su gusto, porque yo, de mi familia, sé muy poco.

—¿Se llama usted?

—Rodrigo de Torre-Cumbre Altuna de Mendoza y Cazán del Lirio.

—¿Y su padre?

—Rodrigo de Torre-Cumbre Cazán del Lirio y Menéndez del Roble. Murió en 1894.

—¿Está usted seguro de haber tenido siete abuelos?

—¡Como todo el mundo!

—No, señor mío; no generalice. Yo he confeccionado la ejecutoria de muchos que, a lo sumo, tuvieron tres. Pero eso no importa; sé inventar los abuelos cuando la historia me los oculta. Más arriesgado es meterse a buscar padres, y se encuentran. ¡Vaya si se encuentran!

—Sus antepasados, ¿vivieron en Madrid?

—Únicamente mi padre y mi abuelo, que vino colocado a las covachuelas. Los demás tengo entendido que vivieron en un pueblo de la provincia de Burgos que se llama Prado-Ameno.

—¿Tiene usted archivo familiar?

—Aquí no. Allí conservo mi casa solariega, y tal vez en ella haya algunos papeles.

—Será preciso ir.

—Eso usted lo verá.

—Empecemos ahora por los de aquí. ¿Sabe usted algo de sus padres?

—Muy poco. Mi madre murió cuando yo tenía

dos años, y mi padre cuando aún no contaba cinco.

—¿Fué empleado su señor padre, que santa gloria haya, como su señor abuelo, a quien del mismo beneficio haga el Señor partícipe?

—No. Mi padre fué rico. La fortuna que dejó es la que a mí me da de vivir.

—¿Cómo hubo de adquirirla?... ¿Por herencia? ¿Por industria? ¿Por matrimonio?...

—No lo sé.

—Será preciso decorar la historia de mis señores sus siete abuelos con hazañas, rasgos de ingenio, paternidad de obras maestras...

—Diga usted la verdad, y eso me basta. Sin duda, todos ellos fueron gente honrada.

Dió el sabio por terminados sus apuntes y cerró y guardó el cuaderno. Luego, como al parecer tenía verdadero deseo de hablar, explicó a su cliente que era español por razones de domicilio, pues sus progenitores fueron un inglés y una gallega, habiendo heredado de aquél la minuciosidad y la conciencia, y de ella, la perspicacia indispensable para su tarea de investigador.

Explicó que tenía sesenta años, aunque algunos más denunciaban su calva, prolongada hasta el co-

gote, sus relevantes patas de gallo, sus manos sarmantas y sus pies juanetudos.

Declaró haber estudiado sus ciencias y sus artes en París, en Berlín, en Lausana y en Lieja, y aun cuando en Italia no había estado, honrÁbase con el título de correspondiente de los Arcades de Roma.

Expuso, por último, aunque Rodriguito de ello no entendiÓ una palabra, sus métodos de investigación histórica y sus procedimientos para llenar las lagunas, apuntando al margen de esta referencia noticias y comentarios curiosísimos.

—¿Conoce usted a Pérez del Cimborrio?—se interrumpió de pronto—. Es una pena su ascendencia: desde su primer abuelo, todos ladrones; al sexto lo emplumaron en Avila.

—¡Qué horror!—intervino Rodriguito.

—Eso no es nada. Si yo le dijera que el bisabuelo del duque de Molinón fué padre de una mancebía en Sevilla...

—¿Está usted seguro?

—Los documentos no mienten, y mis métodos de investigación son infalibles. ¿Cómo dirá usted que supe que fué cuatrero el primer marqués de la Raposa?

—Y ¿cómo voy yo a decirlo?

—Es verdad. Para estas cosas se necesita una grandísima preparación científica. En el cuartel superior de la izquierda del escudo nobiliario del marqués de la Raposa campean tres caballos sin bridas y atarazados por el pescuezo con nudos corredizos. Esto ya me hizo sospechar algo, pues los cuatros de la época cogían así las bestias de entre las dulas que pastaban en las dehesas comunales. Fui luego al pueblo de su solar, y cuando ya estaba defraudado y amargado de no encontrar cosa que me fuera útil en los archivos de la casa, en los de la iglesia ni en los del Concejo, una tarde de julio escuché a un labrantín que acarreaba mies esta copla reveladora:

Que no te muce una vaca
ni te coja un cuadrillero,
y al corregidor te lleve
como a Raposa el cuatrero.

¿Ve usted qué maravilla? ¿No dice esa copla más y mejor que una escritura sellada con ceras y plomos y guardada en los cartapacios ancestrales del Archivo de Indias?

Despidióse con esto don Primitivo, y Rodriguito quedó deslumbrado por su sagacidad y por su ingenio, merced al que muy pronto iba a conocer la historia de sus gloriosos antepasados, que ya comenzaba a inspirarle honda curiosidad.

III

—¿Por qué no te casas, Rodriguito?

—¡Tiene gracia! Me recuerda tu pregunta lo que contaba Martínez que ocurrió la semana pasada en un juicio oral. El presidente dijo al reo: —¿Podría usted explicar a la Sala todo lo que hizo de la mañana a la noche el día de autos? Y el reo, muy fresco, repuso: —¿Podría explicarlo usted, señor presidente?... ¿Verdad que tiene gracia? ¿Por qué no te has casado tú, querido Fernando?

—Hombre... Te diré...

—No, no me digas. Hay mucha gente contagiada de la costumbre de los curas: a todo el mundo casan, y ellos permanecen solteros.

—Solteros no, célibes.

—Llámale hache. ¿Por qué he de casarme yo, cuando tú, maestro mío de tantas cosas, no te has casado y te ha ido perfectamente?

—No; no estás en lo cierto. Se me pasó la edad sin que pudiera darme cuenta, y ahora estoy bien arrepentido.

—Pues yo, francamente, no siento esa vocación.

—Te arrepentirás, como yo, algún día.

—Puede ser; pero ahora me agradaría conocer las razones que te inducen a darme ese consejo.

—Son muchas y de buena ley todas ellas. No tienes familia que pueda consolarte y asistirte en cualquier dolencia moral o física. No dejas detrás de ti quien pueda disfrutar los honores y los bienes que tú heredaste de tus antepasados. No has de encontrar, como habrás notado ya, en el amor mercenario las sublimes satisfacciones que procura el amor conyugal. Y, en otro aspecto, tú, con ayuda de nuestra poderosa Asociación, has de brillar en el mundo: serás gobernador, serás acaso ministro, y entonces has de necesitar de una dama bien nacida y educada que haga los honores de tu hogar y dé brillo a tu cargo, y que, además, te evite el ridículo de que en el momento más solemne llegue *la fulanita* para preguntarte si aquella noche te debe aguardar. ¡Ya ves si son razones!

—Según como se mire.

—Pues, además, hay otra.

—Venga.

—¿Conoces a Conchita, la hija única de los Cinchuelo?

—¿El banquero?

—Sí, Rodrigo, el banquero; ahí tienes fortuna, relaciones y, además, una hembra *bestial*, como decís ahora.

—De modo que hasta me has buscado novia...

—No; te juro que es la primera vez que se me ha ocurrido pensar en esto. No hago más que aconsejarte, como siempre y como en todo.

—Pues... te agradezco el consejo; pero no me caso.

—Piénsalo bien. Me gustaría que conocieras a Conchita.

—Luego tú la conoces...

—Sí. Tiene ahora diez y siete años y está interna en el Colegio de la Sagrada Ingenuidad. Los jueves y los domingos sale a comer con su familia, y así, en casa de sus padres, la he visto muchas veces. Te aseguro que sería un primer premio de belleza en el concurso más difícil.

—Y ¿tú crees que con todas esas excelencias que le atribuyes, y que seguramente tiene, querrá casarse conmigo?

—Sin duda. Su padre es uno de los más entusiastas de la Asociación, y creo que no me costaría gran trabajo ganar su voluntad.

—Bueno; pues no te ocupes de eso, que por ahora estoy bien como estoy. Y, a propósito de la Asociación, ¿a qué llamáis vosotros limpieza de sangre?

—¿Es posible que lo ignores?

—Por lo menos, creo no tener la noción precisa, porque cuando estuvo aquí tu recomendado para encargarse de mi asunto me contó verdaderos horrores de los antepasados de tus colegas. Uno fué cuatrero; otro, alcahuete...

—Eso nada tiene que ver con la limpieza de sangre. Nosotros sólo pedimos probanza de que no hay en ella un globulito hebreo, ni árabe, ni judío, ni de herejes, ni de gentiles, ni aun de conversos; de la persistencia en la fe católica y de la legitimidad de los matrimonios.

—La verdad es que os conformáis con bien poco.

—Si la fe allana las montañas, ¿cómo no ha de purificar a los hombres? Si quien fué ladrón en la primera mitad de su vida puede ser santo en la segunda, y aun en toda la vida perdurable, ¿por qué no ha de ser honrado, que es menos que santo, el nieto de un ladrón?

—Así es justo; pero el argumento destruye la utilidad de las ejecutorias.

—Comprenderás que si no pusiéramos obstáculos o exigiéramos requisitos para el ingreso en *El Armión Blanco*, habría cola.

—¿Tantas ventajas ofrecéis?

—Ya las conocerás cuando estés iniciado. De seguro que ahora no se te alcanza la razón de que Gutiérrez sea ministro, y Gómez Duque y Solampa, de dormir en los bancos del Prado, pasara de un salto a ser banquero.

—Y de mí, ¿qué vas a hacer?

—Preparaté a ser muchas cosas; pero pon algo de tu parte... Si te casaras...

—¿Otra vez?

—No creo que seas viudo.

—Por lo visto te has empeñado en colocarme a Conchita, y te voy a complacer a medias. Preséntamela. Ya siento la curiosidad de conocerla.

—¿Estás presentado a Cinchuelo?

—No.

—Pues yo te anunciaré... Se me ocurre otra cosa mejor: madruga el domingo, nos vamos a las inmediaciones del Colegio y nos hacemos los encontradizos con el padre y con la niña cuando salgan.

—Serás obedecido.

Garnacha no pudo resistir a la tentación de abrazar a su edecán, y casi de un salto trasladóse después a la opulenta morada del suegro que trataba de adjudicar a Rodrigueto.

Franqueáronle todas las puertas, como a persona de absoluta confianza, y llegó radiante de alegría al despacho particular del banquero.

—¡Albricias, Cinchuelo, albricias! En el primer asalto le toqué en el corazón. ¡Yerno tenemos! ¡Y qué yerno, amigo mío: rico, noble, joven, buen mozo!... ¡Todos los bandidos tienen suerte!

—Así sea, don Fernando de mi alma — repuso Cinchuelo con voz doliente.

—Lo que siento es haberme quedado tan corto al estipular el corretaje.

—Usted mismo acaba de declarar el poco trabajo que le ha costado ganarlo.

—Pasito, amigo mío, pasito, que aún estamos en el prólogo; por más que yo estoy seguro de que tan pronto como a Conchita le vea la cara...

—¡Dios lo haga!

—¡Claro que lo hará! ¿Cómo podría abandonarnos a usted y a mí, que en su santo temor vivimos tan acendradamente?...

IV

Más de media hora llevaban apostados Rodriguito y su amigo y director espiritual don Fernando Garnacha en una bocacalle frontera del Colegio que guardaba la hermosura y edificaba el alma de Conchita Cinchuelo, cuando llegó en un coche su ilustre padre, lo despidió y se introdujo decidido por la puerta entreabierta de la verja del jardín.

Don Fernando conocía perfectamente el programa del banquero: llegaba en coche, recogía a la niña, y si hacía buen tiempo, como en aquella ocasión, volvían los dos a pie, deteniéndose en alguna confitería de la calle de Alcalá para comprar un postre.

Así acaeció aquella mañana; diez minutos después de haber entrado Cinchuelo en el Colegio, salió acompañado de su hija, y Rodriguito y su amigo les fueron al encuentro fingiendo hábilmente que la ca-

sualidad y la fortuna los hubiesen colocado con tanta oportunidad en aquellas latitudes.

Conchita Cinchuelo mejoraba, si cabe, el retrato que de su físico, con sólo una pincelada, bocetara Garnacha. Nadie hubiera dicho al no encontrarla bajo la envoltura, un poco tosca, de su negro uniforme bordeado de rojos festones, que fuera una doncella de diez y siete años, sino una mujer definitivamente formada y útil para gozar y sufrir todas las excelsitudes de la maternidad.

Alta y robusta como una campesina, pequeños los pies y opulentas las caderas, proporcionados los brazos, lindas las manos, como arrancadas de un cuadro de Velázquez; estatuario el busto, en el que se acusaba con expresivas redondeces el pecho, que con rubor contemplaba ella misma desde que al papá de una de sus condiscípulas oyó decir un día de fiesta escolar: *¡Oh, la gentil mademoiselle! ¡Il y a de monde au balcon!* Y después de rogárselo muchas veces, consiguió que una hermana le tradujera el *calembourg*.

Sobre su cuello, de morbideces y alburas sin duda fascinantes, pero ocultas por el del uniforme, alzabase gallardamente su cabeza, orlada de cabellos castaños, sedosos y abundantes; roja y bien cortada

era su boca, que extendíase justa bajo la sombra de su nariz perfecta, y sus ojos, profundamente negros, irradiaban ingenuidad y alegría, como pudieran irradiarlas los de una pastorcilla de Watteau.

—¡Cuánto bueno!—exclamó Fernando, que era el más opulento almacenista de las frases hechas—. Y a continuación presentó: —Mi amigo Rodrigo de Torre-Cumbre, de quien tanto les he hablado. Don Zacarías Cinchuelo, a quien tú también me has oído nombrar...

Estrecháronse fuertemente las manos, y el banquero presentó a su vez:

—Mi hija Conchita.

Hizo ésta una inclinación de cabeza muy colegial y se cubrió su rostro de un rojo escarlata que, desbordándose de las mejillas, extendióse por igual desde el mentón hasta la frente y las orejas.

—Puesto que llevamos la misma dirección, os daremos convoy hasta vuestra casa—propuso Fernando—. Y al decirlo tomó del brazo al banquero, retenéndolo para que los jóvenes caminaran delante.

—¿Le hacen a usted estudiar mucho?—preguntó Rodrigo, que no había encontrado otra ganzúa para violar aquel arcón repleto de silencio.

—No, no, señor...; también nos divertimos.

Callaron los dos nuevamente.

—¿Sale usted todos los domingos?

—Los domingos y los jueves por la tarde, cuando hago bien los deberes.

—¿Los deberes? ¿Qué deberes tiene usted, señorita?

—¡Ay, muchos! Las madres son muy exigentes.

—Ya tendrá usted deseos de perderlas de vista...; sus padres debían presentarla en sociedad...

—No señor. Soy todavía muy joven: aún no he cumplido los diez y siete años; y dice sor Josefa de la Consolación que si nos presentan antes de tiempo, cuando cumplimos los veinte, a la gente le parece que ya tenemos veinticinco.

—Y ¿dice usted que también se divierten en el Colegio?

—Sí, señor; corremos por el jardín, y cuando llueve jugamos a apurar una letra o cantamos, y las madres suelen organizar funciones de teatro.

—Sin hombres, por supuesto. En el Colegio les estará prohibida la entrada.

Vaciló Conchita un momento, volvió el rostro a encendérsele y, al fin, se arriesgó a decir:

—Según a quiénes. Los papás y los hermanos de las colegialas suelen entrar...

—Entonces habrá noviazgos...

—No..., no sé...; acaso alguna de las mayores...

—Pero ¿las hay mayores que usted?

—¡Ya lo creo! Las hay que salen para casarse. Habían llegado a la confitería. Cinchuelo acercóse a la parejita y tendió a Rodrigo la diestra:

—Tendré mucho gusto en verle por mi casa particular o por mi despacho. Fernando me ha enterado de que pronto va usted a ser de los nuestros, y me agradaría, además, contarle como uno de mis amigos y que aceptara la confianza que le ofrezco de todo corazón.

Correspondió Torre-Cumbre con mejor cortesía que voluntad, volvieron a estrecharse las manos y quedaron solos otra vez los dos amigos.

—¿Qué te ha parecido la niña? No dirás que exageraré al hablarte de su belleza.

—No está mal...

—No está sino muy bien. Y, además, unos millones de dote, diez y siete años, limpieza de sangre, temor de Dios, influencia política..., ¿qué más quieres?

—No, si yo no quiero nada. La muchacha está bien. Un poco pava...

—¡A ver si crees que en ese Colegio las van a educar para cupletistas! Que te conste que las preparan muy bien para el matrimonio. La mujer casada ha de ser así: pudorosa, ingenua, modesta. Ya tienes a montones las que guían autos, ganan copas en las regatas, se fuman tus pitillos y hasta se emborriachan para divertirte. Conchita es uno de los mejores partidos que hay actualmente en Madrid; créemelo.

—No, si no lo dudo; pero... quien es un mal partido soy yo, que no tengo vocación de casado.

Esa llega tarde o temprano, y conviene prepararse para acogerla con el fin de no sufrir el castigo de los solterones.

—¿Cuál?

—El de casarse con la criada, es decir, con la vengadora más implacable.

—No creo que eso sea ineludible.

—Pues lo es, créelo. Sin duda, lo impone esa lógica misteriosa de la vida, que en ningún libro está escrita. El señorito joven inicia en los misterios del amor a la doméstica, por regla general, y, al final de la vida, la doméstica se hace señora del señorito, y venga y castiga severamente todos sus pecados de amor.

Habrás observado que no se suele tener lástima a la que de tal modo cae; pues es por eso, porque todos estamos seguros de que, en su día, se vengará.

V

Hay hombres que parecen llegados al mundo para complicar la vida de los demás única y exclusivamente—se decía Rodrigo de Torre-Cumbre—, y el que tiene la copa en estos *matches*, no cabe duda, es mi gran amigo y protector don Fernando Garnacha.

Pase lo del *Armiño*, porque si entro y la estancia no me es grata, me salgo, que no me atarán con cadenas ni me pondrán un sello en la frente; pero lo del matrimonio ya es otra cosa en la que yo no había pensado y que me preocupa más de la cuenta.

¿Me caso? ¿No me caso? La verdad es que no sería un disparate, porque ya estoy de *cabarets* hasta la coronilla, y, además, hoy el que se casa no se ata, como antiguamente sucedía. Ya que la civilización no ha podido abolir el matrimonio, ha sabido aligerar su peso, hacerlo más sutil y soportable.

Todos mis amigos, o casi todos, son casados y andan por el mundo tan sueltos como yo.

Y la niña de Cinchuelo no me disgusta; es un diamante en bruto que me entregarán para que yo lo talle y lo lapide a mi gusto; de mi habilidad y de mi arte depende el que mañana sea una rosa o una tabla.

Tiene, además de las que ha catalogado Garnacha, una ventaja inestimable: Cinchuelo es viudo. ¡Hemos oído cada cosa de las suegras! Probablemente serán cuentos de camino; pero con la fama se vive más que con la conducta.

Por otra parte, nunca me fué mal con los consejos y con las inspiraciones de Garnacha...

Así monologaba Torre-Cumbre, hundido en una butaca de su cuarto, fumando inconsciente egipcios, y en la mano una novela de esas de los Maestros de Maestros, que no logran interesar al lector por baja o por alta que sea su condición intelectual, cuando le anunciaron una nueva visita del sabio Jakem Brollon.

Un poco contrariado, porque en aquel instante le interesaba más la especie de examen de conciencia a que se hallaba entregado, determinóse a recibirlo,

seguro de que podría aplazarlo, pero no lo podría eludir.

—Señor—dijo el cronista, respetuoso como siempre—. Mis abrumadoras ocupaciones me libran un espacio de quince días, que puedo emplear en servicio vuestro; con ellos tendré suficiente para recomponer la historia de los Torre-Cumbre hasta vuestro séptimo abuelo, y vengo a solicitar vuestra venia.

—Ya la tenía usted—repuso Rodrigo—; y perdóneme el que por mi parte no le hable de vos ni de señor, como usted hace con desagrado mío, puesto que soy un hombre llano y demócrata, no tengo tratamiento oficial, y hasta acompañan mal a mi juventud esos énfasis y esas exaltaciones.

—Perdóneme, señor mío. No lo hice cediendo a un impulso adulatorio, sino a lo que llaman los sociólogos deformación profesional. Mis continuos estudios me mantienen en continuo contacto con Reyes, Príncipes, Cardenales y caudillos...

—Y con ladrones y alcahuetes—interrumpió el joven.

—Esos son personajes episódicos a quienes dejo siempre en la penumbra de la historia. ¡Ah, la penumbra de la historia! Si a la crítica no le estuviese vedado el acceso a sus arcanos, ¡qué cosas más pe-

regrinas sabría la Humanidad!... Decía, señor, que mi trato continuo con los más elevados personajes ha creado en mí la costumbre de exagerar los tratamientos y las consideraciones personales...

—Pues conmigo no exagere. Dígame en qué puedo servirle.

—Me haría falta una autorización para que su administrador de Prado-Ameno me permitiera revisar los archivos de la casa.

—Muy bien; y, sin duda, un cheque para los gastos y honorarios.

—Señor... ¿*Quis planteat vinnea et de fructu ejus non edit?*, como el Santo Evangelio nos dice...

—Aquí tiene: una hojita de mil pesetas que acabo de arrancar a mi Evangelio; cuando me entregue su trabajo le daré otra semejante. Así me ha dicho que haga con usted mi amigo don Fernando. ¿Está bien?

—¿Quién lo duda, señor mío?

—En cuanto al administrador, como tengo que escribirle largamente para otros asuntos, le anunciaré en la carta la visita de usted. ¿Cuándo piensa partir?

—Mañana sin falta.

—¿Viajan los sabios en el expreso o en el correo?

—En el correo, señor; los trenes rápidos no permiten estudiar la vida de los caminos, y, además, los hombres de estudio desconfiamos de los frívolos que acosumbran a decir: “Para cuando usted va, yo ya vuelvo...”

—En ese caso, mi carta llegará mucho antes, y con ello encontrará dispuestas mesa y habitación. ¿Se le ofrece algo más?

—Nada. Obligadísimo.

—Que lleve usted buen viaje.

Cambiaron sendas reverencias, con gran ventaja para don Rodrigo, puesto que la suya fué sólo de cabeza y la del cronista fué de cuerpo entero, y el joven reconquistó la soledad, que le permitía volver a su monólogo.

Pero no volvió, sino que, resuelto una vez más a seguir los consejos de Garnacha, pasó rápidamente del período de la meditación al de la acción; encontró un pretexto discreto y adecuado para recoger la invitación a visitar la casa de Cinchuelo, y a ella se dirigió con ánimo de explorar el terreno sobre el que había de edificar su vida futura.

Cinchuelo era un paleta vestido de burgués que conservaba íntegramente su rudeza nativa. Decía que después de comer le acometía un *sport*; cuando

trataba de comprar una casa encargaba a los arquitectos que examinasen bien la *vigamia*; llamaba *grabieles* a los garbanzos y *gabachos* a los franceses; tuteaba a los dependientes y a los criados; sólo conocía refranes y proverbios groseros; comía la merluza con cuchillo; decía en los convites que no tomaba café, ni licores, ni fumaba porque le parecían cosas de viciosos; gastaba corbatas hechas y botas de elásticos, y se sonaba la nariz musicalmente. Vivía, en resumen, su vida de sociedad a merced de cuatro fórmulas mal aprendidas, de las más vulgares y pedestres.

Nacido en un pueblo de la provincia de Zamora, vino muy joven a otro de la de Madrid, al servicio de unos parientes que tenían comercio de tejidos, quienes, al morir, lo dejaron heredero del negocio y de una razonable colección de áureos retratos de Fernando VI y de Carlos IV.

Liquidó el comercio, vendió las fincas y, reforzada así su opulenta talega de onzas, vino a la Corte y establecióse como banquero.

Se le ofrecieron buenos negocios, tuvo suerte en ellos, no cerró las páginas de su libro Diario destinadas a pérdidas y ganancias a políticos y aristócratas, y con ello fácilmente logró situarse y ser re-

cibido en la alta sociedad, que fingía no oír sus desatinos ni advertir sus rurales maneras.

Como la suerte es ciega para sus favoritos, proporcionó a don Zacarías Cinchuelo un matrimonio de ventaja, que redondeó y afirmó su situación, pues a favor de él pudo decorar su rusticidad con un nombramiento de senador vitalicio.

—¡Cuánto bueno, pollo!—exclamó en cuanto hubo advertido la presencia de Rodriguito—. Ha hecho usted bien en aceptar la invitación a visitarme. Tenemos que ser buenos amigos.

Muchas gracias, don Zacarías; pero no me lo agradezca. Necesitaba un servicio de banca y me he acordado de usted.

—Veamos, veamos...—dijo Cinchuelo, poniéndose en guardia.

—La cosa no tiene importancia: unas acciones del Ferrocarril Circular que me hizo adquirir Garnacha, y como estos valores, a mi juicio, no tienen gran porvenir, o lo tienen muy remoto, quiero cambiarlos por otros que usted me aconseje.

—No va usted mal, joven; no va usted mal. Déjese guiar por mí, que tengo buena mano.

—Aquí traigo el resguardo.

—Venga; le abriré con él una cuenta de crédito,

y ya veermos lo que se me ocurre. ¿Necesita usted dinero?

—No, señor; de mis rentas ahorro, aun cuando no me lo propongo.

—Es usted el *felis* de la *joventud*. ¡Un pollo de veinticuatro años que ahorra!

—Si ésa es una virtud, a don Fernando se la debo.

—¡Qué gran persona es don Fernando! ¡Y cuánto le quiere a usted! Ya me dijo, ya me dijo que el otro día quedó usted prendado de mi Conchita.

—Es muy guapa y muy simpática su hija de usted.

—No está bien que yo lo diga, pero es el retrato de su *defunta madre*, que en su lugar descanse y santa gloria *haiga*, y en ese Colegio las educan divinamente. Por lo demás, ¿a qué está uno sino a casarla? Mañana se lo lleva a uno Pateta, y vaya usted a saber lo que sería de ella y de todos mis negocios. No es por alabar a usted, don Rodrigo, pero entre hombres se pueden decir las cosas: me paso la vida *ensoñando* con un yerno como usted.

—Muchas gracias, don Zacarías, muchas gracias; pero Conchita es muy joven, y yo, por mi par-

te, antes de pensar en el matrimonio, tengo que arreglar un poco mi vida y mis asuntos.

—Hombre, en lo de su vida no me meto, aunque ya supongo lo que quiere usted decir: alguna querida; ya sabemos lo que es la *joventud*; a éstas se las licencia con una *ambuesta* de pesetas y se van tan contentas a hacer puños *pa* hoces, y valga la frase. En cuanto a sus negocios, y esto ni harto de pan ni harto de vino se lo digo, nos bastamos Fernando y yo para arreglárselos. Venga usted a comer el domingo, que estará la niña; convidaré también a don Fernando para ver si hacemos changa, y perdone usted el modo de señalar.

—Pero a todo esto, estamos contando sin saber si Conchita tiene novio.

—¡Qué ha de tener, si es más inocente que el agua *filtrá*, comparando y no igualando! Cuando tenía diez años *me se* murió mi *defunta*, la metí en el Colegio y de allí no la saco hasta el día de la boda.

Rodriguito no sabía ya cómo defenderse de las acometidas de aquel hombre ni cómo salir de su despacho; por fortuna, una llamada telefónica le dió la solución y marchó sin pararse a contestar los ruegos con que el banquero trataba de retenerlo; pero no sin haber prometido sentarse el domingo a su mesa.

VI

—Las diez, Rodriguito—avisó don Fernando después de haber consultado su reloj.

—Estoy a tus órdenes—repuso el joven, mientras daba los últimos toques a su blanca corbata.

Los dos estaban vestidos de frac. Tomaron sus sombreros y sus abrigos y salieron sin cambiar otras palabras.

Un coche los llevó a un caserón de la calle del Sacramento.

Los criados, aderezados de librea, saludáronlos con toda reverencia.

Garnacha condujo a su amigo a un gabinete amueblado conforme al antiguo estilo español y lo encerró allí con llave, bien acompañado de libros, álbumes y revistas para que no se le hiciera largo el tiempo.

Después encaminó sus pasos al salón de actos en donde ya le aguardaban sus conmlitones.

Como era el único que faltaba, constituyéronse en sesión.

Presidíala en un estradillo un viejecito simpático, de animado rostro, encendido por la salud y orlado por una copiosa barba blanca de padre rico.

—¿Trajo usted al neófito?—preguntó a Garnacha el presidente.

—Aguarda ya en la cámara de los Catecúmenos.

—Bien. Leamos el acta, secretario.

El aludido extrajo unos pliegos de una carpeta y los leyó solemnemente.

—¿Se aprueba?—preguntó cuando hubo terminado.

—¡Sí!... ¡Sí!...—aclamaron los asistentes.

—Tiene la palabra don Fernando Garnacha.

—Señores—dijo éste desde su sitio, después de haberse puesto en pie—: La persona cuya introducción voy a proponeros estoy seguro de que ha de resultar para nosotros una verdadera adquisición. Es joven y rico, tiene claro entendimiento y cultura suficiente. Siente como nosotros el santo temor de Dios, y en cuanto a su limpieza de sangre, aun cuando a la hora de ahora nuestro cronista se ocupa de registrarla, puedo anticiparos mi seguridad absoluta de que podrá un día probarla debidamente.

Don Rodrigo de Torre-Cumbre, que así se llama mi candidato, estoy convencido de que ha de servirnos para muchas cosas. Puede ser un yerno excelente para quien tenga una hija casadera (aquí tosió Cinchuelo con toda su fuerza para impedir que las palabras del orador fuesen escuchadas y recogidas). Puede ser un gran concejal, a quien conduzcamos y manejemos a nuestro gusto; en su madera, todavía tierna y jugosa, se puede tallar un periodista, un abogado, puesto que de tal tiene el título; un funcionario, un diputado, lo que convenga, en fin, a nuestra noble y poderosa Asociación.

También os anticipo que su capital será nuestro desde el primer instante (aquí volvió a toser Cinchuelo), porque conozco muy bien su docilidad y su desinterés y podremos, sin trabas, utilizarlo en el laudable servicio de *El Armiño Blanco*. He dicho, señores.

—¿Alguno de los presentes tiene reparos que oponer?—preguntó el presidente.

Callaron todos y continuó:

—Antes de dar paso al neófito terminaremos de tratar la cuestión pendiente de la sesión anterior.

En efecto; había quedado sin cerrar un debate

en el que los ilustres miembros de *El Armiño Blanco* habían puesto una inusitada cantidad de pasión.

El sesudo y veterano marqués de la Tranca, uno de los más conspicuos fundadores de la institución, había propuesto el ingreso de la señorita doña Bernabea del Buey y del Regajo, doctora en Ciencias, en Medicina, en Filosofía y Letras, en Derecho y no sé si en alguna otra cosa más, filóloga; orientalista y psicoanalista de gran fama, que además pintaba cuadros de historia, pirogrababa y repujaba cueros y tañía el arpa.

Cuando el marqués reanudó el debate, rememorando los méritos y los títulos de la catecúmeno, le interrumpió el presidente, que, al parecer, no comulgaba en la sacrosanta religión del feminismo:

—Lo malo es que, por lo general, estas mujeres tan intelectuales y tan sabias suelen ser todo... menos mujeres.

—¡En este caso, no! ¡En este caso, no!—exclamó airado el padrino de doña Bernabea—. ¡Yo aseguro que es una mujer bellísima y que tiene un cuerpo adorable!

—Eso... mi querido marqués...

—¡No admito reticencias! Doña Bernabea del Buey y del Regajo es la mujer más honesta de Es-

pañá, sin que esto quiera decir que sea insensible a los afectos, ni acaso a las pasiones. Conozco su cuerpo porque hoy lo enseñan todas en casi toda su plenitud, pero no a causa de confianzas ni de favores.

—Querido marqués, permítame que le advierta que con su defensa está usted empeorando el pleito de doña Bernabea. Vivimos aquí en un plan de absoluta igualdad y la presencia y la colaboración de esa señorita sin par habrían de someternos y de sojuzgarnos.

Eso, mi querido presidente, es incompatible con su carácter y con sus teorías. Quiere que la mujer, ante la vida y sus luchas, y sus goces, y sus penas, sea igual al hombre, pero no superior.

—Para eso no se ha inventado aún la fórmula; será la mujer siempre, o por lo menos lo es ahora, superior o inferior al hombre, pero no igual.

Rodriguito se impacientaba en la espera de su iniciación. Hasta él llegaban los gritos proferidos por aquellos próceres, limpios de sangre y temerosos de Dios, en el salón de sesiones, y gracias a algunas palabras cogidas al vuelo pudo quietarse en su espíritu la inquietud que un momento le produjera la hipótesis de que su admisión hubiese producido tan tormentosa discordia.

—¡Pido la palabra!—exclamó el duque del Colmenar, conocido en casi todo el mundo como el apóstol más ferviente de la galantería.

Se la concedió el presidente, y dijo en tono de académico discurso:

—La mujer, ilustres consocios, tiene un arma privilegiada para triunfar sobre los hombres y para hacerles concurrencia ruinoso en todos los órdenes de la vida: las pantorrillas. Mientras que a los hombres no nos sea dado mostrar nuestras excelencias y perfecciones físicas...

—La presidencia, y supongo que así ocurrirá a la mayoría de los presentes, no tiene en ello el menor interés.

—No me ha interpretado bien mi querido presidente. Quería decir, que aun siéndonos permitido a los hombres mostrar nuestras excelencias y perfecciones, para triunfar a favor de ellas necesitaríamos de un medio completamente femenino.

—Tampoco—interrumpió el marqués de la Tranca—porque la mujer de hoy pretende en su afán de masculinización hasta ser asexual.

—Discutible, señor mío, discutible—replicó el duque—. La lina suena según quien la pulsa. Pero ruego muy encarecidamente que no se me interrump-

pa, pues de otro modo no podré acabar mi discurso, comenzado ya el otro día, en lo que resta de sesión.

Las pantorrillas, mis ilustres consocios, son el privilegio por excelencia que la naturaleza ha concedido a la mujer para que nos domine a favor de él y nos imponga su ley.

Fué la mujer el sexo débil, el sexo inferior social y legalmente considerado mientras llevó las pantorrillas ocultas entre los pliegues de una falda semitalar, por decirlo así. Les descubría y las mostraba en un escenario y en el acto triunfaba como una reina o como una diosa.

¡Y con qué encantadora variedad se muestra a los ojos del engolosinado espectador ese encanto mágico!

Las hay *escultóricas*, perfectamente escultóricas, que ante la imaginación evocan los tiempos, gloriosos para el Arte, de la paganía griega.

Las hay *púdicas*, que elevan sus curvas como nubes de rosa hasta esconderlas entre los artificios de la cálida seda y al hombre galante invitan a caer de rodillas para perseguirlas en su ascensión.

Las hay *retadoras*, que nos arrancan violentamente de nuestro camino para marchar en pos de su magia irresistible.

Las hay *esquivas*, que se nos muestran como diciendo: "Apártate de mí, hombre maduro y de virilidad carcomida por los achaques incipientes, que yo busco y reclamo juventud y lozanía".

Las hay soberanamente *armónicas*, a las que el Supremo Hacedor impuso el sello de la ciencia que presidió la creación del Universo.

Las hay *enigmáticas*, reflejo de esas almas herméticas, guardadoras del secreto de la esfinge, y no es posible leer en ellas si prometen amor o amenazan con el desdén.

Las hay *frágiles*, que hacen adivinar a través del tejido sutil de la media la más delicada creación de una cerámica interpretada por genios del Olimpo.

Las hay *achampanadas*, que recuerdan la botella invertida del delicioso vino.

Las hay *fusiformes*, como si la divina Margarita les hubiese hecho el don de los husos de su rueca marfilina.

Las hay *rítmicas*, que al moverse dan la sensación de contemplar un danza de ángeles...

¡Oh, sinfonía de curvas! ¡Oh, polifonía de líneas!
¡Oh, ánforas delicadas, repletas de galantes emociones!
¡Oh, mágicos pomos de esencias avivadoras de la esencia vital!...

Cuando el duque llegaba a este pasaje de su disertación levantó la cabeza, y con el pañuelo se enjugó los labios, el prestigioso anciano don Baldomero Leguis, general triunfador en mil batallas terrestres y marítimas, quien hubiérase dicho que hasta entonces dormitara en un rincón, y preguntó al orador a quemarropa:

—¿Y cómo son las pantorrillas de doña Bernabea?...

Callaron todos, y el bueno de don Baldomero creyóse por ello requerido a apoyar en un discurso su pregunta.

—Hemos oído—dijo—con singular y atenta complacencia el panegírico, la exaltación de las pantorrillas femeninas, que ante esta respetable asamblea acaba de hacer nuestro amigo el muy ilustre señor duque del Colmenar. Como exaltación y panegírico, está bien, y yo suscribo cuanto ha dicho, pero el cuadro descriptivo es incompleto.

Ciertamente que existen todas esas categorías de pantorrillas, a las que en conjunto pudiéramos llamar *líricas*; pero no me negarán, mis queridos compañeros, que hay además pantorrillas francamente *toponográficas*, cuya exhibición debieran de prohibir los

guardias por razones de ornato público y pública moralidad.

Las hay *discordes* o *discrepantes*, y el género puede subdividirse en dos especies: discrepantes *clamorosas*, cuando son diferentes las del par, caso que el observador asiduo encuentra con frecuencia lamentable, y discrepantes *que pudiéramos decir por tenencia indebida*, puesto que desde el punto de vista de la armonía de la forma debieran corresponder a una mujer más delgada o una mujer más gorda que su legítima poseedora.

Las hay *sólidas*, que parecen usurpadas a un torero, a un púgil o a un campeón de hazañas pedestres.

Las hay *de tiro corto*, que nacen y se expansionan a muy corta distancia del empeine.

Las hay *hipotéticas*, que en sesenta o setenta centímetros de pierna libre de ropas no muestran señales de presencia.

Las hay *ortográficas*, que adoptan la forma de un paréntesis.

Las hay *aspadas*, que recuerdan la cruz de San Andrés.

Las hay *acalabazadas*, que adoptan la forma poco grata de este vegetal.

Las hay *balísticas*, que al andar despiden la falda hasta por encima de las rodillas.

Las hay *avaras*, que atraen los pliegues de la ropa y de ellos no se desprenden ni aun en los días de vendaval...

Pero ¿a qué seguir describiendo lo que todos hemos visto y que todos, sin duda, recordamos?

Por esto, señores; porque hay de todo: bueno, mediano y malo, ínfimo y superior, espiritual y escatológico, me permitía yo preguntar a esta ilustre reunión: ¿Cómo tiene las pantorrillas doña Bernabea?

Y no es que me aguijara la curiosidad, que a mis años ya el hombre no siente estas deleitosas curiosidades, sino sencillamente para preparar mi espíritu y disponerlo a una comunión de belleza o para evocar un estado de piedad o de clemencia que me mueva a perdonar a quien, por insensata obediencia a los dictados de la moda, muestre y exhiba lo que sólo puede salir a la luz para su descrédito y para su daño.

—Creo, señores—intervino el presidente—, que atribuimos demasiado interés a las pantorrillas femeninas, que, dicho sea de paso, fuera de España, en contadísimos países tienen importancia sexual.

—¿Cómo se entiende?—exclamó airado el mar-

qués de la Tranca—. ¿Es posible que nuestro ilustre presidente no haya leído el libro del abate Brantome, una de las obras maestras de la literatura universal?

Lea, lea *Las vidas de las damas galantes* y díganos luego si las pantorrillas femeninas tienen o no tienen importancia sexual en todos los países del mundo civilizado.

“Entre las innumerables bellezas—escribe—que con mucha frecuencia he visto alabar a nuestros cortesanos, propias por tanto para suscitar el amor, una de ellas es la linda pierna de una hermosa dama, en la cual muchas cifran su gloria y por eso la atienden cuidadosamente.”

“No sólo en nuestro tiempo—añade en otro pasaje—se ha estimado la hermosura de unas lindas piernas, pues en la época de los romanos...”

Y hablando de Diana de Poitiers, comenta:

“Ya que tratamos del placer que produce ver una linda pierna, preciso es creer, como he oído decir, que no sólo el Rey, sino que todos los galanes de la Corte tendrían un maravilloso gusto al contemplar las de las bellas ninfas, tan ligeramente vestidas...”

“Y hoy—prosigue el maestro—, ¿qué es lo que

tan agradables hace a las hijas de Cío? Ciertamente que sus beldades y gentilezas; pero también la manera griega que tienen de vestirse y, sobre todo, sus cortísimas ropas, que permiten ver por completo sus piernas y pantorrillas.”

Y termina con estas inmortales palabras:

“Después de este discurso alabará quien quiera las demás bellezas de la mujer; pero una bella pierna, una pantorrilla bien formada y un pie lindo, tienen siempre gran éxito y determinan el imperio del amor.”

Ahora bien, señores y amigos míos, en cuanto a las pantorrillas de doña Bernabea...

—Corramos un velo — intervino el presidente — y dejemos la continuación del debate para la próxima sesión, que estamos abusando ya demasiado de la paciencia del catecúmeno. Traedlo, señor Garnacha, a nuestra presencia.

Salió el aludido y en la sala estallaron en el instante las conversaciones reprimidas durante el discurso.

—La verdad es que este Fernando—dijo Cinchuelo a su vecino—tiene buena mano para sacar pollos.

—Yo desconfío de los jóvenes; suelen ser muy revolucionarios.

—Pero atándolos corto...

—Eso sí, para ello nos hemos asociado.

Volvió Garnacha con su apadrinado y lo condujo ante la mesa presidencial.

—¿Os llamáis?—preguntó el presidente.

—Rodrigo de Torre-Cumbre Altuna de Mendoza y Cazán de Lirio.

—Supongo que vuestro introductor, don Fernando Garnacha, os habrá instruído de que el primer requisito que exigimos para ingresar en esta nuestra noble y poderosa Asociación, *El Armiño Blanco* titulada, es que el recipiendario profese y sienta con verdadera intensidad el santo temor de Dios. También os habrá explicado cómo entendemos ésta, que es la más excelsa de todas las virudes; no impide al hombre sus movimientos, ni estorba ni limita sus planes, ni valla el camino de sus negocios; con el santo temor de Dios, tal y como esta Asociación lo entiende, todo se puede hacer y de todo se puede gozar. ¿Os habéis enterado bien?

—Sí, señor.

—Vamos a probarlo con un ejemplo. Suponed el caso de un joven a quien la Sociedad quiera dispensar los favores de su protección augusta. Tiene un gran fortuna y la despilfarra inconsciente, pa-

gándose con ella para su placer pecados, abominaciones y sacrilegios. Si agotados todos los sistemas de persuasión el joven insistiera en perderse y en corromper a cuantos estuviesen a su lado, ¿veríais inconveniente en llegar hasta despojarlo de su fortuna para llevarlo con ella al camino de la regeneración y de la penitencia?

—No, señor—apuntó don Fernando en voz baja.

—¡No, señor!—repuso en voz alta y firme Rodriguito.

—¡Bravo!—exclamaron todos.

—Está bien. Veo que habéis interpretado con acierto nuestra doctrina. En consecuencia, quedaréis recibido en esta noble y poderosa Asociación, con la natural reserva de que esta recepción no es definitiva hasta que no probéis vuestra limpieza de sangre con la lectura pública y solemne de la Memoria que, según mis noticias, tenéis ya encargada a nuestro sabio cronista don Primitivo Jakem Brollon.

Asintió Rodriguito con un gesto, cerró la sesión el presidente, dió al neófito un abrazo y lo mismo fueron haciendo todos, si bien por el de todos valió en fuerza y duración el que hubo de propinarle el banquero don Zacarías Cinchuelo.

—¿Qué te han parecido los nuestros?—le pre-

guntó Garnacha cuando, cogidos del brazo, bajaron la escalera.

—Todavía no he podido formar juicio.

—No digas eso; la primera impresión es la más certera. No seas reservado.

—No... No me atrevo a decírtelo.

—Tienes la obligación. Entre nosotros no puede haber secretos.

—¿Me vas a perdonar?

—¡No faltaba más!

—¿Piensan todos como el presidente?

—Sin duda alguna.

—Pues, con franqueza, vistos a través de las doctrinas del presidente, me habéis parecido todos unos caballeros... de siete suelas.

VII

¿Que cómo entretuvo Rodriguito su larga espera en la Cámara de los Catecúmenos?

Sin duda, muy bien, gracias al valimiento de su gran amigo don Fernando Garnacha, que en vez de encerrarlo en la severa habitación a estos menesteres destinada violó levemente los rituales y las rúbricas y lo situó en la envidiable biblioteca de la poderosa Asociación.

Una biblioteca copiosa es para el hombre culto lo que una despensa bien provista es para el glotón, y Rodrigo, que, a pesar de su situación actual de muchacho rico y aficionado a los placeres, no había perdido el gusto de los libros, sólo en contadísimos momentos llegó a sentir impaciencia, pues luego de haber hojeado algunas revistas insulsas, de las que se presentan al público como las mujeres cotorronas, con mucha pintura y poco seso, tuvo la fortuna de

tropezar con el catálogo general, manuscrito de letra clara y firme, que al principio le dió una sensación análoga a la del que se enfrenta con el botamen de una de esas ancestrales farmacias que aun ofrecen esencias y drogas milagrosas, de las que sólo ha quedado el nombre, puesto que la realidad se perdió entre las nieblas y torbellinos de la Alquimia.

Figuraban en el catálogo los libros sin clasificar y su caprichoso agrupamiento hacía suponer que cada uno de aquellos ilustres próceres, temerosos de Dios y limpios de sangre, por una especie de prestación personal había traído allí lo mejor de sus armarios de nogal, con tallas tan exquisitas que debieron haber engolosinado a las polillas lamentablemente.

Ni aun se guardaba en el alistamiento ingenuo orden alfabético de autores ni de títulos; es más, con frecuencia se omitía el nombre del autor y figuraba sólo el epígrafe del libro con un número a la diestra, sin duda para la más fácil captura.

Rodriguito jamás había sentido las debilidades de la cleptomanía; pero para no apoderarse de aquel pintoresco, luminoso y persuasivo catálogo necesitó realizar heroicos esfuerzos de voluntad.

¡Quién pudiera reproducirlo íntegro! Pero ya que esto ni editores ni lectores habrían de tolerarlo, per-

mítase al autor dar algunas muestras de su contenido para edificación de bibliófilos y de curiosos.

Torre-Cumbre también copió no poco del interesantísimo documento, y para eludir trabajo sea permitido copiar sus notas:

Catálogo de la muy selecta colección yacente en las pródidas estanterías bibliotecarias de la muy noble, muy limpia y muy temerosa de Dios, si que también preponderante Asociación de próceres, titulada El Armiño Blanco.

A Rodriguito no le hizo falta examinar la caligrafía, puesto que por la sintaxis y por la prosodia pudo reconocer sin la más leve duda que el autor de aquel monumento lo había sido el inmortal correspondiente de los Arcades de Roma, don Primitivo Jakem Brollon.

Número 1. Autor, anónimo. Título, *El arte de parecer sabio aun llevando a la vista las orejas jumentinas.*

16. *Cernicalogía didáctica*, para uso de jóvenes oradores, viejos repúblicos y conferenciantes espontáneos.

19. *Manual del perfecto inventor de hazañas y proezas.*

34. *El arte de desvalijar al prójimo con la mayor austeridad.*

41. Jovio (Paulo), *Las empresas militares y amorosas.*

47. Iturri del Roncal (reverendo padre fray Basilio), *Eco armonioso del clarín evangélico con duplicados sermones.*

53. *Honni soit qui mal y pense. Histoire des filles du 18^e siècle.*

58. *Historia de la doncella Teodora.* Se trata de su grande hermosura y sabiduría.

64. *Histoire de la galanterie chez les differents peuples.*

70. *Historia del admirable don Iñigo de Guipúzcoa,* caballero de la Virgen y fundador de la Monarquía de los Iñiguistas, con una descripción abreviada del establecimiento y del Gobierno de esta formidable Monarquía, por Hércules Rasiel de Silva, aumentada con el Anticotton y con la historia crítica de esta famosa obra.

77. *Horas reales de cortesano Celeste,* por fray Tristán, el Ermitaño.

82. *La guerra seráfica,* o historia de los peligros que ha corrido la barba de los capuchinos por los ataques de los franciscanos. Item, la descripción añ-

dida al fin contra la inscripción de la portada del convento de los observantes de Reims, que dice: *Deo homini et beato Francisco utrique crucifixo*. La Haya, 1740.

91. Doctor Josef Boneta, *Gracias de la Gracia y saladas agudezas de los santos*. Madrid, 1723.

104. *Il don Pilone, ovvero il Bacheton falso*. Comedia.

109. *Giardino spirituale per li putti*.

115. *Navicula sive especulum fatuorum*, por Jacobo Otthero.

118. *Galanteries du jeune chevalier de Faublas, ou les Folies Parisiennes*, par l'auteur de *Felicia*.

122. Fray Jaime Font, O. S. A. G. *las cuatro vías, purgativa, iluminativa y transformativa*, practicadas por la venerable sor Francisca María Verónica Baza. Barcelona, 1702.

130. *La Fable des abeilles ou les fripons devenus honetes gents, avec le commentaire ou l'on prouve que les vices des particuliers tendent a l'avantage du public*.

135. Hermano Juan del Espiritu Santo, *Viva Jesús. Voces del Divino Pastor a sus queridas ovejas las almas, hermanos y hermanas en su instituto*.

141. *Elementos del cortejo*, para las damas principiantes, por don Cayetano García.

147. *Elixir Jesuiticorum seu quinta essentia jesuitarum.*

148. *Escuela de la voluptuosidad.* Paphos, 1764.

160. *Ecole de l'amour ou les heros docteurs.* Grenoble, 1666.

164. *El duende de Madrid.* Discursos periódicos que se repartirá al público por mano de don Benito. Madrid, 1787.

169. *Doctrina verdadera que han de observar las damas y caballeros que han conseguido el venerable nombre de cortejos.* (En décimas.)

174. *Disputatio inter clericum et militem super potestate prelati ecclesie atque principibus terrarum commisa.*

176. *Le diable dans l'eau bénite, ou l'inquité tombant sur elle même. Ecclesia e Justitia sunt raro sorores* (1789).

182. *El desengaño a las puertas de la vanidad, soberbia y de justicia.*

186. *Description de l'isle des hermaphrodites, nouvellement découverte, contenant les mœurs des habitants, comme aussi le discours de Tacophile, pour servir de supplement au journal d'Henri III.*

191. *Las delicias del claustro o La monja iluminada*. Colonia, 1748.

192. *La dama doctora o La Teología caída en la rueca*. Aviñón, 1791.

204. Fray Ignacio Coutiño. *Promptuario espiritual de los elogios de los Santos, que dió a luz después de su muerte fray Felipe de Acosta*.

207. *Catechismo dei Galantuomo dedicato al fanciullo Fedrico de Vecchi*. Zara. Preiso Domenico Fraccaso con permissione.

211. *Discurso sobre cuánto contribuye a la felicidad de los estados el respetar las costumbres*, por don Bernardo María Calzada. Madrid, 1786.

215. Padre Manuel de Calaviseta. *Reales y devotas vírgenes convidadas a las bodas del Cornero Divino y Defensorios del mismo libro hechos por el autor*. Madrid, 1671.

222. *Brebiarium politicorum secumdum rubricas mazzarinicas*. Sevilla, 1684.

230. *Flor de la doctrina cristiana*, con documentos de buena crianza y ortografía en romance para leer y aprender el cristiano su breve declaración, por don Melchor Betegón. Valladolid, 1774.

233. *L'art de connaitre les femmes*, par le chevalier Plante-Amour. Amsterdam, 1749.

236. *Arancel espiritual del patriotismo culminante*. Hendaya, 1793.

240. *Eufemia o El triunfo de la Religión*, comedia por míster Arnaud.

243. *L'apothéose du beau sexe*. Londres, 1712.

246. *Conversaciones instructivas entre el padre fray Bertoldo y don Terencio*, por fray Francisco de los Arcos, capuchino. 1784.

249. *Aphorismi doctrine jesuitarum et aliorum aliquod pontificiorum doctorum, quibus verus christianismus corrumpitur pax publica turbatur*. 1624.

251. *Antídoto contra los errores del tiempo*, por un doctor de la Facultad de Teología de Douay.

252. *Antídoto para solicitantes*.

255. *Memorias de un doctor "honoris causa"* por Lovaina.

258. *Advertissement touchant la vaine vanterie de ceux de l'Eglise romaine*.

259. *Storia del despotismo ossia Papi, Imperatore e Re*, per monsieur de la Chatre e G. Latty, Torino, 1851.

263. *Roma empia ossia il paganesimo e volterrianesimo professati da Papi e da Vescovi un secolo prima della Riforma protestante e predicati dai pulpiti in tutta Italia nei secoli XVI e XVII*. Dissert.

tazione critica fondata su testimonianze storiche e documenti tratti dal Vaticano, del abate Jacopo Leone. Torino, 1856.

270. *Respuesta del padre fray Andrés Coral a su contemporáneo Come-Pimienta y Escribe-Pimiento, fray Veremundo Andróminas de Cascaliendre. Valladolid, 1814.*

274. *Oración apologética de la Constitución política de la Monarquía española, por don Julián González, canónigo. Vitoria, 1814.*

277. *Insinuación patriótica sobre la necesidad de extinguir los frailes, por M. N. 1815.*

278. *Instalación de la cátedra de Constitución en Valencia, a cargo del pavorde don Nicolás Grasselly. Valencia, 1814.*

Todas estas notas y algunas más tomó don Rodrigo de Torre-Cumbre durante su solitaria espera en la biblioteca de *El Armiño Blanco*, y mientras las tomaba nacía y crecía en su espíritu el propósito de adquirir y coleccionar ejemplares de todos aquellos interesantísimos infolios.

Al día siguiente, muy de mañana, salió a recorrer las librerías en su busca; pero no pudo encontrarlos, a causa de que todos ellos figuraban, con

mayor detalle que en el catálogo de don Primitivo Jakem Brollon, en el *Indice cristiano de los libros prohibidos y mandados expurgar*, y en Madrid, ¡alabado sea Dios!, no hay ninguna librería hereje.

Este baldón que sobre ellos pesaba fué, sin duda, lo que indujo a los cofrades de don Fernando Garnacha a retirarlos de sus domicilios, benditos de Dios y entronizadores de su Corazón Santo.

VIII

Rodrigo de Torre-Cumbre había tomado su determinación. Aquel escenario, cuya cortina había levantado ante sus ojos don Fernando Garnacha, no le complacía. Los actores le parecían odiosos y antipáticos y la obra puesta en escena una farsa abominable. Su noble juventud alzabase airada y con los puños crispados contra aquellas doctrinas y contra aquellos hombres concertados para lograr el propio provecho y para sojuzgar y despojar a los demás.

No entendía mucho de religión, pero el temor de Dios que confesaban los caballeros de *El Armiño Blanco* parecíale una cosa hipócrita, con una máscara dispuesta para poder a favor de ella procurarse la satisfacción de todas las pasiones y de todos los egoísmos, sin poner en riesgo la propia reputación.

Decididamente, hablaría claro a Garnacha; no estaba dispuesto a dar un paso más en aquel camino. Él nada necesitaba, ni sentía vanidosas aspiraciones.

Más arrepentido aún estaba de su visita a Cinchuelo, que habíale resultado grosero y antipático; demasiado contrapeso para las gracias, los encantos y las excelencias de Conchita, quien, por otra parte, no le había inspirado amor. Muy hermosa, muy buena, muy simpática en su dulce ingenuidad; pero no se advertía en ella esa gracia sutil, ese alado encanto de la novia, de la mujer-niña o de la niña-mujer, que sabe vivir sin vivir en sí, viviendo sólo para el amado una vida espiritual y luminosa, que ha de llenar con el aroma del recuerdo toda la posterior vida conyugal, abrumada de realismos.

Declinaría la invitación del domingo con un pretexto aceptable.

Sentía la necesidad de soltar todos aquellos lazos con los que Garnacha le había ido atando, sin que por su parte se diera cuenta, a un mundo en el que consideraba muy difícil, sino imposible, su adaptación, y quería a todo trance, perentoriamente, volver al suyo, al de sus amigos alegres y cordiales, al de sus mujercitas decididoras, ingeniosas y efímeras, re-

conquistar la vida, saltando brioso las tapias de aquel Monasterio en el que don Fernando, su guía y protector, habíale encerrado por sorpresa.

Afortunadamente se le había caído a tiempo la venda. ¡Cómo se hubiera aburrido en las sesiones de *El Armiño Blanco*! ¡Cuánto se hubiera avergonzado de las groserías de su suegro! Nada, nada; era preciso retroceder, pero de un salto, antes de que le pusieran ligaduras más fuertes.

Trazó mentalmente su programa, perfectamente articulado: primero, la carta de disculpa a don Zacarías; segundo, telegrama a don Primitivo para que dejara de remover los huesos de sus antepasados. ¿Qué le importaba a él ni a nadie lo que hubieran sido o lo que hubiesen hecho? Tercero, un viajecito de un mes a París para fortificar con él su voluntad de aquel momento; y cuarto, un telefonazo a Garnacha para contárselo todo, rogándole de paso que no bajara a la estación a despedirlo, porque iba con una mujer que todavía no estaba lanzada, y se imponía la discreción.

Comenzaremos por el banquero, se dijo tomando un pliego de papel:

“Señor don... Seguramente será excelentísimo; se lo pondré, aunque no lo sea, y, de todos modos,

me lo agradecerá. Excelentísimo señor don Zacarías Cinchuelo: Muy señor mío y de todo mi respeto...”

—¿A quién el mancebo escribe tan afanoso y prolijo? —preguntó a Rodriguito, poniéndole las manos sobre los hombros, don Fernando Garnacha, que había entrado de puntillas.

—Esta vez la cita tenoriesca te ha salido mal, porque de la carta apenas si he escrito más que la dirección. Ya continuaré. Ahora creo más interesante el que hablemos, ya que has llegado con tanta oportunidad.

—No lo sabes muy bien. No puedes adivinarlo. Traigo cerca de ti una misión del Gobierno.

—¡Del Gobierno! ¡Qué cosa más rara! ¿Trata de hacer algún empréstito? ¿Debo alguna contribución?

—Déjame hablar, hombre; déjame hablar y no seas malicioso. No te parezcas a un hermano de Cinchuelo, tu presunto suegro, paleta hasta la médula, que estuvo aquí hace unos meses y se marchó convencido, sin que de ello hubiera medio de disuadirlo, de que aquí el único Gobierno son los guardias de Orden Público.

—Y ¿qué quieren de mí los señores ministros de la Corona?

—Sencillamente premiar tus méritos. ¡Qué suerte tienes! Vas a ser diputado a Cortes, la suprema aspiración de todo español que se estime o que no se estime. ¡Lo que vale el tener buenas aldabas!

—Pues si yo a nadie he pedido...

—Déjame hablar, hombre; déjame hablar. Nuestro presidente se fué la otra noche encantado de ti, y como en nuestra política nacional es el Todopoderoso, pidió en seguida para ti una de las vacantes que han de cubrirse en las próximas elecciones parciales.

—Pero si yo, te vuelvo a decir...

—¿Que no quieres ser diputado? ¡Hipócrita! Además, aunque lo digas, no te haremos caso. Para ti y para mí es imposible dejar mal a nuestro presidente y, además, es preciso bajar un poco los humos a ese animal de Cinchuelo. Déjame que pueda yo decirle, cuando vayamos a pedirle oficialmente la mano de su hija: Si usted es senador, su yerno es diputado...

—Pero si no hay que pedirle nada: si él me la ha ofrecido y, por cierto, con insistencia.

—¡Qué bruto! Pero dejémoslo reposar sobre sus

cuatro patas, y vamos a lo nuestro. ¿Puedo decir a nuestro presidente que estás conforme?

—Hablemos claro. ¿Se trata de una broma o de una quimera?

—Parece mentira que aún no hayas comprendido que nuestra noble y poderosa Asociación es la encargada de proporcionar sus hombres a los Gobiernos.

—Está bien; sois los abastecedores de seres... y a veces, sin duda, los contratistas de caballos...

—¡Ay de España si no lo fuéramos! Tú no puedes ignorar que el mundo está hoy más que nunca amenazado por el bolchevismo, por el ateísmo, por todas las doctrinas subversivas, y frente a ellas debemos formar el cuadro los hombres de orden. Es preciso salvar esta sociedad amenazada de muerte, aun cuando para ello tengamos que hacer tabla rasa de la libertad y el derecho.

—Me parece que exageráis vuestros temores; esas doctrinas, y no hablo del ateísmo, aún no están bien concretas y definidas; son semillas que se lanzaron durante un período revolucionario, y aún no se sabe cómo han de terminar, ni en qué países encontrarán condiciones propicias para su aclimatación, ni si con

ahogar la libertad y el derecho se las favorece o se las perjudica.

—Tú eres muy joven aún para juzgar de estas cosas. El peligro es grande y justifica todas las previsiones. Ya lo verás claro cuando entres de lleno en la política por esa puerta que se te acaba de abrir. Dejemos la discusión para entonces. Ahora prepara unos cuartitos para la elección, y ten la maleta hecha para cuando en la *Gaceta* salga el decreto.

—Nada, que se te metió en la cabeza torcer mi camino y habrá que obedecerte.

—No te arrepentirás. ¿A qué hora te recojo el domingo para que vayamos a comer con Cinchuelo?

—¿También eso?

—Pero si me ha dicho que aceptaste...

—Sí; en aquel momento, sí; luego lo he pensado mejor.

—No, no, hijo mío, no. No vale arrepentirse ni dar un paso atrás. Me he encargado de tu vida y de tu carrera, y no te lo consiento. ¿Qué vas perdiendo con tener formalidad y cumplir lo que concretamente prometiste?

—La verdad... es que Conchita no acaba de convencerme.

—Y ¿supones que por comer el domingo con su padre, ya quedan firmados los esponsales?

—Tenéis él y tú tal empeño en colocármela...

—No estés en esa idea, por lo menos en lo que a mí afecte; yo he pensado en ello por tu bien; si crees que no te conviene, punto y aparte.

—Pero don Zacarías aprieta el cerco.

—Como tú no digas que sí, no hay matrimonio

Calló vencido Rodriguito; despidióse Garnacha al verlo en aquella situación, y unos momentos después el joven, seducido por la promesa del acta de diputado, miraba como cosa cobarde y ridícula el plan que acababa de trazarse cuando llegó su amigo a deslumbrarlo.

IX

Conchita, con traje vaporoso y escotado, destocada la cabeza y al aire la garganta impecable y los brazos perfectos, era una mujer muy distinta de la que había visto Rodrigo embutida en su sombrío uniforme.

Perduraba el gesto estático de campesina transplantada, y el fondo aterciopelado de sus ojos no reflejaba luces de ingenio ni matizaba colores de vida; las galas no habían logrado animar la estatua, pero sí dar la idea de una transformación que, al fin, como había ganado el cuerpo, podría ganar el espíritu.

Sentáronse a la mesa los cuatro. Garnacha procuraba, y conseguía sin esfuerzo, entretener la atención del banquero para que los jóvenes hablaran con entera libertad; y, además, hombre práctico y aguerrido veterano en estos oficios de tercería, en

la mesa había hecho colocar un gran ramillete de flores a cuya sombra pudieran ocultar sus rostros completamente.

—Vamos, Conchita — preguntó galante Rodrigo—. ¿A que no se le ha ocurrido a usted pensar en mí ni un momento en estos ocho días?

—¡Ay, sí, señor! ¡Poquito que hemos hablado de usted!

—¿Con quién?

—¿Con quién ha de ser? Con las compañeras y con las madres.

—No lo creo.

—Me hace usted poco favor, porque, como dice la hermana Severiana de la Preciosa Sangre, las mentiras, por leves que sean, son graves faltas de modestia.

—Dije mal. Sin duda, quise decir que no me lo explico.

—Yo se lo explicaré. Tenemos en el oratorio un San Juan Bautista que se parece a usted como un huevo a otro huevo; si no fuera por los ojos, que aquél los tiene más apagados...; se lo dije a todas en seguida: —Papá me ha presentado a un amigo suyo que se parece a San Juan Bautista. Con este motivo comenzamos a encontrar parecidos a todos

los Santos y Santas del oratorio con las personas conocidas, y no puede usted suponer lo que nos hemos divertido.

—Se lo habrán contado ustedes al confesor.

—Sí; y, por cierto, que ha dicho que eso era una irreverencia muy grande. No lo volveremos a hacer, aunque a mí va a costarme mucho trabajo no pensar en usted cuando vea a San Juanito.

—No está mal; para que pequemos a medias, yo rebuscaré en las iglesias una Santa que a usted se parezca y entraré a verla todos los días.

—Dicen que me parezco a Santa Florentina.

—Y ¿en dónde está esa imagen?

—No sé; pero yo le daré a usted una estampita.

—¿Dedicada?

—¡Ay, eso no! ¡Qué cosas tiene usted!

—¿Qué malo hay en ello?

—No lo sé; pero me parece que no debo hacerlo.

—No sea usted niña; yo le aseguro que eso no es pecado. ¿Tiene en su casa la estampa?

—Sí, señor.

—Pues ya lo sabe: antes de despedirnos escribe usted en ella: "A San Juan Bautista, su devota Santa Florentina."

—No, no me atrevo. Lo consultaré con las ma-

dres, y, si me autorizan, en la primera ocasión se la daré, como usted pide.

—Con las madres, no. Consúltelo con su papá.

—Papá no entiende de estas cosas.

—¿Y don Fernando?

—Ha tenido usted una idea. Lo consultaré con don Fernando.

—Cuénteme, cuénteme, Conchita. ¿No ha hecho usted más que eso en toda la semana?

—Sí, señor: los deberes, las devociones, las labores.

—Y ¿siempre hace usted lo mismo?

—¡Qué curioso! ¡Siempre!

—¿No se le ocurre dedicar algunos minutos del día o de la noche a pensar en que pronto deberá abandonar la vida de colegiala, ser presentada en sociedad, casarse?...

—No, señor. Eso ya lo arreglará papá como él quiera.

—¿Lo del matrimonio también?

—¿Por qué no?

—El otro día me dijo usted que algunas colegialas tenían novio...

—Sí; las que se van a casar. Las mayores.

—Y ¿usted no lo tiene?

—¡Qué disparate! Yo soy todavía muy joven.

—A mí me han dicho que gasta mucha conversación con el hermano de una amiguita.

—¿Con Ricardo? ¡Cuidadito que es embustera la gente! No lo crea usted. Colecciona sellos, y sólo ha hablado una vez conmigo para preguntarme si los colecciono yo también.

—Y si un hombre, por ejemplo yo, la pidiese a usted relaciones...

—Calle, calle. ¡Esas cosas no se dicen a una señorita como yo!

—¿Por qué?

—No sé, no sé; pero me parece que no debo oírlas. Si acaso, hable usted con papá o con la madre superiora.

—¿A usted no le gustaría casarse con un hombre de su clase que la quisiera mucho, que la llevase a viajar por el mundo, que la mimara como a una niña?...

—Sí, señor...

—Y ¿usted cree que han de ser su papá o la madre superiora quienes elijan ese hombre?

—¡Claro! Ellos conocen el mundo más que yo y tienen más experiencia de la vida.

—¿Es posible que nada le diga a usted el corazón?

—El corazón es un músculo hueco, colocado en la parte superior del pecho, un poco inclinado a la izquierda, que se divide en cuatro compartimentos: dos aurículas y dos ventrículos. Me lo sé muy bien, porque es la lección de Historia Natural que dimos ayer tarde.

—No es eso, Conchita; no es eso. Cuando ve usted un hombre de su agrado, ¿no siente una palpitación extraña, una emoción?...

—Yo no; he leído algo de eso, y no recuerdo en dónde...

—Pero a ustedes, en el Colegio, sin duda, les dirán que algún día han de contraer matrimonio para crear una familia y para muchas otras cosas que están conformes con la religión.

—No, señor. Lo que nos dicen es que desconfiemos de los hombres y que cuando nos llegue la hora de aceptar un marido no lo hagamos sin consultar muy detenidamente con el confesor y con la madre superiora.

—Y si a ellos no les parece bien, que lo rechacen.

—Por supuesto.

—Y ¿sabe usted de alguna que lo haya rechazado?

—No, yo no; pero por mi parte, si me viera en ese caso, lo rechazaría.

Rodrigo, aburrido, trató de terciar en la conversación, artificiosamente animada, que sostenían el banquero y Garnacha.

Terminada la refacción, tomólo el banquero por su cuenta, y después de felicitarle por su suerte, que iba a hacerle diputado a Cortes en la flor de su edad, le habló de sus negocios y le ofreció darle copiosos temas y asuntos para que se luciera en el Parlamento.

—Si usted me consigue el monopolio de los palillos de dientes, yo formo en seguida un *trosqui*, o como se diga, y lo hago a usted presidente del Consejo de Administración.

—Muchas gracias, don Zacarías; pero no creo que eso sea viable.

—Porque está usted *entodavía* en el Catón. Aquí se *pué* hacer todo lo que el Gobierno quiera. Entre la *Gaceta* y yo nos bastamos *pa* llevarnos Madrid a las playas de Alicante si se nos antoja.

Garnacha hablaba muy animadamente con Con-

chita, que parecía otra por su desenvoltura y su locuacidad.

—Este hombre — pensaba Rodrigo al ver cómo gesticulaban — debe tener una clave para conseguir que hablen las esfinges.

Llegó, al fin, para el muchacho la hora anhelada de la liberación. Cuando don Fernando y él estuvieron en la calle, aquél entrególe la estampita piadosa con la consabida dedicatoria.

—¿Es posible? — exclamó Rodrigo, después de haberla leído a la luz de un farol—. ¡Y me querían ustedes casar con esta figurita de mazapán de Toledo!

—¿Pero cómo? ¿No sois novios ya?

—Ni lo somos ni lo seremos. Con una pava así no voy yo ni a la novena.

—¡Pero si es un encanto! ¡Si esa ingenuidad y esa inocencia se han hecho virtudes tan raras, que los hombres andan locos buscándolas por el mundo!

—Pues para ellos.

—No, hombre, no; para ti; piénsalo bien. Hoy has visto su cara transformada por el traje; mañana verás su inteligencia transformada por la vida de sociedad.

—¡Su inteligencia!

—No dudes de que la tiene. ¿Cómo, si no, hubiera podido ver en ti, además de un hombre agradable, simpático y fino, una de las figuras políticas que actualmente tienen en España mejor porvenir?

—¿Eso te ha dicho?

—Eso me ha dicho.

—Y ¿sin licencia del ordinario?

—¿Cómo?

—¿Sin consultarlo previamente con el confesor ni con la madre superiora?

—Ríete de esas cosas.

—Ya he notado que contigo hablaba con mayor soltura que conmigo.

—Naturalmente. Ya verás cuando contigo tenga más confianza cómo te resulta una muchacha verdaderamente discreta y de agudo ingenio.

—Si se lo proporcionas, como a mí el acta.

X

Inexplicable, de todo punto inexplicable—se decía Rodriguito—. Como si jamás hubiera visto mujeres hermosas y discretas, me he enamorado lo mismo que un colegial de la hija de Cinchuelo. Es una tontería con la que debo acabar radicalmente. No es razonable el que, a mi edad, me precipite a casarme, ¡para toda la vida!, como en España nos casamos aún; y mucho menos lo es el que me case con un lindo mueble humano, que tiene por padre un caballo percherón. Hay que deshacer este armadijo. Yo no me caso ni con la reina de Saba.

Sin embargo, Conchita no merece el que, después de haberle heco consentir... El primer amor y la primera desilusión. ¡Pobre muchacha! Después de todo, yo a nada me he comprometido. Si don Fernando fué más allá de lo justo, a su cargo quede; yo no le di poderes para casarme.

Dentro de unos años, si ella sigue soltera y yo también, acaso podamos entendernos de mejor modo. Tampoco yo he sido muy hábil; no sé en qué estuve pensando cuando me comprometí a comer en casa de Cinchuelo todos los domingos; pero éste será el último. Haré por que se disguste conmigo, y, si no lo logro, pretextaré un viaje a la China.

Con este programa salió el joven de su casa; pero como sucede a casi todos los amantes, por la noche volvió a la del banquero con un nudo más en el dogal que atábale a los deseos de su presunto suegro.

Le acompañó al salir, como casi siempre, don Fernando Garnacha. Caminaron en silencio un gran trecho, y al cabo, Rodriguito, que no cesaba de dolerse de su debilidad, suplicó:

—¡Fernando, por Dios! ¡Sácame de este conflicto! Yo no quiero casarme. ¡De ningún modo! Y, sin embargo, no encuentro medio de apartarme de esta familia ni de exponerles con claridad mi pensamiento y mi propósito. ¿Qué harías tú en mi caso?

—No cabe duda: casarme.

—Eres implacable. Cásate tú con Conchita; ¿qué inconveniente tienes?

—El mayor de todos: el de saber que tú estás enamorado de ella.

—¡Enamorado! No te negaré que hoy me es mucho más simpática que al principio; que sus encantos físicos ejercen sobre mí una verdadera sugestión; que no me asusta la idea de darle mi nombre, puesto que le iría mucho mejor que el de ese avestruz que la fatalidad le ha dado por padre; pero con el tiempo; ahora no; no tengo voluntad ni decisión suficiente para sacrificarle mi juventud y mi libertad. Déjame vivir como ahora vivo un poco más tiempo...

—Pero si yo...

—¿Pues quién, si no tú, me ha metido en este laberinto?

—¡Yo!

—Sí, sí, tú. Nadie más que tú. ¿Sabía yo, ni podía suponer que en el mundo hubiera un hombre tan bruto como Cinchuelo, si tú no me lo hubieras descubierto?

—Pero, hombre de Dios, no vas a casarte con el pobre don Zacarías.

—Voy a tenerlo inscrustado en mi vida para siempre.

—Para siempre, no; ya es muy viejo.

—Calla, Fernando, calla; no hay como negociar

sobre la muerte del prójimo para que el prójimo viva más que los olivos.

—Y ¿el único inconveniente que ves para tu matrimonio es el suegro?

—Hay otros muchos. Tú sabes que Conchita, con toda su belleza, que yo no le discuto, es incapaz para hacer feliz a un hombre. Su belleza es de estatua, y, si me apuras, aun te diré que de estatua vulgar, de las que sólo acarician los ojos.

—No tanto, Rodrigo; no tanto. Esta noche habéis estado hablando tres horas sin baches ni titubeos. No me niegues que se va despavilando.

—No, si no es que la muchacha me disguste; ya te lo he dicho.

—Pues todo lo demás son tonterías. Te casas; puesto que el suegro vive en el barrio de Salamanca, te vas tú a vivir al de Argüelles; dejas a tu mujer que reciba en su casa sus amistades para que la entretengan, y tú haces la misma vida que ahora, salvo los ratos que, por tu propio gusto, quieras dedicarle.

—Eso no. A mí me gustaría otra clase de matrimonio. Vivir locamente enamorado de mi mujer y verme locamente correspondido; encontrar en ella, además del amor, la amistad, el consejo. Estar ple-

namente identificado con ella. Casarme, en una palabra, como nuestros padres y nuestros abuelos se casaban.

—¿Estás seguro?

—¿No lo estás tú?

—No lo estoy. Todos, desde que se instituyó el matrimonio, han deseado que el suyo fuera como tú lo pintas; pero puedo asegurarte que nadie lo ha logrado.

—Doctrinas de solterón.

—Observaciones de la experiencia. Pero nos desviamos del tema. Conste que nadie te pone un puñal al pecho para que te cases con esa chica. A mí me parece que, por todos conceptos, te conviene. Si tú crees lo contrario, resuelve como quieras, y procura no tener que arrepentirte. Es más: si no quieres volver a la casa, tomaré a mi cargo el cuidado de disculparte.

—Sí; tendrás que hacerlo; pero para el domingo que viene ya he dado palabra de no faltar.

—Sin embargo...

—No... Fernando..., déjalo por ahora...

XI

De regreso de su viaje a Prado-Ameno, una buena mañana presentóse el sabio don Primitivo Jakem Brollom, acompañado de su introductor don Fernando Garnacha, en la casa de Rodriguito.

—Permitid, señor, que, ante todo, os felicite. Ni la más leve mancha. Ni la tilde más tenue. Pocos linajes estudié tan claros e ilustres. Podéis estar seguro de vuestra limpieza de sangre, así como de que el santo temor de Dios fué guardado por vuestra familia como joya de valor inestimable.

Traigo aquí mi trabajo, y haréis bien en imprimirlo, por que todos sepan de vuestra linajuda gloria.

Rodrigo hizo un gesto de indiferencia, y Garnacha intervino:

—Sí, sí, debes mandarlo imprimir; casi todos lo han hecho.

—Encárguese usted mismo—asintió el joven, dirigiéndose a don Primitivo.

—Antes, señor, será preciso que lo conozcáis mediante una sucinta lectura, que yo mismo haré, por que no os molestéis en interpretar mi letra.

Tomaron asiento don Fernando y Torre-Cumbre. El sabio, de pie, sacó enfáticamente los pliegos del bolsillo de su gabán, y, después de carraspear y de calarse las gafas de concha, declamó:

MEMORIA O SEPANTODOS
DE LA
ILUSTRE GENEALOGIA DE LOS TORRE-
CUMBRE
INVESTIGADA Y ESCRITA
POR
DON PRIMITIVO JAKEM-BROLLOM
*Archivero, arqueólogo, anticuario, rey de armas,
araldo, académico, etc., etc., etc.,*

PROEMIO

ASPICE CELUM, NUMERA
STELLAS; PROGENIES TUA
EQUAVIT EAS NÚMERO.

“Los mismos placeres inefables que ha de sentir el buscador de oro cuando la tierra generosa le ofrece sus riquezas y le abre su seno para que él fácilmente las extraiga, he sentido yo, mi señor don Rodrigo, al investigar en la línea recta impecable de vuestra ascendencia gloriosa.

”¡Cuántas virtudes! ¡Cuán elevados parangones y ejemplos! ¡Con qué brillo soberano destacan en vuestra genealogía el honor, la prudencia, la sabiduría, el valor, el santo temor de Dios, la caridad y la devoción!

”Dijérase que todos vuestros antepasados fueron hijos predilectos del cielo, y que su padre omnipotente les dió en patrimonio las más ejemplares cualidades y las más altas excelencias.

”Sólo un dolor me acompañó en mi investigación: el de no haber recibido el encargo de constatar las vidas de diez y seis abuelos vuestros, como es requerido para probar la nobleza total y absoluta de una estirpe. Hube de conformarme con siete, porque no más pide *El Armiño Blanco*.

”Esta sabia, prudente y gloriosa Asociación, no irreflexivamente y de modo arbitrario, determinó que fueran siete los abuelos de cada uno de sus miembros sometidos a la prueba de limpieza de sangre y santo temor de Dios, sino que hizolo así porque el número siete es el favorito del Todopoderoso y fué escogido por él para representar las cosas más altas. Recordad, señor, las siete aras bíblicas, las siete trompetas de Josué, los jueces de Israel con sus siete cuerdas y siete nudos cada una, los siete cabellos sutiles del Paralipomenon, los siete amigos de Tobías, los siete capitanes de Ester, las siete columnas de los Proverbios, los siete leones de Gabriel, los siete ojos de Zacarías, los siete candelabros del Apocalipsis, las siete bocas del Nilo, el monstruo de las siete cabezas, los siete planetas del firmamento, los siete sabios de Grecia, los siete Sacramentos de la Iglesia, los siete dolores de la Virgen Santísima, las *Siete Partidas...*

”Confío, sin embargo, en que las glorias de estos siete abuelos vuestros serán incentivo que os determine a encomendarme la ulterior investigación. y ello servirá para calmar la ardiente sed de Historia que en estos instantes me atormenta.

”Bien hubiera querido también recomponer vuestro escudo nobiliario, pues, sin duda alguna, ha de ser hermoso sobre toda ponderación a causa de sus divisas y de sus emblemas. Yo lo imagino dividido en ocho cuarteles, a su vez jironados para acoger las sesenta y cuatro figuras, de primer orden todas: caballos acrupidos en campo de sinople, gallos y delfines barbelados sobre azur, leones tragantes sobre sable, leopardos y serpientes en el labio y en la ceja, armas parlantes sobre gules; palos, cabrias, barras, cruces, fajas, palios, barbas, excusones, cabras pasantes, gatos rampantes, pavos ruantes, lobos savi-rantes, dardos empulgados, castillos donjonados,alcones chaperonados, monstruos arrestados; y, como complemento ornamental, los ángeles tenantes, el capdal, las flámulas, el casco, la cimera y el airón. ¡Airón glorioso de los Torre-Cumbre! ¡Yo doblo mi rodilla para saludarte, pues que los soles más altos del firmamento envían los colores a tus plumas

y el soplo suave de Diana las riza con suprema elegancia y con dulzura inefable!

”Estudiados en conjunto, los hombres de vuestra estirpe son todos fuertes y valerosos, fieles a Dios y al rey, celosos de su honor y fieros e implacables para castigar ofensas y alevosías. De ningún mortal como de vuestros abuelos pudiera decirse que fueron Martes en la guerra, Oráculos en el gabinete, Apolos en la poesía, Numas en el templo, Alcibíades en la prudencia, Jobs en la resignación y Salomones en la sabiduría.

”Modestos sobre toda ponderación, abstuviéronse de solicitar de los Reyes galardones y títulos; pero bien pudieron haberse llamado Infantes de la Constancia, duques de la Razón, marqueses de la Bizarría, condes de la Caridad, vizcondes de la Sensatez, barones del Buen-Decir, hidalgos de la Fidelidad, caballeros de la Elegancia e infanzones del Perdón.

”¡Bienaventurado el que como vos, mi señor don Rodrigo de Torre-Cumbre, cuenta entre sus ascendientes tantas virtudes como estrellas el cielo y tantas excelencias como arenas el mar!

”Párrafo aparte merecen las mujeres de vuestra ascendencia, las claras y virtuosas mujeres de vues-

tra estirpe, y que el desventurado don Alvaro de Luna me perdone si le usurpo el título de su libro inmortal.

”¡Quién tuviera la pluma de San Ambrosio para describirlas! ¡Quién la oratoria de San Dámaso para cantarlas! ¡Quién los pinceles de Watteau para pintarlas! ¡Quién las gubias de Fidias para esculpir las!

”Pero con la gracia del Espíritu Santo, a los mortales les es dado hacer todas las cosas, y esta altísima consideración me ha inducido a poner mi pluma pecadora en este *Sepantodos*.

”Mucho y muy bueno dijeron sobre la mujer el maestro Clemente de Alejandría en sus discursos elevados y sutiles; San Juan Crisóstomo, en sus *Cartas a Olimpiada*; San Cipriano, San Jerónimo y San Agustín, en sus obras imperecederas. Tertuliano, en su libro sobre el *Velo de las Doncellas*; el obispo Adhelemo de Escocia, en sus *Poemas*, y San Avito, en sus *Odas*; pero ¡cuánto más no hubieran dicho estas águilas caudales y estos cisnes canoros al haber conocido las virtudes de vuestras nobilísimas abuelas!

”Todas y cada una fueron valerosas, fuertes y dulces como Débora; leales y fieles como Judit;

heroicas y honestas como la doncella de Orleans; religiosas, pudibundas, justas y magnánimas como Isabel de Castilla; discretas, ecuánimes y generosas como María Stuardo; majestuosas y enamoradas como Artemisa; elocuentes, hermosas y arriesgadas como Zenobia; hasta el heroísmo castas, como Lucrecia; soberanamente estoicas, como Porcia; todas, en fin, vivieron llenas de gracia y de virtudes, como la Santa de las Santas.

”Al ofreceros, pues, señor, el fruto de mi trabajo de investigación sobre vuestra genealogía y ascendencia, cúmpleme ofreceros con él un resumen de todas las virtudes, cualidades y excelencias que a los humanos enaltecen; en tales moldes cuajóse vuestra materia, y en tales yunques se forjó vuestro espíritu; honradlos con la imitación devota y sentid en todo momento el orgullo de ellos, seguro de que cuando al cielo levantéis los ojos para apartarlos de las miserias humanas, encontraréis allí vuestros mayores, que no cesarán de alentáros para que tentéis empresas gloriosas y para que perseveréis como ellos en el camino de la fe y en el santo temor de Dios.”

LAUS DEO.”

—Muy bien, don Primitivo; muy bien. Muchas gracias en nombre de todos mis abuelos y abuelas por sus elogios; pero como estoy pensando que en la sesión de *El Armiño Blanco* se ha de leer íntegramente su trabajo, podíamos ahora evitar el vuestro.

A estas palabras de Rodriguito vaciló el araldo y quiso insistir; pero ante su gesto resuelto y firme, tuvo que rendirse y volvió a guardar sus cuartillas.

A poco despidióse, no sin haber cobrado sus honorarios, ni sin recibir confirmación del encargo de imprimir la Memoria.

XII

Cuando salían del refectorio las colegialas, Conchita Cinchuelo tomó del brazo a su amiga Chichita Tolvanera y le dijo al oído:

—Tengo que contarte una cosa muy interesante...

Por el momento, nada más pudo decirle; arrolladas las dos por aquella avalancha de ojos negros y azules, de cabellos rubios y castaños y de bocas sangrientas; envueltas en aquella tempestad de cánticos y de gritos joviales que rodaba por la escalera del patio, sintiéronse de pronto separadas y se perdieron de vista.

Cuando salieron a la luz, las voces y los cánticos resonaron con mayor fuerza y brillaron más los ojos, los cabellos y los labios.

Distribuyéronse en grupos. En uno saltaban a la comba, salmodiando:

Una,
dona,
tena,
catena,
quina,
quineta,
estando la Reina
en su gabineta,
vino don Gil,
apagó el candil,
candil, candón,
cuéntalos bien,
que las veinte son.

De otro, vocecitas de plata entonaban mientras sus dueñas daban vueltas cogidas de la mano:

Carrión,
trencilla y cordón,
cordón de Valencia,
¿dónde vas, amor mío,
sin mi licencia?

Carrión,
trencilla y cordón,
cordón de la Italia,

¿dónde vas, amor mío,
que yo no vaya?

Otras, en torno de un columpio:

El columpio es un rosal,
la que está dentro, una rosa;
la que la mece, un capullo.
¡Ay, qué cara tan hermosa!

Las dos amiguitas volvieron a encontrarse.

—¿Sabes?—dijo Conchita—. ¡Tengo novio! Eso es lo que quería decirte, porque eres buena amiga y te alegrarás.

—¿Cómo es?

—Chica, un buen mozo. De cara se parece a nuestro San Juanito; pero tiene los ojos más grandes. Alto, más bien delgado que grueso; vamos, lo que se dice un tipazo.

—¿Cómo se llama?

—Rodrigo de Torre-Cumbre. ¿Verdad que parece nombre de novela? Es de muy buena familia.

—¿Quién te lo ha presentado?

—Mi papá. Viene a comer a casa todos los domingos.

—¿Y os dejan hablar a solas?

—¡Ya lo creo!

—¡Qué suerte tienes! ¿Os vais a casar?

—¡Mira que eres pava! ¿Para qué son los novios?...

Paseaban cogidas del brazo y acercóseles una hermana de las encargadas de vigilar el recreo de las señoritas.

—A ver, niñas, ¿por qué no juegan ustedes?

—Porque no tenemos gana.

—Eso no importa. Es preciso jugar para hacer bien la digestión.

—¡La digestión!—repuso Chichita—. ¡La digestión de cuatro garbanzos *pistolos!*...

—Señorita, esa contestación es una falta de modestia. Bien se conoce que es usted militar.

—De familia militar, que no es lo mismo, hermana; por eso siempre me acuerdo en la mesa de un epigrama que oí a mi papá:

—Oiga, sargento feroz,
¿y mi ración de tocino?

—¿Pero no la ves, indino,
tras ese grano de arroz?...

—Basta ya; a jugar como todas si no quieren que las castigue.

Acercáronse obedientes al columpio y Chichita, burlona, cantó:

La que está en el columpio
tiene unos pies
que parecen escobas
de montañés.
Tiene unos ojos,
que parecen ochavos
llenos de moho.

Habíase eclipsado la hermana y volvieron a su paseo confidencial. Chichita preguntó:

—¿Cuándo vais a casaros?

—No sé. Cuando diga papá.

—¿Es joven tu novio?

—Veinticinco años.

—¿Tiene dinero?

—Sí; pero eso es lo de menos, porque lo tengo yo. Ahora lo van a hacer diputado a Cortes.

—¡Qué suerte tienes, hija!... Cuenta, cuéntame: ¿de qué te habla tu novio? ¿Qué cosas te dice?

—Muchas, muchas; pero no me acuerdo; cuando estoy junto a él no hago más que mirarle a los ojos.

—¿Te escribe?

—No... Como nos vemos todos los domingos...

—Eso no importa. Te debía escribir para que leyéramos aquí las cartas.

—¿Y si las cogen las madres?

—¿Pero no saben aún que tienes novio?

—No sé si papá se lo habrá dicho.

—Seguramente. Dile que te escriba.

—Se lo diré el domingo.

Otra vez la hermana:

—Señoritas, esta noche sin postre las dos por desobedientes.

—Está bien—repuso Chichita—, felicite usted a la madre superiora por las seis galletas que se ahorra. Y tú no te apures, Conchita, yo te daré bombones de licor que me han traído esta mañana. A usted también le daré uno para ver si se le endulza el carácter.

—A jugar, señorita, y que no tenga que repetírselo.

—Mire, hermana, hablemos clarito. Conchita Cinchuelo tiene novio y ya comprenderá usted que no

está bien el que ande por ahí cacareando de corro en corro:

Al milano que le dan...

—¡Jesús, María y José! Es usted incorregible, señorita Tolvanera. No lo creo en la señorita Cinchuelo, que es tan prudente y tan piadosa; pero si tuviera novio, razón de más para que no hablara con usted de cosas semejantes. Y ahora, a obedecer. Usted, Chichita, al columpio.

—Colúmpiese usted, hermana, que yo me mareo.

—Pues al corro o a la comba, que si no se va usted a pasar una semana de rodillas durante la vela. Y usted, señorita Cinchuelo, aquí, conmigo, puesto que, según dice, no tiene gana de jugar.

Obedeció al fin Chichita y cuando estuvieron solas habló la monja:

—Supongo, hija mía, que todo eso serán habladurías de esa criatura proterva y voltaria, que si por mi voto fuera ya estaría expulsada del colegio.

—No, hermana, que le ha dicho a usted la verdad. Tengo novio.

—¿Lo sabe la madre superiora?

—Yo no se lo he dicho.

—Pues es preciso decírselo.

—¿Para qué?

—¿Quién mejor que ella puede aconsejar sobre los peligros del mundo y sobre las asechanzas del demonio?

—Pero de esto de noviazgos yo supongo que no entenderá gran cosa.

—Su sabiduría es tan grande que entiende de todo, hija mía. Es preciso decírselo, siempre que ese noviazgo no sea una cosa frívola. ¿Lo sabe su papá?

—Sí; él es quien me lo ha presentado.

—¡Ah! Vamos. Que sea para bien, hija mía, que en todos los estados se puede servir al Señor. Entonces, lo mejor será que su papá traiga oficialmente la noticia. Mientras tanto, guarde la mayor reserva.

Sonó la campana que llamaba a la sala de estudio a las colegialas. La hermana y Conchita se detuvieron para verlas pasar formadas en fila.

Pero aquel día no hubo fila. Rodearon todas alborozadas a Conchita y la levantaron en alto gritando:

—¡Que sea enhorabuena! ¡Que seas muy feliz!
¡Que te acuerdes de nosotras cuando te echen el yugo!

II

LOS SIETE ABUELOS ILUSTRES Y
GLORIOSOS

Día de gran solemnidad en el caserón de la calle del Sacramento.

Habían acudido puntuales todos los miembros de *El Armiño Blanco*.

Rodriguito y su introductor, don Fernando Garnacha, habían sido los primeros en aparecer, vestidos de frac, como era de rigor. Destacaba, sin embargo, de entre todos los fracs, una levita de gran amplitud, y entre todas las blancas pecheras una un poco ambarina; estas dos prendas, fuera de concurso, aderezaban la sabia persona de don Primitivo Jakem Brollon, que, caladas las gafas con montura de concha, paseábase por entre la concurrencia mirando a todos como desde un pináculo inaccesible para los profanos.

Ocupó el sitial el presidente; dió el secretario lectura del acta, que sin discusión fué aprobada, y

llegó el turno al sabio, que pasó del estrado a una tribuna, desde la que leyó con entonación ditirám-bica el prólogo de la historia familiar de don Rodrigo de Torre-Cumbre, que ya conocen los lectores.

Después descansó unos minutos, que aprovecharon los concurrentes para felicitar al recipiendario por haber recibido del cielo una ascendencia tan ilustre y preclara.

Terminados los apretones de manos, volvieron todos a sus respectivos puestos, el presidente tocó la campanilla y don Primitivo volvió a leer con acentos tribunicios:

“Don Miguel de Torre-Cumbre, que así se llamó, señor, vuestro séptimo abuelo, es el último de los nobles varones de vuestra sangre que, sintiendo su fuerte espíritu impregnado de lo que hoy se llama sustancia militar, dedicóse al glorioso ejercicio de las armas.

En esta profesión brillante, que temple los espíritus al imponerles la familiaridad con los peligros y curte y endurece los cuerpos con las privaciones y los golpes; que corona a los hombres de gloria y háceles aptos para todos los menesteres de la vida y sufridos para todas las desgracias, fama es que muchos de los esforzados Torre-Cumbre sirvieron con

celo ejemplar a Dios, a la Patria y al Rey. Especialmente los viejos papeles de vuestro archivo hablan con fervor de un Bernardo Sietededos, así apodado porque tales tenía en la diestra, y de un Silvestre Arrancaolivos, también llamado así por su mucha fuerza y acometividad, los dos ancestrales vuestros, que fueron en su tiempo el terror de la morisma.

Don Miguel de Torre-Cumbre, el séptimo de vuestros muy ilustres abuelos, puede asegurarse que fué la culminación y el resumen de la vocación militar de todos los de vuestra raza.

Desde muy niño sintióse por extremo aficionado a vestirse y a tocarse con arreos militares, y en las armas blancas o de fuego, éstas por entonces rudimentarias, encarnaban todos los placeres de su espíritu.

Emulados los niños de la villa por las inclinaciones militares de don Miguel de Torre-Cumbre, llegaron a formar a sus órdenes lo que hoy llamaríamos un batallón infantil, que hacía curiosos ejercicios los domingos en alguna de las eras de pan trillar; pero, por desgracia, en una ocasión no se conformaron con esta diversión inocente, sino que llevaron a término una aventura que a los padres de don Miguel costó

un disgusto y una fuerte indemnización de perjuicios.

En una especie de castillo—ya ruinoso por entonces—que alzábase sobre el cerro del Canto, vivía un viejo hidalgo de cortos bienes y largos humos que nómbrese don Tadeo del Bancal, y a quien en los contornos apodaban “Barbas de Chivo”.

Había tenido este hidalgo un larguísimo pleito con vuestra casa, en el que, por cierto, aún no se ha dictado sentencia ejecutoria, sobre el mejor derecho a regar dos huertos contiguos de las respectivas familias con las aguas intermitentes y escasas del arroyo Chillón.

Con este motivo, como era costumbre de la época, Barbas de Chivo y el padre de don Miguel dejaron de cambiar los saludos, y exagerada esta situación por la imaginación infantil del militar en ciernes, conceptuólo como enemigo peligroso y le declaró la guerra.

Reclutó en seguida sus tiernos soldaditos, formólos militarmente, revisó sus armas, que eran hondas de pastor, unos palos terminados en recios nudos, que allí suelen llamar cachavas, y algún que otro cachorrillo; se puso al frente de todos comportando un mandoble de dos varas de largo que había encontrado en el desván de su casa, procedente, sin

duda, de su abuelo el glorioso Arrancaolivos, y presto escalaron el cerro del Canto, asaltaron el castillo de don Tadeo, formaron a éste, después de haberlo hecho prisionero, Consejo de guerra, que lo condenó a veinte años de galeras, y lo dejaron encerrado en una despensa hasta que llegaran las guardias del Rey para aherrojarlo y conducirlo, y procedieron en seguida a recoger el botín de la victoria.

Poco después entraban en el pueblo cargados gloriosamente con los viejos cuadros y los desvencijados muebles de Barbas de Chivo, con los que trataron de hacer una hoguera en la plaza, y hubiéranla hecho a no enterarse los padres y dar fin con algunos azotes y cintarazos a la bélica aventura. Los de don Miguel, como éste había sido el caudillo, tuvieron, según ya os he dicho, que acudir a don Tadeo para ofrecerle disculpas y reparar los perjuicios.

Esta notoria y decidida vocación militar de don Miguel de Torre-Cumbre, ni por un momento le apartó del santo temor de Dios ni de las pláticas cristianas; por el contrario, frecuentaba la iglesia parroquial y estábase muchas horas arrodillado frente a un cuadro que representaba al apóstol San Pablo hermosamente decorado de arreos militares.

Apenas había cumplido los veinte años cuando sus padres enviáronlo a la Corte, con muchas cartas para otros tantos valedores que le aquistasen el entrar al servicio del Rey, porque así pudiera dar satisfacción a las ardientes ansias que por el camino de la milicia le empujaban.

Bien repleta la escarcela de áureas monedas, pendiente del tahalí un acero bien templado, caballero sobre un hermoso alazán, que hasta entonces fuera la prenda y alhaja de la casa, y seguido de un paje, asimismo bien montado, a quien antes instruyeran debidamente de sus deberes y de las maneras cortesanas, al rayar el alba, un día salió de Prado Ameno don Miguel de Torre-Cumbre, y al media la segunda jornada, ofreciósele una rara y temeraria aventura en la que pudo probar su espíritu cristiano, el fuego de su guerrero corazón y el temple de su brazo.

Habían dejado atrás como una legua la villa de Centenera del Rey cuando, al doblar un recodo en su camino solitario, dieron amo y mozo de manos a boca con un grupo de hombres como de un centenar, que en unas ricas andas guarnecidas de flores y de sedas llevaban una preciosa imagen de talla, aunque vestida de terciopelo con realces de

oro y adornada con muchas joyas, que a la luz del sol resplandecían como estrellas.

—Tente, Ginés—dijo don Miguel a su criado— que aventura tenemos, pues estos hombres no pueden ser sino malhechores que han robado esa santa imagen en alguna de las iglesias de esta región y la llevan a su cueva para depojarla de sus riquezas.

No bien hubo dicho estas palabras cuando, gallardo y valeroso, sin cuidar de si su escudero le seguía, enfrentóse con los de las andas, y, alzándose sobre sus estribos, les dijo:

—¡Deteneos, gentes sacrílegas, que mientras este cristiano caballero aliente no habéis de dar un paso más con vuestra rapiña!

Tres de los que soportaban la parihuela dejáronla caer y huyeron aterrados por los campos, y el cuarto acercóse a don Miguel como para ofrecerle alguna explicación del suceso; pero el caballero, exaltado de tanta osadía, tomóle de una oreja y se la cortó a cercén antes de que pudiera defenderse.

Los demás de la comitiva quedaron como estatuas, y ninguno osó moverse y sacar armas, con lo que don Miguel bajó del caballo, y, habiendo ordenado a su paje que lo mismo hiciera, dedicáronse entrambos a enderezar la imagen y a recoger las

ofrendas y preseas que habían rodado por el suelo.

En esta piadosa tarea se hallaban enfrascados cuando llegó hasta ellos un carro de bueyes, del que descendieron tres sacerdotes vestidos de albas y casullas.

—¡Milagro! ¡Milagro!—exclamó don Miguel al verlos—. ¡El cielo os envía para que os hagáis cargo de esta santa imagen y la restituyáis a su habitual aposento, pues de las manos sacrílegas de estos foragidos acaba de rescatarla mi brazo valeroso.

Miráronle los sacerdotes espantados, como si se tratara de un enviado del infierno; pero pronto, al ver que envainaba su espada, el más discreto de los tres atrevióse a exponerle estas razones:

—Yo aplaudo, señor, vuestro cristiano celo; pero estos hombres no son malhechores, ni la imagen fué robada de ninguna iglesia. Trátase, como veis por su rostro y por sus insignias y atributos, de la bendita Santa Ana, madre gloriosa de la madre del Salvador del mundo, Patrona excelsa de la villa de Centenera, en cuya parroquia tiene dedicado el principal de sus altares, y a este su trono era conducida por los devotos feligreses que atropellasteis. Esta santa gloriosa y amantísima tiene una ermita en medio de los campos, adonde es trasladada al mediar el mes de junio para que guarde las cosechas;

y cuando éstas se han levantado, como ahora sucede, se la restituye a la iglesia para que pase el invierno con sus hijos predilectos.

Corrido y avergonzado quedó vuestro noble abuelo don Miguel de Torre-Cumbre al oír la explicación del clérigo, y no acertando a coordinar frases que de disculpa pudieran servirle, ofrendó a la Santa unas monedas de oro y otras al de la mutilada oreja, a quien curaban allí cerca con unas hojas mascadas de llantén; y, seguido de su criado, picó espuelas en dirección a la Corte, ansioso de borrar la memoria y la huella de aquel mal suceso.

Los muchos valedores que las cartas de recomendación habíanle procurado, y algunos dineros discretamente repartidos, lograron con facilidad su entrada al servicio del Rey, y así, aún no llevaba dos meses de estancia en la Corte cuando ya tenía el empleo de alférez de Guardias, sin que le affigiera la escasez de la paga, porque sus padres cuidaban de que no le faltase su ayuda de costa.

Joven, gallardo, brioso, rico y poco fatigado, puesto que su oficio no le embargaba gran cosa, dedicóse en Madrid a tentar las más temerarias aventuras, y ellas diéronle tal fama que presto apodábanle por todas partes el Caballero Torbellino.

Era maestro en lo de azotar alguaciles, trazar burlas ingeniosas, poner mazas a los hombres más serios, extraviar a las quintañonas más astutas y llenar de zozobras a las damiselas calenturientas y entrometidas.

Más de una vez andúvole la justicia a los alcances; pero salvóse de sus castigos, tanto por el fuero de su empleo como porque todas sus travesuras y calaveradas las hacía sin apartarse un ápice del más acendrado y santo temor de Dios, incluso lo de vapulear y negar la paga a los hospederos y mercaderes, pues así castigaba su mucha codicia y su insolente destemplanza.

Sin que se diera cuenta, encontróse de manos a boca casado con doña Casilda de la Umbría, hija de un viejo caballero amigo de su familia, para quien había traído recomendación, y que acogíale afectuoso en su casa y fué desde su entrada en la Corte su guía más cariñoso y asiduo.

Era doña Casilda una dama muy principal, virtuosa y honesta, de agudo ingenio y de una belleza tan rara y resplandeciente, que por sí sola bastaba para compensar su absoluta falta de bienes materiales.

No hay para qué decir que poseedora la dama

de tan excelsas cualidades, don Miguel enamoróse de ella ciegamente, y si preciso fuera hubiera guereado con todo el mundo por la conquista de su cariño; pero no fué preciso, porque su señor padre entregósele bien voluntariamente, y aun muy complacido de tomar por yerno un caballero de tales prendas como las de vuestro insigne abuelo don Miguel de Torre-Cumbre.

Gozaban los amantes la plenitud de su dicha cuando acaecióles la desventura, no por esperada menos dolorosa, de la muerte del caballero de la Umbría, cuyas virtudes y excelencias, enterradas para siempre, lloraron de consuno, y como es fama que una desgracia nunca venga sola, pues ya se sabe que una sola llama son muchas las sombras que reparte, pocos días después del óbito justamente llorado, acaeció que el Rey de las Españas quiso enviar al de Francia una Embajada, y entre otros caballeros que habían de formarla, señaló al ilustre don Miguel de Torre-Cumbre, que de allí a pocos días partióse, como era debido, con sus nobles compañeros, y llevando consigo a doña Casilda para dejarla hospedada en la casa de sus padres al pasar por la villa de Prado-Ameno.

Mucho sufrió doña Casilda durante el camino a

causa del embarazo que habíasele iniciado pocos días antes de emprenderlo; pero el cielo quiso que llegara con felicidad a la plácida morada de los padres de su esposo, con lo cual éste, después de una tierna despedida, reanudó su camino, confortado por la seguridad de que allí no habrían de faltar a su bien amada ni la paz ni el decoroso mantenimiento.

Cumplió en pocos meses la brillante Embajada del Rey de las Españas el encargo que éste le comitiera, y con ello decidió el regreso; pero acaeció el que, durante su estancia en París, supo vuestro esforzado y valeroso abuelo que por entonces la Francia hallábase empeñada con la Inglaterra, su secular enemiga, en una lucha cruenta y perdurable, y sin duda la noticia le removi6 y enardeci6 la guerrera sangre de los Sietededos y de los Arrancaolivos que circulaba por sus venas; record6 con dolor que no se le había ofrecido ocasi6n de satisfacer sus ansias militares desde su expedici6n infantil contra el castillo vetusto y decadente de Barbas de Chivo, y resolvi6 en el instante tomar la venia de sus compaÑeros de Embajada para alistarse en las huestes francesas y probar allí el acerado temple de su brazo y las virtudes guerreras de su espíritu.

Así lo hizo sobre la marcha, y los franceses, que ya eran sabedores de su mucho valor y bizarría, admitiéronle gozosos con el grado de capitán que el Rey de las Españas habíale conferido antes de que saliera de sus reinos.

Partiéronse los compañeros de don Miguel, y al pasar de retorno por Prado-Ameno hicieron saber a sus familiares la resolución que aquél había tomado.

Su señor padre celebróla con grandes muestras de alegría y regocijo; pero no así las damas, que no comprenden el que a Dios Todopoderoso se le pueda servir tan bien con un arcabuz como con un libro de los Santos Evangelios, y prorrumpieron ambas en amargo y prolongado llanto.

La madre de don Miguel, anciana ya y de precaria salud, no pudo sobrevivir a la congoja, y de allí a pocos días falleció en el Señor cristianamente, bendiciendo a su nieto, que había llegado al mundo con felicidad, y prometiéndose para cuando se avisara con el Altísimo demandarle para su querido hijo la indemnidad y los máximos honores y provechos de la guerra.

De allí a dos años se supo que aquello de los franceses había terminado, y como don Miguel no

regresara, comenzaron a correr voces de que en ella hubiese perecido, y hasta no faltó quien dijera saberlo ciertamente y de buena tinta.

Diéronlo todos por indudable, y como las espirituales son cosas que jamás dañan, aunque de ellas se use a contrapelo, mandáronle rezar funerales, sufragios y misas por su alma y regaron copiosas lágrimas para consuelo de las de su mujer y su padre, hondamente torturados por tanta desdicha.

Como en este mundo cada cosa engendra su semejante, este agudísimo dolor hubo de engendrar otros en el suegro y en la nuera, que comenzaron a mirarse huraños y a sentir lo mal que compaginaran sus caracteres, puesto que la dama, criada y educada en la Corte, no soportaba bien la manías pueblerinas del anciano y sus rutinarias costumbres.

A tal extremo llegó el desacuerdo, que un día, cuando el suegro a la hora del yantar regresó a su casa, después de haber recorrido las posadas en busca inútil de nuevas, encontróse con que doña Casilda había desaparecido, llevándose, para mayor dolor del abuelo, al niño Doroteo, en quien el pobre hombre tenía puesto todos los afectos de su alma.

Es sabido que en los pueblos de corto vecindario ruedan las noticias por todas partes, como si en sí

tuvieran una misteriosa fuerza expansiva, por lo que pronto se supo que doña Casilda habíase acomodado en la casa de un clérigo muy virtuoso y prudente, llamado don Silverio, junto a quien había de sustituir los oficios de una ama de gobierno a quien de ellos había jubilado don Silverio a causa de su avanzada edad.

Al principio nadie se atrevió a censurar esta determinación de doña Casilda, pues la pública murmuración encontró diques adecuados en la mucha honestidad de la dama y en la sólida virtud y gran prudencia del sacerdote; pero acaeció que el padre de don Miguel puso pleito en demanda de su nieto, alegando que su madre viviera en barraganía; esto bastó para que se desbordara la pública continencia, y de barragana fuese acusada públicamente doña Casilda, sin que para ello sirvieran de obstáculo su acendrada honestidad y su probadísimo temor de Dios.

Seis años eran transcurridos desde la marcha al extranjero de don Miguel de Torre-Cumbre cuando, en el más inesperado momento, hubo de regresar a la villa, y justo ha de ser el que consignemos en esta verídica historia que no fué su voluntad ni su

vocación por las armas la causa de tan prolongado retardo. Muy al contrario, pues con gran pesar suyo no logró ni por un instante satisfacer sus ansias guerreras, dado que acaeció por su desgracia que cuando caminaba para incorporarse a las tropas beligerantes fué hecho prisionero del enemigo mediante una celada, y en cautividad amarga estuvo todos los años de su ausencia.

Su pobre padre fué el encargado de ponerlo en autos sobre la conducta de doña Casilda; pero no le dió tiempo a que terminara su triste relato, sino que, tomando la espada del anciano, por haber quedado la suya en poder del inglés, voló a la casa del clérigo, y encontró a los tres de sobremesa; levantó airado el acero para segar las cabezas de los que por culpables tenía y... es indudable que en aquel instante sintió los confortadores efectos del santo temor de Dios, que había sido norma y pauta de su vida entera, pues recordando el canon *si quis sua-dente diavolo*, que habíale dado a conocer el preceptor con quien aprendiera las primeras letras y las humanidades, volvió el acero a su vaina, tomó al niño y salió con él en los brazos a refugiarse en casa de su señor padre, renunciando para siempre a los

hombres del mundo y a sus acuciosas ansias militares.”

* * *

Un poco ruborizado escuchó Rodriguito el final de la historia de su séptimo abuelo; pero como notó que los miembros de *El Armiño Blanco* mirábanle admirados y complacidos, no dió importancia al episodio y se dispuso a escuchar con mayor interés, confiando en que sus posteriores abuelos harían, con su ejemplar conducta, olvidar las debilidades de doña Casilda.

* * *

No ha podido averiguar con certeza el cronista si vuestro abuelo sexto llamóse don Teodoro o don Doroteo de Torre-Cumbre. Bien sabéis que la escritura de la época era por extremo defectuosa, y, además, por lo que he podido deducir, el Martirologio Cristiano aún no había fijado bien estos nombres, que en realidad vienen a ser el mismo con las mitades colocadas en distinta situación.

Lo que sí consta bien acreditado es que fué un

varón por todos conceptos ilustre, dechado de virtudes cívicas y de virtudes cristianas.

Casó en edad adecuada con doña Fernanda del Pajar, de noble y esclarecido linaje, y del matrimonio sólo hubo un fruto de bendición, al que pusieron por nombre don Genaro.

Vivieron felices en servicio de Dios y de los pobres, a quienes jamás olvidaron en sus fiestas familiares, y como mi señor don Teodoro o don Doroteo de Torre-Cumbre fué, sin duda, hombre de muchas letras, cuando llegó a la edad madura nombráronlo corregidor de la villa, honroso cargo, que desempeñó largos años con probidad notoria.

Doña Fernanda érase una mujer de extraordinaria hermosura, que conservó hasta la ancianidad, y cuando a la iglesia se encaminaba para satisfacer sus muchas devociones, de todas partes acudían los moradores de Prado-Ameno para rendirle homenaje de admiración.

No fué menor renombre que el de su belleza el que adquirieron su mucha honestidad y sus virtudes, pues en todo el contorno era citada como modelo y parangón entre las damas.

Cuando cumplió los treinta años y llegó con ellos al cénit de su esplendor, vino a domiciliarse en la

villa un cirujano que de ella descendía y de ella marchara para cursar estudios en Salamanca.

Era el cirujano un gran mozo, de la misma edad aproximadamente que doña Fernanda, gallardo de cuerpo y de finos modales, de ingenio sutil y de notoria osadía, que conservara como recuerdo y resabio de sus costumbres estudiantiles.

Llamábase don Alvaro de los Morales y tenía con vuestro ilustre abuelo don Doroteo o don Teodoro remoto parentesco, pero bien conservado, que los determinó a llamarse primos y a menudear las visitas y a intimar en el trato, como es ley que se haga entre las familias ilustres.

Don Alvaro, que era soltero y no se sabía de que en ninguna doncella hubiera puesto sus ojos, sintióse desde el primer momento tomado de una fuerte pasión hacia la honesta señora, y cuéntase que cuantos nobles esfuerzos hizo por reprimirla y desterrarla de su pecho convertíanse en acicates que la estimulaban, y poco a poco iban aumentándola, hasta convertirla en veneno de sus sentidos y extravío de su razón.

Durante mucho tiempo vivió don Alvaro atormentado y como dolido de sí mismo. Trató de apartarse de la casa y de la familiaridad de sus parien-

tes para evitar el que por las aspilleras de sus ojos asaltaran su corazón los encantos de doña Fernanda. Pero requerido por ésta y por su noble esposo, hubo de continuar sus asiduidades para mejor ocultar el móvil que habíale inclinado a interrumpirlas.

Llegó un momento en el que la cárcel de su pecho no fué ya bastante firme para guardar y ocultar aquella pasión funesta, y un día, mientras vuestro abuelo hallábase entretenido por su cargo en la casa del Corregimiento, visitó a doña Fernanda, y sin osar hablarla ni acaso mirarla deslizó en su mano un billete en el que, con cálidas palabras, hacía mención de sus tormentos, y en el acto salió huyendo de la casa, como si en ella hubiese cometido un crimen.

Tardó muchos días en volver, hasta que uno, encontrándolo en la calle su pariente, lo recriminó por el olvido en que los tenía.

Por este suceso conoció don Alvaro que doña Fernanda había sido discreta, y que si no se hallaba dispuesta a corresponder a su pasión a causa de su mucha honestidad y cristianos sentimientos por lo menos estábalo a compadecerle en su desdicha.

Resolvió con esto a ir de nuevo a la casa de sus angustias; invitáronle los cónyuges para que con

ellos comiera por ser la hora adecuada, y como saliera su señor primo de la estancia para tomar el recado que un alguacil le traía, la discreta doña Fernanda aprovechó el instante para reconvenirle por su mucha osadía y para asegurarle que antes se dejara arrancar la vida que faltar a sus deberes de mujer honesta ni aun con el pensamiento, y que si otra vez llegaba a permitirse libertades semejantes, pondría en conocimiento de su señor marido para que, como corregidor y como hombre honrado, le aplicase la condigna sanción.

Juró don Alvaro con lágrimas en los ojos que no volvería a hacerlo; y retiróse para que su primo no leyera en su rostro el menor vestigio de su culpa, rogando a la dama que tuviese la bondad de disculparle para con él.

Reportóse con esto don Alvaro, y durante mucho tiempo logró reprimir su pasión funesta; pero, ¡ay!, que aquellas ansias no eran sino fuego que abrasaba su pecho, y el diablo, que había encendido, cuidábase muy mucho de alimentarlo de continuo.

Grande y prolongada fué la lucha que don Alvaro sostuvo con el poderoso e invisible enemigo; pero sabido es que son poca cosa el ingenio y los

recursos de los hombres para burlarlo y menos aún para vencerlo.

Así sucedió que, puesto el Malo a sugerirle expedientes que de continuo el caballero ponía de su parte toda su voluntad para desechar, llegó a un punto en el que no pudo menos de aceptar uno, el que de seguro no habrá sido perdonado por la justicia eterna, y por su causa, a la hora de ahora y de los siglos por los siglos, sin duda sufre don Alvaro los más crueles y acendrados tormentos del infierno.

Celebraba el cirujano su fiesta onomástica y convidado a cenar a su pariente vuestro ilustre abuelo sexto, don Doroteo o don Teodoro de Torre-Cumbre, quien acudió presto al convite con el mejor deseo de honrar a su señor primo. Doña Fernanda no era bien que asistiese a causa de su mucha honestidad, puesto que don Alvaro vivía solo, como ya quedó dicho.

Cenaron los dos copiosamente y bebieron como es justo que entre nobles se haga siempre en honor de una buena comida. Don Alvaro, inducido por su eterno e infernal perseguidor, puso una droga en el vaso de su primo, sin que éste lo notara, y así, apenas hubo concluído la cena, cuando cayó como

fulminado de un rayo sobre la alfombra, presa de un sueño del que no habría de despertar hasta que don Alvaro se sirviera propinarle el antídoto.

Llamó el galán a su criado, y entre los dos lo desnudaron y lo acomodaron en una cama, con lo cual despidióse el doméstico hasta el siguiente día.

Presto encontró don Alvaro en la faltriquera de vuestro noble abuelo las llaves de su casa y de su alcoba, y vistiéndose regocijado sus ropas, después de cubrirse con su capa, tocarse con su sombrero y tomar su bastón de autoridad, marchó presuroso a sorprender a la dama infeliz y a satisfacer a traición aquella pasión criminal que durante tantos años atormentara su pecho.

—No enciendo luz, esposa mía—dijo imitando la voz del marido sin ventura—por no turbar vuestro sueño, pues comprendo que es demasiado tarde, y por ello os pido disculpa.

Calló doña Fernanda, puesto que adormecida se encontraba, y para evitar sus posibles dudas, prosiguió el amante:

—Nuestro señor primo me ha entretenido con las galas de su ingenio, y, además, sus manjares excitantes y sus vinos bravíos exigíanme que de sobremesa los reposara antes de entregarme al sueño,

Siguió callando la dama, y con ello el criminal galán pasó a ocupar el puesto de su traicionado primo, dando en él rienda suelta a la pasión que hasta entonces le atormentara como la rabia.

Poco antes de que amaneciera saltó con precaución del lecho, vistiéndose las mismas ropas, y acudió a su casa en busca de don Teodoro o don Doroteo, a quien despertó de su provocado sueño, y ayudándole cariñoso a vestirse, lo acompañó hasta la calle, pidiéndole perdón de haberle permitido el que de sus manjares y de sus vinos hasta tal extremo abusara.

—No sino es mía la culpa—repuso vuestro noble abuelo—; pero, a lo que presumo, no es grande la falta, pues sin duda es poco más de la media noche.

Despidiéronse, no sin haber encargado don Alvaro sus respetos para doña Fernanda.

Encontróla el corregidor, cuando llegó a la alcoba, sentada en el lecho y con visibles muestras de nerviosa inquietud.

—¿El qué os pasa, esposo mío?—preguntó con tristada—. ¿Acaso os hizo mal provecho la cena de vuestro pariente?

—No por cierto, amada mía, sino que me tomó

un sueño inesperado y profundo, y quedéme allí un breve espacio a descabezarlo.

La discreta señora doña Fernanda comprendió al instante lo que, por su desgracia, había ocurrido, y así cubrióse el rostro con las manos y acostóse rápida, de cara a la pared, para que su señor marido no pudiera leer en ella su vergüenza.

No consiguió dormir, y continuamente estuvo tentada de llamar a su esposo y darle cuenta de todo para que al instante acudiese a tomar venganza. Llegó hasta darle voces y golpearle suavemente en un hombro para que despertara; pero no habiendo podido lograrlo, dispuso de largas horas para meditar hasta que concluyó que lo mejor era el silencio, pues con él viviría ella apesarada; pero evitaba la desgracia propia, la de su infeliz marido, la del pariente y la de su desventurado hijo don Genaro, a quien, sin duda, habían de llegar las salpicaduras de la sangre que con tal motivo se efundiera.

¡Ah, pérfido don Alvaro! No sólo será tu tormento el del infierno, en donde ahora estarás pagando y pagarás eternamente tu horrendo pecado, sino que también habrás de sufrir en vida, no por el remordimiento, que no es dolencia propia de conciencias corrompidas, sino por aquel efecto que, a

favor de su filosofía sana y cuadrangular, descubrió el insigne matador de toros a quien sus contemporáneos apodaron Frascuelo: “No hay—decía—tormento mayor en el mundo que el de tener una amante de postín y que la gente no se entere.”

* * *

Fué, señor, el quinto de vuestros preclaros abuelos don Genaro Alberto de Torre-Cumbre, apodado Trincalobos a causa de sus hercúleas fuerzas y de su mucha destreza para la lucha con estas fieras, que durante los inviernos asolaban el territorio.

Educado, como todos vuestros nobles ascendientes, en el santo temor de Dios, transcurrieron los años de su infancia y los primeros de su mocedad sin que le acaeciera cosa digna de ser registrada por el cronista.

Cuando apenas había cumplido los treinta, llegó a la villa desde Valladolid, en donde tenía su residencia y sus haciendas, con el objeto de visitar unos parientes en ella arraigados, el muy ilustre y virtuoso caballero don Hermenegildo de Marcejana, y acompañábale su hija doña Claudia, doncella por todos los extremos discreta y virtuosa, de rara her-

mosura y rayana a la sazón en los veinticinco abri-
les, prendas todas ellas cuyo conjunto hacía pensar
que fuera enviada allí por el cielo para estimular
a don Genaro a una nupcial alianza que acreciera
los méritos y los bienes de vuestra noble familia.

Declaró don Genaro de Torre-Cumbre su volun-
tad a su ilustre padre, y como el proyecto fuera de
su agrado, dirigióse éste a don Hermenegildo y
hablóle claramente del negocio.

Por su parte, doña Claudia, que nada había lle-
gado a sospechar sobre las aspiraciones del mance-
bo, quedó maravillada al escucharlas, pues ya antes,
si no prendida ni enamorada de amor, por lo me-
nos admirada estaba de sus grandes cualidades y
de su apostura gallarda y de su mucha discreción
y donaire.

Formalizáronse los tratos, cambiáronse las cartas
de dote y celebróse la boda con gran regocijo de
todo el vecindario, que fué invitado a la ceremonia.

Instaláronse los esposos en la casa de don Gena-
ro, que es la vuestra solariega, como sabéis, y res-
tituyóse a Valladolid don Hermenegildo, en donde
aguardábanle otras dos hijas que casar y el cuidado
de sus haciendas, menesteres estos que hicieron fra-
casar las muchas instancias que dirigióle vuestro

abuelo para que se quedase a vivir en su compañía.

Transcurrieron los años plácidamente, y durante ellos doña Claudia dió constantes y asiduas pruebas de su mucha honestidad, de su educación en el santo temor de Dios y de sus aptitudes excelentes para el gobierno de la casa. Es fama que en todo el territorio jamás hubo dama más presta para hilar toda la cosecha de lino y de cáñamo, ni más atinada mano para salar los pernils y dar el justo sainete al picadillo de los chorizos.

Por sí misma cuidaba el huerto anexo de la casa y regaba y abonaba los árboles y limpiábalos de orugas, y como el mayor número eran ciruelos y daban frutos ejemplares, de aquí el que desde entonces se acostumbre a llamar ciruelas *claudias* a las de más selecta calidad y de mejor crianza.

Deslizábase así para vuestros ilustres abuelos la vida tan plácida como una égloga de Virgilio, cuando un mensajero les trajo la nueva de que don Hermenegildo sentíase morir a causa de unas calenturas tercianas, y los llamaba a su lado para otorgarles la gracia de su postrera bendición.

Mucho contrarió esta noticia a doña Claudia, tanto por lo precario de la salud de su honesto padre cuanto porque precisamente en aquellos días,

en los que había celebrado el quinto aniversario de su matrimonio, había creído notar los primeros síntomas del embarazo, que con tanto ardor y cristiano interés había pedido al Altísimo, porque en su matrimonio no quedara mutilada y extinguida la noble dinastía de los Torre-Cumbre.

En menos de quince días ultimaron todos los preparativos para el viaje, incluyendo en ellos las despedidas de los parientes y amigos con lágrimas en los ojos, las sendas confesiones generales, los sendos testamentos, la novena al Arcángel Rafael para que les acompañase, y el colocar en las valijas, amén de las ropas y las joyas, una tarea de chocolate y las viandas que habían de consumir durante el camino.

Partieron, al fin, vuestro deudo don Genaro de Torre-Cumbre, apodado para su gloria Trincalobos, sobre un cuartago con señal en boca que poco antes hubo de adquirir en la renombrada feria de Miranda, y doña Claudia, sobre una hacanea de andar ligero y seguro, ricamente enjaezada y sobre jamúas de caoba y sedas.

A un tiro de onda de la villa tuvieron la suerte de que se les incorporasen dos trajinantes que también iban a Valladolid en menesteres de su oficio, y en la segunda jornada dieron alcance a dos reve-

rendos padres franciscanos que, como sus rúbricas disponían, caminaban a pie hacia la misma ciudad para predicar en ella durante la Cuaresma.

Cinco jornadas más hicieron todos juntos, entre sabrosas pláticas y deleitosos recreos espirituales que debieron a la mucha bondad y sabiduría de los frailes, y satisfechos de lo bien que habían hecho el camino, llegaron en el séptimo día al monte de Torozos, en el que tomaron una cañada que, según afirmó uno de los trajinantes, había de sacarlos a sitio desde el que se divisara la muy noble y populosa ciudad de Valladolid, en la que podrían entrar al mediar el día siguiente.

Pero cerró la noche y perdieron la cañada, aventurándose sin rumbo por entre los árboles, resignados a esperar el nuevo día que con su luz les mostrase algún camino.

Como la noche era templada, tanto a causa de la bondad del tiempo como de lo resguardado del frío que los árboles tenían aquel lugar, decidieron acampar en un rellano y acomodarse con sus ropas y con los aparejos de las bestias para dormir algunas horas lo mejor que pudiesen.

Propuso don Genaro que antes hicieran alguna colación, y todos aceptaron; después de haberla

hecho, por indicación de los padres, rezaron el santo rosario muy cristianamente, con invocaciones al arcángel San Rafael para que se dignara volver en su ayuda.

Faltábanles sólo algunas salves por los difuntos familiares, por la salud del romano Pontífice y por la muerte del Soldán de Babilonia, cuando sobre el corro que habían formado resonó una voz bronca y fuerte que los requirió:

—¡Ténganse todos!

—¡Ave María Purísima!—exclamaron los frailes.

Don Genaro de Torre-Cumbre, apodado para su gloria Trincalobos, hizo honor a su mote incorporándose de un salto; pero pronto vió que dos hombres mal encarados apoyaban sobre su pecho sendos pedreñales.

Doña Claudia perdió el conocimiento, y los frailes, puestos de rodillas, pedían piedad a los bandidos, pues no otros eran los recién llegados sino los que formaban la cuadrilla de Bodegas, el más impío, cruel y arriscado facineroso de quien hablan las historias de aquel tiempo.

Acompañaban a Bodegas quince de sus hombres, tan desalmados como él, que tomaban a burla las piadosas admoniciones de los religiosos y excitában-

los a llamar las milicias del cielo para que los defendieran.

A vuestro noble abuelo fué al primero que ataron a un roble con una fuerte soga de cáñamo mojado, y bien sabe Dios que al hacerlo con otra ligadura, aun cuando ésta fuese de cadenas, presto hubiérala quebrado para caer como un vendaval sobre aquellos odiosos enemigos de Dios y de los hombres. Pero el cáñamo en cuerdas sabéis que está maldito de la Divina Providencia a causa de los muchos de sus hijos que con ellas ahorcaron durante la cautividad del pueblo de Israel, y de nada sirve contra ellas la fuerza de los hombres.

Ataron luego de la misma manera a los trajinantes y a los frailes, y pusiéronse a continuación a registrar y a pillar maletas, valijas, aparejos y sacos de viaje.

Vuestro noble abuelo sintió que se aquietaba su furia, y tranquilo contemplaba aquel bandidesco despojo, porque vió que no habían osado poner mano sobre el cuerpo puro y honesto de doña Claudia, que tomada de su desmayo yacía en tierra. Ya comenzaba a coordinar una oración al Todopoderoso en acción de gracias por haberse servido aminorar en parte tan principal el estrago, cuando llegó a sus ojos

y a sus oídos lo que mil veces hubiera querido morir allí mismo antes de ver y escuchar.

Hallábanse por entonces los bandidos españoles muy influídos por las proezas y costumbres de los bandidos italianos, y a la manera de ellos acostumbraban, no sólo a vestirse y armarse, sino que también a vivir y hacer el salto en los caminos y en los escampados.

Acercó Bodegas el hacha de viento de que habíanse servido al rostro inmóvil y pálido de doña Claudia con gran cuidado de no herirla ni molestarla, y cuando a su gusto húbola contemplado, exclamó dirigiéndose a los suyos.

—Es mujer hermosa y joven y de noble porte. A fe mía que no ha de irse sin que ante estos buenos hombres, que de testigos han de servirnos, la honremos con una *treinta y una*.

Don Genaro, que por habérselo contado en Bilbao un capitán de la Marina que por Italia viajara, sabía muy bien lo que era aquello de “dar la treinta y una”, echóse a temblar al oírlo, y luego comenzó a dirigir los más terribles apóstrofes a Bodegas y sus bandidos; pero como estaba atado y tenían la seguridad de que no podría soltarse, a sus injurias y a

sus maldiciones contestábanle con burlas y con chacotas.

Avalanzóse el primero Bodegas sobre la infeliz doña Claudia, que al sentir aquella violenta y repugnante agresión recobróse y quiso defenderse con las uñas y con los dientes; pero todo fué inútil, porque el bandido era más fuerte y estaba más acostumbrado a reñir aquellas batallas y en ellas triunfar.

Turnaron todos en el martirio de aquella dama infeliz y sin ventura, y luego se alejaron presurosos, con lo que a los caminantes habían robado, sin que trabara sus pies la memoria del horrendo pecado mortal que acaban de cometer en aquel sitio.

Al verse libre del último, la valerosa dama púsose en pie y siguióles largo trecho, lanzando contra ellos piedras con tanto brío como pudiera hacerlo el pastor más fornido y acostumbrado. Pero viendo que era inútil su acometida por la gran distancia que los bandidos ganaron en pocos instantes, restituyóse al sitio en donde estaban su desventurado marido y sus compañeros de viaje, y, muy animosa, les soltó sus ligaduras prestamente y los intimó a que salieran en persecución de los malhechores, cosa que hubiera sido por demás temeraria al ser aquéllos tantos y tan bien armados, por lo que determinaron

seguir dolientes su camino hasta llegar a su término y pedir justicia a las justicias contra tamaños crímenes.

Cien onzas de oro hubo de ofrecer vuestro noble abuelo don Genaro Alberto de Torre-Cumbre, apodado para su gloria Trincalobos, a quien le presentara la cabeza de Bodegas; pero por su desgracia pasaron más de dos años sin que el decapitador apareciese ni la justicia pudiese descubrir su guarida.

A pesar del horrible susto y del rudo tormento de aquellanoche, doña Claudia, de regreso en la villa de Prado Ameno, dió a luz felicísimamente al que más tarde había de ser vuestro cuarto abuelo, don Cristóbal de Torre-Cumbre, y cuando éste contaba un año y medio de edad, sobre poco más o menos, llegó a vuestra casa solariega un pastor que preguntó con gran empeño por don Genaro Trincalobos, y cuando lo tuvo presente sacó de unas alforjas la cabeza de Bodegas y reclamó para sí el premio de las cien onzas.

Supondréis, señor, que todos se mostraron regocijados y alegres al ver cumplida la necesaria venganza y ejecutado el providencial castigo; pero no fué así, por doloroso que me sea consignarlo en esta

verídica historia; por el contrario, vuestro noble abuelo perdió la razón al encontrar cómo la cabeza de Bodegas parecíase como un huevo a otro huevo a la de su señor hijo don Cristóbal, y para que el parecido no ofreciese dudas, en las dos cabezas, sobre el mentón, en las dos prominente, destacaba de notorio relieve una hermosa berruga negra.

* * *

Vida ejemplar fué, señor, la de vuestro ilustre abuelo cuarto, don Cristóbal de Torre-Cumbre, no sólo porque el cronista la encontró ocelada de virtudes, como lo está el cielo de estrellas, sino por el acendrado temor de Dios, en el que hubo de vivir y morir, y por las muchas larguezas que constantemente tuvo para con los pobres y para con los minisros del Altísimo.

Fué, sobre todo, un verdadero modelo de cristiana mansedumbre, y por el amor divino llegó a sufrir con edificante humildad lo que otros hombres hubieran considerado como afrentas humillantes.

Cuéntase de él que habiendo ido al monte de caza, noble diversión a la que era muy aficionado,

unos malhechores tomáronle el caballo y la merienda que en el morral llevaba, y cuando se alejaban llamóles para entregarles sus espuelas de plata, con las que pudiesen aguijar a la bestia, y una cantimplora de viño añejo que, por olvido sin duda, no le tomaron para que bien pudiesen acompañar con él los sabrosos manjares que sacara de su casa para su regalo.

Encontró en otra ocasión un fraile jerónimo parado al borde de un camino porque se le había torcido un pie, y rogóle que a costas le llevara como media legua de distancia a la cabaña de una hermosa pastora que era su hija de confesión, y vuestro noble abuelo don Cristóbal, sin vacilar un instante, tomó a costas al reverendo, que era uno de los más hermosos ejemplares de la Orden, y lo condujo hasta donde con tal ansiedad deseaba ir.

De tan edificantes ejemplos está llena su historia, y bien podéis celebrar, mi señor don Rodrigo, el que la sangre ilustre de aquel piadoso varón sea la que circule por vuestras venas.

Casóse en edad adecuada con una honesta doncella de claro linaje y relevantes virtudes, llamada doña Irene del Monte Negro, que, además de sus

muchos merecimientos, aportó a la casa de los Torre-Cumbre un pingüe patrimonio.

Educada también doña Irene en el santo temor de Dios, pues sin esta circunstancia no hubiera vuestro noble abuelo puesto en ella sus ojos, dedicaba la mayor parte de su tiempo a la oración y a las prácticas espirituales, confesando a diario y recibiendo la Sagrada Eucaristía todos los domingos, durante la misa mayor.

Había, y aún se conserva en la iglesia parroquial de Prado-Ameno, un hermoso cuadro, sin duda de autor preclaro, en el que se representa a la Santísima Virgen María de la Anunciación. Tiene a su lado la excelsa Madre de Dios a San Gabriel en el momento en que cumple el encargo divino de hacerle saber que el Espíritu Santo ha fecundado gloriosamente sus entrañas.

La figura de la Virgen es por extremo interesante y bella; pero en el cuadro destaca más aún la del glorioso Arcángel, que es un gallardo mozo, de elevada estatura, ancho de hombros, con los músculos turgentes y redondos, los ojos azules, rubia la flotante cabellera y rojos como amapolas los labios.

Doña Irene jamás salía ni entraba en el templo

sin arrodillarse al pie de este cuadro y rezar largamente, llegando a sufrir largos éxtasis de místico entusiasmo.

Más de una vez hubo de retirarla de allí mi señor don Cristóbal con los brazos crispados, las piernas vacilantes, cárdenas ojeras, los ojos húmedos y los labios secos.

Quiso el cielo, sin duda, premiar tanta piedad y devoción, y como vuestro señor abuelo cuarto, don Cristóbal de Torre-Cumbre, tuviera que pasar a Burgos para menesteres de su hacienda, es tradición constatada en vuestros solariegos archivos que durante las diez noches consecutivas que faltó el marido de su casa, desprendiéndose el Arcángel del lienzo y tomando figura humana y humana corpulencia introdujose, a la manera del sol por un cristal, en el aposento de doña Irene, y acompañóla piadosamente hasta la hora del alba, en la que desaparecía como había entrado.

Con tan fausto y cristiano motivo multiplicó doña Irene sus devociones, y dedicó desde entonces el mayor tiempo que pudo a dar gracias a la Santísima Virgen por haber tenido la excelsa bondad de concederle la gracia de su acompañante durante todas aquellas noches tenebrosas.

Este milagro edificante repitióse muchas veces durante la vida de vuestra abuela doña Irene, pues, como ya os he dicho, don Cristóbal era muy aficionado a la caza, y siempre que se le ofreció pernoctar en el campo, acudió piadoso el Arcángel a dar guarda a la noble y virtuosa señora.

Sin duda, habréis oído hablar, puesto que lo explica la ciencia médica muy claramente, de la influencia que las imágenes reales ejercen sobre los sentidos de las mujeres durante el embarazo y el puerperio, y así no habrá de sorprenderos el que cuando doña Irene dió a luz el único fruto de su matrimonio, al que pusieron por nombre don Bruno, fuera éste un retrato y parangón exactísimo del San Gabriel del cuadro que he tenido la honra de describiros.

Quedó deslumbrado por este sorprendente milagro vuestro noble y piadoso abuelo don Cristóbal de Torre-Cumbre, y para memoria y constancia eternas hizo venir de Burgos un pintor famoso que lo copió exactamente en un lienzo, con todas sus galas y excelencias, y tal es el cuadro que aun hoy gura en vuestra casa solariega de Prado-Ameno, en el aposento que fué de doña Irene.

Queriendo las lenguas procaces de la villa turbar

la paz de aquel matrimonio tan constante en el temor de Dios y en la práctica de todas las virtudes, dió en decir cosas, que yo no he de recoger en esta Memoria, sobre las andanzas nocturnas de un coadjutor de la parroquia, tan parecido físicamente al Arcángel, que en el pueblo, desde su llegada, llamábanle de apodo *San Gabriel*.

Indignóse mucho vuestro señor abuelo don Cristóbal al tomar conocimiento de la calumnia, y para desagraviar al podre sacerdote ofendido, corrió a postrarse a sus pies y ofrecióle doce pollos cebados, seis fanegas de trigo, veinte cántaras de vino y ocho varas de bayeta fina para que se hiciera manteos.

Con esto logró atar las lenguas desatadas, que en adelante, en vez de hablar maliciosamente de las supuestas andanzas nocturnas del clérigo, sólo hablaron de la mucha piedad y mansedumbre de vuestro señor abuelo don Cristóbal.



Aquí el presidente suspendió la sesión por quince minutos para que descansara el sabio don Primitivo Jakem Brollon, aun cuando enfáticamente dijo que no lo había menester.

En seguida, todos los ilustres miembros de *El Armiño Blanco* abrazaron y felicitaron a Torre-Cumbre, celebrando con las palabras más ditirámbicas de su léxico las glorias de sus antepasados.

A todos contestaba como hombre de buena educación, pero aguzando todos sus sentidos en busca de un destello de ironía o de burla encubierta por el follaje de los encomios. Por fortuna, no lo encontró, y tan pronto como pudo desasirse de los cumplimenteros tomó a don Fernando del brazo, sacándolo fuera del salón para decirle:

Esta es una burla infame, y ese don Primitivo un miserable a quien voy a romper la crisma en cuanto salgamos de aquí. No esperaba de ti este agravio.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—Digo que no tolero esas injurias a mis mayores. Ya lo ves; según ese cronista, embustero y cínico, todos fueron...

—¡Calla, hombre, calla! ¡Qué ideas más confusas, más paradógicas y más equivocadas, en una palabra, tenéis los jóvenes sobre estas cuestiones! Una cosa es la desgracia y otra el vicio; y la desgracia a nadie puede manchar. Debes sentirte orgullosísimo de lo bien que brilla y sobresale en to-

dos tus abuelos la limpieza de sangre y el santo temor de Dios. ¿Qué más quieres?

—Que ese cernícalo se hubiera callado esas desgracias de orden privado y particular que no tenía para qué exhibir en este sitio.

—Hijo mío, así se escribe la historia, con la fidelidad más absoluta, con la mayor precisión. Pero ¿quieres decirme qué hay en lo leído hasta ahora que pueda causarte disgusto?

—¿Te parece poco? ¡Mis cuatro abuelos... digo, mis cuatro abuelas!...

Te repito que esas son desgracias sin transcendencia histórica. ¡Si supieras lo que se ha leído aquí!

—No me importa. Lo que quiero es que me traigas ahora mismo a ese farsante para decirle que si alguna de las demás abuelas mías que figuran en la Memoria ha sufrido la misma desgracia, suspenda la lectura y me entregue sus papeles para quemarlos ahora mismo.

—¡Pero si se ha impreso su trabajo y se ha repartido entre todos!

—¡Eso faltaba! ¡Recogeré la edición cueste lo que cueste! Tráeme ahora mismo a don Primitivo.

Decidióse a obedecer Garnacha y volvió a poco

con el sabio, que bien ajeno a lo que acaecía, dirigíase adulator a Rodriguito:

—¿Ve usted, señor Torre-Cumbre, cómo se confirma cuanto escribí en el prólogo?... “¡Cuántas virtudes! ¡Cuán elevados parangones y ejemplos!...”

—Es usted el mayor sinvergüenza del orbe. ¡Conque virtudes y ejemplos!... ¿Por qué no me dijo usted la verdad?... ¿Cree usted que debo estar satisfecho de que se aireen de esta manera las desgracias íntimas de mis antepasados?...

—Señor, para la historia nada hay que pueda calificarse de íntimo ni tenerse por vedado. Y además, todo lo que al parecer os disgusta en nada empaña las glorias de vuestros ilustres ascendientes.

—Bueno, bueno; eso será a su corto conocimiento. Lo que yo quiero saber ahora, para consentir o no que la lectura continúe, es si a los demás los afligieron las mismas desgracias.

—Pero señor, si no hay desgracias; tal vez los maliciosos pudieran interpretar, como usted sin duda interpreta, lo que pasó a sus ilustres y virtuosas abuelas; pero la historia no se escribe para los maliciosos, y por otra parte, en esta ilustre Orden no los hay.

—No importa; concretemos. En el resto de la

Memoria, ¿hay o no casos semejantes a los que hemos oído leer?

—En modo alguno. Todos son distintos. En la historia de vuestros mayores nada se repite. El Supremo Hacedor ha concedido la artística excelencia de la unidad en la variedad de vuestra genealogía. Puedo garantizarlo con mi palabra de honor.

Sonó la campanilla presidencial. Volvieron al salón los tres y continuó el sabio su lectura:

* * *

“La mayor y más alta de todas las satisfacciones que podemos gozar los míseros moradores de este bajo mundo es sin duda la de contar entre los que llevan nuestra misma sangre alguno de los elegidos por Dios para sentarlos a su diestra después de que el Espíritu Santo háyales coronado con la brillante aureola de la santidad.

Este imponderable favor divino recayó sobre vuestro noble abuelo don Bruno de Torre-Cumbre, pues si bien es cierto que aún la Iglesia no le ha concedido la ornacina que en sus altares le pertenece, no lo es menos que en olor de santidad murió y que su

cuerpo se conserva incorrupto en una ermita que corona los cerros de Guardamino.

Desde niño, y el caso se observa muy repetido en vuestra genealogía ilustre, sintió la voz del Señor que llamábale a formar en sus milicias y las devociones y las ceremonias religiosas eran el único recreo de su espíritu.

Pero su señor padre, que no hubo otro hijo, temeroso de que en él quedara extinguida la preclara estirpe de los Torre-Cumbre, amonestóle a que contrajera matrimonio con el fin de legar por las vías honestas y legales la ansiada descendencia.

Deferente y respetuoso vuestro señor abuelo don Bruno para con las paternas admoniciones, puso sus ojos en doña Ruperta del Collado, dama muy noble, principal y honesta, criada por sus padres con gran esmero en el santo temor de Dios.

Solicitóla el padre de don Bruno para su señor hijo y al punto los dos jóvenes quedaron prometidos, acordándose por las familias que el matrimonio se celebrara un año después, por no haber aún transcurrido más de cuatro desde la muerte de la señora madre de doña Ruperta.

Gozábanse los prometidos esposos en los goces inocentes de sus dulces y honestos amores, contando

con ansiedad los días que les faltaban para acogerse al más grato y anhelado Sacramento, cuando acaeció llegar a la villa un venerable sacerdote de la Orden de los franciscanos, que venía precisamente en busca de don Cristóbal de Torre-Cumbre, como se nombraba vuestro abuelo el padre de don Bruno.

Acogió la familia con la debida veneración al sacerdote, ofrecióle la hospitalidad de su hogar, y cuando todos estuvieron reunidos, a los postres de una solemne colación, declaróles que venía del Perú, en donde había fallecido el señor don Genaro de Torre-Cumbre, hermano menor de don Cristóbal, que partióse allí en la compañía de unos mercaderes burgaleses apenas salido de la infancia.

Derramaron todos piadosas lágrimas y coordinaron sentidas oraciones en memoria y sufragio del deudo difunto, y cuando a su satisfacción hubiéranlo hecho, añadió el padre franciscano que don Genaro, al morir soltero en aquellas tierras de Ultramar, había dejado una cuantiosa herencia, que, por dictados de la ley, correspondía a don Cristóbal, a quien amonestó para que fuese a recogerla en su compañía, a cuyo efecto era portador de los documentos pertinentes y del dinero necesario.

Don Cristóbal, que por entonecs hallábase ya vie-

jo y achacoso, propuso que fuera su hijo don Bruno para alzar y traer la herencia yacente, y así se acordó, con gran desconsuelo del emisario, que había cobrado gran cariño a la muy hermosa y honestísima doña Ruperta y desprenderse de su lado era como desprenderse de la parte principal de su propia vida.

Juráronse los dos amantes antes de la separación, como es costumbre en estos casos, amor y fidelidad eternos, así como el que, acaeciera lo que acesiese, habrían de esperar entrambos a que la fortuna los juntara de nuevo al pie de los altares.

Llegó prestamente el día de la partida, y si copiosas y ardientes fueron las lágrimas con que registró doña Ruperta aquella dolorosa efemérides no lo fueron menos las que brotaron de los ojos de don Bruno, pues más parecía que marchárase a la guerra que no a llenar de oro sus faltriqueras y sus valijas.

Para estimular el favor divino en pro de su muy amado y lograr que un soplo celestial empujara la popa del galeón que a tan lejanas tierras había de conducirlo, hizo voto solemne doña Ruperta de acudir todas las tardes a la ermita de las Santas Agueda y Calamandada, que alzábase en la cumbre de

los cerros de Guardamino, y rezar allí diez salves postrada de hinojos y los brazos en cruz.

Comenzó inmediatamente la piadosa señora a dar fiel cumplimiento a su voto y penitencia, rechazando toda compañía de servidores o deudos para mejor entregarse a la devota meditación en el largo y escabroso camino.

Durante dos meses hízolo a diario, como había prometido, sin que nada de particular le acaeciera; pero una tarde, cuando de la ermita regresaba, vió con espanto que el cielo se cubría de negros nubarrones y comenzaron a cegar sus ojos horrísonos relámpagos y a caer, como golpes de maza sobre su cerebro, los truenos más fragorosos y retumbantes. Vió doña Ruperta que un rayo del cielo contundía y derribaba un roble secular, corpulento como una torre, y cayó al suelo sin sentido.

Cuando lo recobró encontróse en los brazos de un apuesto caballero que le decía tiernas y consoladoras palabras y ofrecíase como su más generoso valedor.

Acompañóla hasta la entrada de la villa, junto a la cruz de piedra que durante siglos abrió sus brazos a los perseguidos por la justicia; pero al verla a la luz de un relámpago lanzó el caballero un bra-

mido feroz, que repercutió en todas aquellas montañas y huyó, dejando a doña Ruperta sumida en un torbellino de humo de azufre.

Ya habréis comprendido, señor, que el demonio, envidioso de la piedad y de la constancia que la dama empleaba en cumplir su voto, decidió atemorizarla para que de él se apartase y desistiera, y a tal fin empleó todo su nefasto poder en preparar en torno de la infeliz toda aquella horrible tramoya.

Mas no por esto decayó la fe de doña Ruperta, sino que ocultando a sus piadosos padres lo sucedido, para que no estorbasen su devota voluntad, continuó sus diarios viajes a la ermita y más de una vez volvióse a interponer el diablo en su camino con los mismos o análogos artificios de terror.

Mas no fué esto lo más horrible, sino que antes de cumplir la honesta dama el primer año de su penitencia declaráronsele con refinada crueldad los síntomas exteriores de un evidente embarazo, con lo cual ya no pudo eludir ante sus padre la confesión de que el Angel Malo habíala poseído arteramente, privándola de antemano del uso de la razón y de todos los sentidos.”

* * *

Antes de que don Primitivo terminara el párrafo, púsose en pie Rodriguito con los puños crispados, y ya iba a lanzarse a la tribuna para despedazar al sabio, cuando le cercaron los ilustres miembros de *El Armiño Blanco* y los brazos robustos de Cinchuelo le obligaron a sentarse mal de su grado.

Tocó el presidente la campanilla y peroró:

—Comprendo, señor de Torre-Cumbre, el dolor que os aflige al saber que el demonio asaltó un día el sagrario de las virtudes de vuestra ilustre, preclara y noble familia; pero debéis comprender que éstas son cosas inevitables, como dispuestas por las superiores potencias y aun debe complaceros el que eligiera como víctima una de vuestras virtuosas abuelas, pues bien sabéis que el Angel Malo no invierte ni emplea su omnímodo poder en sortear vulgares aventuras ni en perseguir presas mezquinas o despreciables. Recordad las vidas de los santos y de los héroes y en todas o casi todas veréis hechos de esta índole, a los que llamaríamos ultrajes si fueran obra de los hombres.

Serenóse Rodrigo, sonó nuevamente la presidencial campanilla y el sabio prosiguió:

* * *

“Grande fué el dolor de aquella noble y honesta familia y mayor aún el de la ultrajada doncella, que sin cesar requería un acero para rasgarse las entrañas; pero ni aun así desistía de sus diarias visitas a las Santas Agueda y Calamandada, y fué preciso que su señor padre se acomodara con el ermitaño para que en su morada humilde dispusiese una habitación a doña Ruperta.

Con esta prudente medida, amén de ahorrarse el camino y sus peligros encubriáse el triste suceso a los incrédulos y maldicientes, que en todo tiempo los hubo y que llegan en su osadía hasta negar al diablo su poder y sus andanzas en guerra contra todas las virtudes del mundo.

Dió a luz doña Ruperta el fruto abominable de sus entrañas, y quienes lo vieron, pues desapareció entre una nube negra tan pronto como hubo de salir al mundo, cuentan que tenía cuernos como de cabrito y que de sus ojos fluían llamas.

Refugiada en la oración y en la penitencia, consolóse doña Ruperta de su desventura y continuó en aquel modesto santuario hasta el arribo de su prometido, que fué un año después de haber quedado su vientre exonerado y limpio del monstruo que durante nueve meses guardara.

Fué el primer impulso de esta noble y honesta dama el de contar a don Bruno todo el detalle de su desgracia; pero aconsejada por el reverendo prior de los Jerónimos de Miranda, sabio y prudente varón, que para consolarla en sus tribulaciones desde que supo lo acaecido llegó a la ermita muchas veces, resignóse a ocultarlo y a poner en juego todos los medios para que su futuro marido no lo averiguara, evitándole así un sufrimiento que de seguro le hubiese acarreado la muerte, a causa de lo muy enamorado de su prometida que volvió de las tierras ultramarinas.

Celebráronse los desposorios con regocijo y júbilo de toda la comarca, pues no hubo familia que no fuera llamada por don Cristóbal a participar de su alegría y de las opulencias de su mesa, y fueron felices los dos esposos, y aun vieron aumentada su felicidad cuando en el primer año del matrimonio nacióles el primer hijo, al que pusieron por nombre León, como había determinado el cristiano almanaque.

Unas calenturas malignas abrieron el sepulcro a la muy honesta y noble doña Ruperta cuando aún no había llegado al octavo lustro, y como don Bruno, a su regreso de las Indias, había sabido de la

mucha devoción que siempre consagrara a las benditas Agueda y Calamandada, dispuso que en su ermita la enterrasen con gran solemnidad y pompa.

Don Bruno, que era también hombre piadoso y acendrado creyente, visitaba con gran frecuencia el sepulcro de la que fué su dulce compañera, y un día, cuando ante él estaba en oración, apareciósele aquel hijo del diablo que en las entrañas de doña Ruperta se había gestado y declaróle todo lo acaecido.

Tal fué la dolorosa emoción de vuestro ilustre abuelo al escuchar el relato del hijo maldito de Satanás, que de pronto volviósele blanco todo el cabello y tomóle un temblor en las manos del que ya no pudo curarse en el resto de sus días.

En sufragio de lo mucho que la infeliz doña Ruperta había sufrido con tamaña desventura decidió en aquel punto retraerse a morar para siempre en la ermita y así lo hizo no menos que durante veinte años, hasta que allí murió en olor de santidad, como hube de deciros al comienzo de la presente narración, adverada y confirmada por los testimonios que constan en el archivo de vuestra ilustre casa y por las tradiciones que piadosamente se conservan en la

ermita de los cerros de Guardamino y en los pueblos que los circundan.”

* * *

“En la historia, señor, de vuestro segundo abuelo, don León de Torre-Cumbre, hubimos ya de encontrar la nota estridente de la sangre caballerosamente efundida en defensa del honor ultrajado con el brío que imponen los cánones de nuestras ancestrales tradiciones:

Al Rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor,
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Vivió don León muy honestamente de su hacienda, no escasa, en la noble villa de Prado-Ameno. y cuando aún no había cumplido los cuarenta años, contrajo nupcias con doña Basilisa de Menéndez, de noble y claro linaje y de piadosas costumbres. En cuanto a su hermosura, era tanta que aún la fama en aquellos contornos, cuando quiere ce-

lebrar la de una santa imagen, invoca siempre el rostro angélico de doña Basilisa.

Vivieron felices durante muchos años y hubieron seis hijos; el primogénito, don Severo, fué el llamado, como habéis de saber oportunamente, a continuar la línea de fuertes y valerosos varones que forma vuestra trascendencia.

Treinta años contaba vuestra ilustre bisabuela y conservaba íntegra la belleza de su adolescencia, no obstante sus seis felices alumbramientos.

Fué, como queda dicho, un modelo de esposas amantes y honestas y otro no menos edificante de madres tiernas y cuidadosa de sus hijos, hasta el extremo de que el diablo, envidioso de tanta felicidad, decidió poner en juego todo su poder para destruirla.

Como sin duda sabéis, Prado-Ameno fué uno de los pueblos de la ruta que siguió el usurpador José de Bonaparte cuando, vencido y humillado, retirábase a la Francia, de donde jamás debió salir, con sus cien carros de equipaje que presto habían de rescatar los nobles y valerosos moradores de la vieja Castilla.

Determinó el usurpador hacer jornada en Prado Ameno y procedióse a la tarea de alojar su séquito.

En la casa de vuestro bisabuelo don León, por ser una de las más principales, acomodaron a un capitán de la guardia del Intruso, con quien decíase que le ligaba cercano parentesco.

Era el capitán un gallardo mozo de ojos azules y rubios y encrespados bigotes. Realzaban su figura las galas de un brillante uniforme cortesano, y durante su estancia en nuestra tierra había aprendido nuestro idioma, y en vez de pronunciarlo salpicado de los desatinos franceses, hablábalo matizado de las dulzuras italianas.

Don León, sacrificando en aras de la hospitalidad y de la cortesía sus bríos y sus odios de patriota, cedióle la mejor de las piezas de la casa, que estuvo siempre destinada a dormitorio matrimonial. Retrájose él a otra pieza reservada para cuando en las fiestas del pueblo llegaban parientes forasteros, y a doña Basilisa, como era costumbre muy prudente de aquellos tiempos y se hacía con todas las mujeres hermosas y honestas cuando llegaban guerreros, aposentóla en un desván de la morada, bien servida y atendida de todo, para que se ignorase a todo trance su existencia.

Esta reclusión de las mujeres en tales casos re-

cuérdame el grito de los soldados del César cuando con su Emperador llegaban a la ciudad eterna:

¡Romanos cladie uxores, mechum calvum apportamus!

Transcurrió la noche en paz y en gracia de Dios para los tres, pues el capitán ignoraba que aquellos techos dieran cobijo a la dama más hermosa y honesta de cuantas pudiera encontrar en su largo camino, toda vez que don León, mientras la cena a que generosamente le invitara, declaróle que era viudo y padre de seis hermosas criaturas, que le mostró dormidas y que el francés acarició largamente, si bien con cuidado exquisito de no turbar su sueño.

Levantóse con el sol doña Basilisa, como era su costumbre, y como advirtiera la falta de una peineta con la que solía sujetar la hermosa mata de sus negros cabellos, decidió entrar sigilosamente en su busca en el aposento del capitán, confiada en que éste, fatigado del camino y precipitado en los abismos de Morfeo por los añejos vinos que había visto disponer a su marido para la cena, no habría de darse cuenta de su presencia.

¡Oh designios misteriosos del astuto demonio y

cuán astutamente preparáis a las almas el camino de su perdición irremediable!

Despertó el francés tan pronto como doña Basilisa hubo empujado la puerta, saltó del lecho, y tomándola entre sus brazos de tigre, consumó la mayor de las villanías que han podido imaginar los hombres sin conciencia.

El terror ahogó sin duda los gritos en la garganta de doña Basilisa, y así fué preciso que sucediera para que transcurriesen tres larguísimas horas sin que los ruidos acusaran el crimen ante la perspicacia de don León.

Este, que habíase levantado un poco después que su esposa, contempló por una de las ventanas cómo formaba en la plaza de la villa el séquito del Intruso, y porque el capitán su huésped no cayera en falta, decidió despertarlo entrando al efecto en su alcoba.

Mi pluma se resiste, señor, a pintar la angustia, el dolor, el terror, la desolación que debieron en aquel instante hacer presa sobre vuestro desventurado bisabuelo; pero presto su honor, heredado de su mayores y guardado como preciosa reliquia, hubo de empujarlo al cumplimiento de sus deberes severísimos.

Gallardo y caballero tomó la espada del francés,

que apresuradamente se vestía, y no habiendo podido con ella darle alcance por la presteza que había puesto en la huída, atravesó el corazón de doña Basilisa, seguramente con tanto pesar como si atravesara el propio, porque no quedara vestigio de aquella afrenta que, no ciertamente de ella, sino del Angel Malo, del eterno enemigo de la felicidad de los hombres, había recibido.”

—¿Y no mató al francés?—preguntó Rodriguito con temblores en la voz.

—Guarda silencio la historia—repuso el sabio—; pero es de suponer que sí lo matara. No quise extremar sobre este punto mis investigaciones porque me conformé con saber que había tomado venganza de su honor ultrajado, cual cumple a un Torre-Cumbre.

Una salva de aplausos acogió las palabras enfáticamente pronunciadas por el cronista y con ello se aquietaron los nervios del joven.

* * *

“Una crudísima noche del mes de marzo del año de gracia de 1838, don Severo de Torre-Cumbre y Menéndez del Roble, aguardó furtivamente en

las afueras de la villa de Prado-Ameno la galera acelerada del Sordillo, que, procedente de Vitoria, dirigíase, pasando por Haro, a Logroño, para tomar allí la ruta de la sierra de Cameros, y en Soria, una vez pasado el puerto de Piqueras, abordar el camino real de Madrid.

¿Qué es lo que había determinado esta misteriosa resolución de don Severo de Torre-Cumbre? ¿Huía tal vez de las partidas carlistas? ¿Acaso esquivaba una leva que lo incorporase a los ejércitos cristianos?

No ha sido muy fácil para el cronista la tarea de averiguarlo; pero la infalibilidad de sus métodos se ha servido allanar todos los obstáculos y disipar todas las tinieblas tan fácilmente como el divino *fiat lux* disipó las que antes de la creación envolvían este bajo mundo.

Poco después de haber cumplido el sexto lustro contrajo el ilustre don Severo matrimonio con doña María Ignacia Cazán del Lirio, hija de nobles hacendados y de claro linaje, como acreditan la ejecutorias que duermen en la Chancillería de Valladolid.

Contaba entonces doña María Ignacia veinticuatro años y tiénese por seguro que antes de conocer

a don Severo, cuando aún ella ignoraba que éste había logrado que se la prometieran sus señores padres, oyó temerariamente los galanteos de don Félix de Arlanza, primogénito de los marqueses de Cerezo de Río Tirón, y de tal modo hubo de prendarse del mancebo que no han bastado los años para lograr que aquellos amores ejemplarísimos se olviden, y aun hoy, igual en Prado-Ameno que en sus limítrofes, cuando se trata de pintar una dama enamorada recuerda siempre el vulgo a *la novia de Cerezo*.

Sometióse sin duda con gran pesadumbre doña María Ignacia al mandato paterno y arrancó de su corazón el recuerdo del gallardo marqués; pero no acertó a descuajarlo sin dejar entre buena tierra alguna raicilla, como a su tiempo será visto.

Don Félix, dolido del desengaño, renunció al mundo y encerróse en el convento que por entonces tenían establecido los Jerónimos en las inmediaciones de Miranda de Ebro, y es fama que allí cumplió las rudas tareas del servicio divino con acendrada conciencia.

Sábese de cierto que fué feliz, cuanto en la tierra cabe, el matrimonio formado por don Severo y doña María Ignacia, y asimismo que a los dos años de

casados la divina gracia concedióles un hijo varón, al que pusieron por nombre bautismal don Rodrigo.

Fueron aquellos Jerónimos muy adictos a la causa del señor don Carlos de Borbón, Rey legítimo de las Españas, y con el objeto de llevar un mensaje al ilustre caudillo Merino, apodado "el Demonio", sin duda por antonomasia, que por aquellas inmediaciones operaba, destacaron a don Félix del convento, y al llegar a la villa de Prado-Ameno, el diablo, que, como es sabido, todo lo añasca en su provecho, hizo que encontrase en la calle Real a doña María Ignacia, que dirigíase a la iglesia para satisfacer sus muchas devociones.

Lo que hablaron no consta en las historias y lo que se dijieran no ha podido el cronista recomponerlo; pero es lo cierto que doña María Ignacia no retornó a su lugar y que el marqués sí retornó a ser lo que antes fuera, y poco tiempo después fué visto cabalgar con la hermosa dama a la grupa y ostentando arrogante las charreteras de capitán del gloriosísimo ejército del Rey Neto."

—¡También mi abuelo!—exclamó Rodriguito vencido y acongojado.

—Eso es *pecata minuta*—repuso impertérrito el cronista—. Sigamos la lectura:

“Don Severo, para sustraerse a la pública murmuración, decidió partir de la villa, dejando a su tierno vástago en poder de una criada de confianza, cuyo nombre se recuerda. Llamábase Baltasara Urbión, y es fama que fué de una honestidad inquebrantable. Como el pueblo profesóla gran cariño, ha conservado cuidadosamente su retrato. Era, según dicen, de muy elevada estatura y de extrema delgadez; cojeaba del pie izquierdo a consecuencia de un golpe que sufrió de muy niña; la viruela maligna destruyó en su cara la nariz, que había sido perfecta, y por último, cuando un año trabajaba en el campo en las faenas del agosto, una araña venenosa vacióle el ojo izquierdo; pero como se ha dicho, su mucha honestidad servía para hacer tabla rasa de estos leves defectos.

Cuando mi señor don Severo húbose acomodado en la Corte y logrado un empleo en las covachuelas de la Real Hacienda, tomó en alquiler una casa, que dotó de ricos y adecuados muebles, y mandó venir del pueblo a Baltasara con su adorado vástago.

Para olvidar los grandes dolores que, sin duda, causárale su amorosa desventura, dedicóse don Severo a provisionista de los ejércitos cristianos, y cuan-

do hubo reunido algún capital, viósele acudir a las subastas de los bienes desamortizados de la Iglesia, y fué en ambos menesteres tan entendido, que en pocos años logró redondear una fortuna muy superior a la que en el pueblo había dejado abandonada, y cuenta que ésta no era despreciable ni mucho menos.

Así vivieron los tres, don Severo, don Rodrigo y Baltasara, en santa paz y colmados de riquezas, hasta que aquél cumplió los ochenta y siete años, y el Señor de los Señores sirvióse llamarlo a su seno.

Grandes, ciertamente, fueron sus virtudes y mucho el santo temor de Dios, en el que hubo de vivir y morir. El le alentó para soportar la amarga prueba a que le sometiera el Todopoderoso y por él merece, sin duda, ocupar uno de los lugares más brillantes en esta ejecutoria de la casa hidalga, excelsa y ejemplar de los señores de Torre-Cumbre.”

—Y de mi señora abuela, ¿no habéis encontrado noticias?

—Señor, sólo me pedisteis registrar las virtudes de vuestra ascendencia masculina; por lo demás, no queráis saber. Las historias de amores son como las frutas del huerto: en sazón, aroma, dulzura, color; después, inmundicia, podredumbre.

Mi señora doña María Ignacia Cazán del Lirio, abandonada prestamente del marqués de Cerezo del Río Tirón, fué luego cantinera... y algo más de los ejércitos de nuestro señor el Rey Neto.

* * *

“La historia, señor, de vuestro ilustre padre, don Rodrigo de Torre-Cumbre Cazán del Lirio y Menéndez del Roble, acaso es la más interesante entre todas las de vuestros antepasados preclarísimos.

En sus primeros años cursó Humanidades en Alcalá con gran aprovechamiento, como está probado en sus documentos personales.

Durante largo tiempo sintióse atraído por la Iglesia, y vuestro ilustre abuelo, mi señor don Severo de Torre-Cumbre, no sólo no se oponía, sino que más bien lo estimulaba a que avanzase por este camino, pues como ya eran muchas sus riquezas y notorio el valimiento que en la Corte había sabido adquirir, seguro estaba de que antes de que encaneieran sus cabellos, una sagrada mitra habría de descender del Pontificado, como si del cielo descendiera, para cobijarlos y decorarlos.

Pero al modo de una de las horribles plagas que

en los tiempos bíblicos envió el Señor sobre la tierra para probar a los gentiles su omnipotencia, llegó a España la diabólica revolución del 68, que todo lo enfangó con un liberalismo plebeyo y soez; descompuso las familias y torció los caminos que había el cielo señalado a sus elegidos. En los mares procelosos de la libertad hundiéronse todos los respetos humanos y en los labios de las criaturas claudicó la oración para que vibrara el apóstrofe.

De esta epidemia asoladora vióse atacado vuestro ilustre padre, y en compañía de otros energúmenos que, como él, apenas habían cumplido los veintiocho años y estaban, en consecuencia, muy distantes de la edad de la razón, lanzóse a la calle a vitorear las llamadas ideas nuevas, y como el Malo hizo que triunfaran, si bien por brevísimo espacio, aprovechóse de la llamada Libertad de Enseñanza para que le hiciesen abogado.

Tal vez con esta licenciatura, inopinada y sorprendente, se halle relacionada una de las cuentas que hube de encontrar en el archivo de vuestro ilustre abuelo, mi señor don Severo, pues en ella consta esta partida: "Sendas tabaqueras a los señores del Tribunal de exámenes, 180 r. v."

Deduzco este hecho del de haber yo conocido a

un señor médico, que antes era cirujano, callista y sangrador, y pagó al susodicho Tribunal su grado con un cesto de higos de viña frescos.

Como es sabido que dinero llama dinero y que el hombre no suele codiciar el segundo millón hasta después que tiene el primero trincado por el cuello, mi señor don Severo instruyó a su vástago de las haciendas que dejara abandonadas en Prado-Ameno, así como de los bienes y derechos que por sucesión de su señora madre, doña María Ignacia, debieran corresponderle, y como ya el ferrocarril había hecho fáciles los viajes, causando con ello grave daño a la cristiana piedad, pues ya los hombres, antes de emprenderlos, no confiesan ni comulgan, ni hacen testamentos con piadosas mandas, como antaño, ni toman como guía y protector al glorioso Arcángel San Rafael, trasladóse mi señor don Rodrigo a Prado-Ameno y después a Burgos, entabló los pleitos necesarios, y puedo asegurar, por haber encontrado de ello probanzas suficientes, que en menos de diez años rescató todos los bienes patrimoniales de manos de sus detentadores y los constituyó en la administración de un honrado mayordomo.

Con esto volvióse a la Corte, y habiendo encon-

trado a su señor padre muy decaído de salud y a la Baltasara inútil ya para el gobierno de la casa, consideró que debía casarse, y aun lamentó el no haberlo hecho en los años de su juventud, que se le habían escapado por entre los dedos a causa de sus andanzas revolucionarias y de sus pleitos.

Habló de este particular a don Severo, y éste le presentó para esposa, que de antemano tenía elegida, a doña Gertrudis Altuna de Mendoza, hija única de don Dimas Altuna, su consocio en extensas y pingües empresas de liquidación complicadísima, que se evitaba totalmente con este matrimonio.

Doña Gertrudis, que a la sazón contaba poco más de veintiséis años, holgóse mucho en aceptar por marido a don Rodrigo de Torre-Cumbre, pues, como se supone, lo conocía desde que tuvo uso de razón, y, además, habían sido bastantes a inclinar la suya los muchos elogios que de sus cualidades escuchara, tanto de su señor padre como de su presunto suegro.

Parecerá extraño el que una doncella de tan tierna edad se acomodase tan fácilmente a enlazar su vida con la de un hombre que frisaba ya en el duodécimo lustro; pero como el cronista debe no sólo registrar los hechos, sino que también investigar sus

causas, ha cumplido fielmente su deber descubriendo lo que determinara esta conformidad de doña Gertrudis.

Fué uno de esos horribles desengaños de amor a los que la inexperiencia conduce muchas veces a las jóvenes de preclaras familias, víctimas predilectas de Satanás y de sus crueles tentaciones.

Hacía las veces de secretario junto al señor Altuna un joven muy experto, de no escasa cultura y arrogante físico, quien, olvidando su inferior condición, tuvo la osadía de enamorar a doña Gertrudis cuando ésta aún no había cumplido las diez y siete primaveras.

Enrique Agudo, que así llamábase el galán, tuvo la fortuna de verse correspondido, y a hurtadillas de los padres de la hermosa doncella cambiaban dulces palabras y aventuradas promesas, y juntos soñaban en una vida de intensas felicidades.

Pensó, sin duda, el mozo que si en la condición en que vivía determinábase a solicitar la mano de doña Gertrudis, no sólo el señor Altuna se la hubiera denegado, sino que, además, faltárale el tiempo para lanzarlo de la casa y ponerlo en medio de la calle, sin la dama y sin el empleo.

No quiso el enamorado galán emular la gloria

de los que, desde antiguo, partíanse a la guerra para volver con charreteras que elevasen su condición y linaje, y acudió, por el contrario, a un expediente que fué la causa de su ruina y del horrible desengaño de su amada.

Entre sus muchos negocios tenía don Dimas Al-tuna algunos de ricas minas de galena argentífera, yacentes en varios pueblos de la provincia de Jaén, y de ella enviábanle con frecuencia los más hermosos trozos de mineral para recreo de sus ojos y adorno de su hogar.

Regaló a su secretario algunos de estos minerales, y ellos fueron el *fomes peccati* que determinó su perdición, pues con los ahorros que tenía mandó litografiar unas estampas que asemejaban participaciones en la propiedad de una mina de dos mil pertenencias intitulada "La Pajarita" y avaló estos falsos documentos con las firmas imitadas de Rostchild y de otros banqueros poderosos.

Con estos falsos papeles en los bolsillos de su levita y los trozos de galena en un envoltorio de papel, recorrió Agudo los cafés de la corte, y no faltaron incautos que le compraran las participaciones en gran número.

Por este procedimiento había soñado acumular

una fortuna que permitiérale hombrearse con su jefe y quedar en condiciones de que éste, sin regateos, le otorgara la mano de doña Gertrudis.

Pero acaeció lo que era lógico que acaeciese, y fué que uno de los defraudados se querellase ante los jueces, y el infeliz Agudo resultara víctima de su agudeza, pues dió con sus huesos en la cárcel, primero, y en el presidio, después, para un buen número de años.

Grande fué, sin duda, el desconsuelo de doña Gertrudis; pero pronto debió comprender que la pérdida de su galán fué decretada por la divina Providencia para evitar el dolor que habíale de causar a sus honrados padres la revelación del proyecto de tan desigual alianza.

Fué el matrimonio de doña Gertrudis Altuna de Mendoza con don Rodrigo de Torre-Cumbre verdaderamente ejemplar por sus virtudes y por la dicha en que entrambos vivieron hasta que el cielo, prematuramente, llamó a su seno a tan preclara dama, y de su pérdida tardó mucho tiempo en consolarse mi señor don Rodrigo, aunque buena parte para ello fuera el ver cómo crecía hermoso y experto, como iluminado por la divina gracia, su tierno vástago, el que, por merced de la presente ejecutivo-

ria, presto ha de honrar las filas de la gloriosa Asociación que se titula *El Armiño Blanco* y es símbolo y dechado de la pureza y el santo temor de Dios.”



Aquí el sabio don Primitivo Jakem Brollon hizo una larga pausa, tosió dos o tres veces y, al fin, se dirigió vacilante a Rodriguito:

—Bien quisiera, señor, haber puesto el punto final a mi crónica junto a la última palabra que de mi lectura pronuncié; pero el cargo de cronista impone severísimos deberes, y no está la de eludirlos entre mis facultades.

“Volvió Agudo del presidio, sin que las penalidades hubiesen causado grandes estragos en su máquina, y por siempre hubiese quedado ignorado su rumbo si mi perspicacia no descubriera entre los cartones que sujetaban un retrato puesto en marco, y que adquirí días ha en una prendería con el objeto de utilizar éste, una colección de cartas de femenina letra, amarillentas ya del polvo y picadas de la polilla, como está bien que lo estén los documentos que hayan de pasar a los archivos sin fondo de la Historia.

Y como son el corolario de la presente, mi deber me ha impuesto el que a continuación las transcriba:

I

“Queridísimo Enrique de mi alma: Sólo el verte ha bastado para borrar en mí todo el presente y volverme de un salto a los tiempos felices en que tan ingenuos y tan sinceros nos amábamos.

Bien sé que si pecaste fué por mí, y no sólo te he disculpado siempre, sino que he tratado de justificarte ante todos.

¡Malditos los que me robaban tu amor!

Sí, sí, yo quiero verte, yo quiero recordar a tu lado nuestras pasadas venturas. ¿Cuándo? ¿Cómo? Déjame pensarlo. No me pidas que destruya yo misma mi reputación ni que rompa esta corteza de aparente felicidad que envuelve mi hogar y mi vida.

El cielo nos debe una reparación y ha de dárnosla. Puedes estar seguro. Tu amantísima *Gertrudis.*”

II

“Enrique de mi alma: He pasado una noche horrible. Nuestro hijo tuvo el pobrecito un ataque

de tos ferina tan fuerte, que creía que Dios iba a llevárselo.

¡Cuánto pensé en ti y en lo gratisimo que te hubiera sido consolarlo y calmarlo con tus besos!

Me figuro lo que por él estarás sufriendo; yo soy más feliz que tú, puesto que puedo tenerlo entre mis brazos y llamarlo a gritos hijo mío.

Hoy, por fortuna, está mejor.

Ten paciencia, Enrique de mi alma. Nunca he deseado que Rodrigo abandone este mundo miserable; pero como es mucho más viejo que nosotros, lo natural es que acaezca a tiempo de que podamos rehacer nuestras vidas.

Te abraza tu amantísima Gertrudis.”

* * *

Durante la lectura de las cartas permaneció Rodrigo como anonadado, con el rostro entre las manos y los codos apoyados en las rodillas.

Cuando el sabio pronunció por última vez el nombre de doña Gertrudis, como si con ello hubiérale aplicado un hierro candente, saltó al estrado, lo co-

gió del cuello y lo propinó medio centenar de puñetazos que hicieron rodar por tierra, sin que los circunstantes pudieran evitarlo.

Después, rápido como un ciclón, huyó a la calle sin pararse a recoger su abrigo ni su sombrero.

III

EL AIRON DE LOS TORRE-CUMBRE

I

—No me hable usted, don Zacarías, se lo suplico, de aquello de *El Armiño Blanco*. Fué una de tantas debilidades como he tenido con don Fernando Garnacha. ¡Qué vergüenza!

—No se preocupe, don Rodrigo; a mí, cuando ingresé, me sacaron que dos de mis abuelos habían sido ladrones de caminos, canales y puertos, y aquí me ve usted tan *alicante*, porque lo que no es en mi año no es en mi daño, y cada uno es cada uno, como dijo el otro. Pero dejemos las historias, y vamos a lo nuestro.

—Eso, sí, don Zacarías.

—Bueno; como ya usted sabe, no tengo *entrevale* en que se case usted con mi hija Conchita, siendo ella gustante, como me consta saber que lo es; de modo, manera y forma que les diré a las madres que *prencipien* a prepararle los trapos,

—Yo quisiera, además, que la sacara usted ya del colegio para venir aquí todos los días a verla, con el fin de que hablemos y nos conozcamos y hagamos el plan de nuestra vida.

—Tampoco tengo *entrevalo*.

Usted perdonará el que sea yo quien personalmente venga a pedirle la mano de su hija; los pocos parientes que tengo están muy lejos, y son ancianos ya, y con don Fernando ya sabe que estoy enemistado desde aquello del *Armiño*.

—Pelillos a la mar. Yo me encargo de *ajuntarlos* a ustedes

—Como usted quiera. No me gusta guardar rencores.

—¿Para cuándo ha *pensao* usted en la *cerimonia*?

—Si a usted le parece bien, nos casaremos dentro de tres meses.

—Se lo propondremos a la chica. Al *respectivo* de lo demás, ya se lo habrá dicho a usted el señor *de Garnacha*; para no andar en *partijas* sobre lo de mi *defunta*, como todo ha de ser *pa* mi hija, le daré de dote un millón de pesetas. ¿Usted cuánto tiene?

—Eso mismo, aproximadamente.

—Bueno, bueno. Lo van ustedes a pasar como dos reyes; pero le advierto que yo no doy el millón en efectivo, sino la renta al seis al ciento limpio, que es el *reíto* que estoy dando a mis clientes.

—Como usted quiera.

—O sea unos doce mil duros al año; si usted tiene otros doce, podrán disponer de cuarenta mil reales al mes, o sean unos sesenta y seis duros diarios todos los días.

—Pronto ha hecho usted la cuenta.

—En eso de las cifras, yo y el hijo de mi madre, aunque me esté mal el decirlo.

—Yo había pensado comprar un hotelito en el barrio de Salamanca para vivir.

—El *casao*, casa quiere, como dijo el otro; pero a mí las fincas no me hacen.

Rodrigo se volvía loco y pasaba mil sudores y fatigas y se devanaba los sesos en busca de un medio de terminar aquella enojosa conferencia, a la que había sido arrastrado por el propio don Zacarías, temeroso de que, al romper violentamente con lo de *El Armiño Blanco* y Garnacha, desistiera también de la boda.

Por fin, encontró un recurso:

—Yo, don Zacarías, lo dejo todo en sus manos.

Cuanto haga me parecerá bien, y tiene por anticipado mi aprobación; cuando estén listos mis papeles se los entregaré, y ya no hablamos más del asunto hasta que usted me diga: "Tal día, a tal hora, en tal iglesia." ¿Conformes?

—¡Conformes!

—Pues ahora permítame que me retire, que me vaya a dar una vuelta por el campo para templar los nervios. Ya comprenderá que el paso que acabo de dar...

—¡Ay, qué joventú! ¡Qué joventú! Es capaz de ahogarse con un güeso de azaituna!

Lo primero que se le ocurrió a Rodriguito al verse libre de la presencia de Cinchuelo fué lamentar su ruptura con Garnacha, que hubiera tomado a su cargo toda la gestión del delicado asunto y la hubiera conducido *como un diligentísimo padre de familia*.

Era preciso recuperar su amistad, se decía. Después de todo, él no es culpable de que a mis pobres antepasados se los sacara de sus tumbas para ponerlos en la picota.

El culpable único era el zafio anticuario, que, o carecía en absoluto de sentido moral, o se había burlado de él con más crueldad que gracia.

Merecía un escarmiento... y lo tendría. Su levita grasienta y abundante no iba a permitirle perderse entre la anónima multitud.

¿Sería verdad lo que había escrito en su Memoria?

Pero el que fuera verdad no disculpaba el que no le hubiese prevenido: —Señor—como él decía—, mirad que vuestras abuelas...

Y ¿cómo pudo el sabio averiguar y comprobar tan íntimos sucesos?

Indudablemente, todo era invención suya, coordinada y tejida para divertir a los desaprensivos camastrones de *El Armiño Blanco*.

También le era preciso recuperar a Garnacha para que hiciese sobre Jakem Brollon una exploración sutil y descubriera si las historias y las biografías eran realmente tales o eran páginas contrahechas de *El Corvacho*, de las *Memorias de Brantome* o de las de Casanova.

II

Cuando llegó al Círculo Rodriguito, los amigos lo acogieron clamorosamente:

—¡Que sea enhorabuena! ¡Bien has sabido elegir! Hija sola, joven y guapa, según dicen, y con *pasta* en abundancia.

Uno de ellos aventuró: —Y, además, el suegro tiene que *diñarla* muy pronto.

—¿Qué sabes tú? — le preguntaron varios a la vez.

—Sé el proverbio:

Tres años dura un seto;
tres setos vive un can;
tres canes un caballo...

—A ver... ¿Qué es Cinchuelo si no un caballo percherón, comparando y no igualando, según él diría?

—Pero... ¿Cómo sabéis vosotros?... —inquirió Rodriguito.

—¡Como lo sabe todo el mundo! ¿No has leído la Prensa? ¡Pues poco dinero que se ha gastado tu futuro suegro en que lo digan todos los periódicos en los “Ecos de sociedad”.

Acercóse Garnacha, tomó del brazo a Torre-Cumbre y le dijo suplicante:

—Quiero que hablemos, Rodrigo...

Vaciló el joven un momento, y en seguida resolvió apartarse con él a un ángulo del salón en el que ocuparon sendos sillones.

—Supongo que habrás reflexionado —inició don Fernando—. La otra noche hiciste una verdadera tontería.

—¡Calla! ¡Calla! Tú tienes la culpa de todo. Con lo que yo he sido siempre para ti, por nada del mundo debiste haberme puesto en semejante ridículo.

—Esas cosas no tienen otra importancia sino las que les da el interesado.

—Di la víctima.

—Pero ¿aún estás en tus trece?

—¿Te parece bien haberme hecho presenciar

cómo en sesión solemne se injuriaba y se escarnecía a todos mis ascendientes?

—Te repito que la cosa carece en absoluto de importancia, mucho más después de haberte insinuado don Primitivo la historia de los abuelos de quienes iban a escuchar la de los tuyos. ¿Qué importan las debilidades de tus abuelas, si junto a ellas pudieron mostrar excelencias que las compensaran largamente? ¡Ya verás cuando yo escriba y publique mi *Estudio sobre la influencia de los bastardos en las Monarquías de Europa!*

—¿Tú escritor?

—Eso es lo que me falta: ser escritor. He tomado aquí y allá muchas notas, y no sé cómo combinarlas.

—Pero... ¿estás seguro de que mis abuelas fueron así?

—Don Primitivo es un historiador concienzudo que merece absoluta confianza.

—¿Confianza? Que la tenga en que yo lo he de moler a palos en donde me lo encuentre.

—¡Pobre hombre!

—¡Canalla!

—Con la Historia no rezan los deberes de discreción.

—Es un farsante, un adulator, un embustero. ¿No recuerdas de cuando en mi casa nos leyó el prólogo?: “Todas y cada una fueron valerosas, fuertes, dulces, leales, fieles, heroicas, honestas...”, y qué se yo cuántas cosas más... ¡Canalla!... Yo te aseguro que no vuelve a calumniar a nadie.

—La cosa tiene clarísima explicación: don Primitivo es un verdadero sabio, que, como tal, acostumbra a situarse mentalmente en la época que estudia, y yo te aseguro que en las respectivas épocas los pecadillos, las debilidades o las desgracias de tus abuelas no pudieron restar un adarme a su justa fama de fuertes, valerosas, leales, fieles, etc., etc.

—No me convence el argumento; debió haber dicho la verdad cuando estuvimos en mi casa para que yo, con conocimiento de causa, pudiese autorizar o no la lectura de su trabajo. Está visto que entre los pulcros señores de *El Armiño Blanco*, cada uno va también a lo suyo: ese *Embrollón* temió que si yo conocía la Memoria no se la iba a pagar..., y no estaba muy distante de lo cierto.

—Mira, yo creo que debes volver a *El Armiño Blanco*; yo te justificaré como pueda.

—Si quieres que te perdone, no volvamos a hablar de semejante cosa.

—¡Qué carrera política más brillante la que estropeas!

—No te importe. Yo no he nacido para político. A mi juicio, los mejores políticos son aquellos que aguantan sonrientes el que se les diga la mayor injuria en sus propias narices.

—Habrá de todo.

—Claro está; por eso hay muchos que triunfan y muchos que fracasan.

—Y del matrimonio..., ¿has desistido también?

—preguntó Garnacha con trémolos en la voz.

—No; eso no; entre todos habéis logrado que Conchita me interese.

Don Fernando exoneró su pecho con un suspiro de satisfacción. Rodrigo prosiguió:

—Precisamente ayer estuve a pedir oficialmente su mano. ¿No lo has leído en la Prensa?

—Sin duda, se me ha pasado. Y ¿quedasteis de acuerdo?

—Completamente. Nos casamos dentro de tres meses.

—Enhorabuena.

—Eso después. La enhorabuena del matrimonio no se debe dar como la de la lotería, sino pasados

tres o cuatro años, cuando se sepa si ha resultado bien.

—Si tú aspiras al cariño de una mujer y te lo concede, ya tienes ahí el motivo de la felicitación.

—Pero si te lo concede envenenado...

—No digas eso de la pobre Conchita, que es la ingenuidad hecha carne.

—¿Olvidas que los venenos del organismo y los del alma se heredan?

—No conozco su ascendencia con tanta precisión como pudiera retratarla don Primitivo; pero se adivina que fueron pobres palurdos y palurdas sin doblez ni picardía.

—Yo así lo creo, y por eso me caso; pero... reserva tu enhorabuena.

—¿Te habló Cinchuelo de la dote?

—Sin que yo abordara este tema, porque me proponía no abordarlo, me dijo que le daría la renta de un millón de pesetas.

—¡Garnuja! Baratita le sale. Tiene más de veinte millones, y cuando se casó durmió la primera noche sobre los aparejos de la burra, porque no tenía otra cama. Todos sus bienes son gananciales, ya ves si se ha quedado corto.

—No importa; con la dote y lo mío nos sobra para vivir espléndidamente.

—No te fíes, que la vida suele tener caprichos muy extraños.

—Para los que se meten en aventuras.

—Es decir, que tú piensas vivir de tus rentas sin emprender ninguna especulación...

—Naturalmente.

—¡Qué juventud, qué carrera y qué dinero más mal empleado!

—¿Qué quieres? ¿Que me dedique a llevar la contraria a las obras de misericordia, desnudando al vestido, como don Zacarías, o desconsolando al alegre, como tú?

—De mí no digas eso.

—Recuerda lo satisfecho de la vida y de mis mayores que yo estaba cuando a ti se te ocurrió remover sus cenizas.

—Hemos quedado en no hablar de ello.

—Tienes razón. No hablaré más que con don Primitivo.

III

En el vestíbulo de la suntuosa casa de Banca de don Zacarías Cinchuelo encontráronse Rodriguito de Torre-Cumbre y su amigo don Fernando Garnacha.

Este salía con el rostro descompuesto, amarillo el color y desorbitados los ojos.

—¿Vas a ver a ese canalla?—preguntó con voz temblorosa y enronquecida.

—No. Voy a ver a Conchita, que no es precisamente lo mismo.

—¡No te cases, Rodrigo; no te cases! ¡Crémelo a mí, que soy tu mejor amigo! Vas a emparentar con un miserable, con un baratero, con un reptil de los más dañinos.

—Llegas tarde, Fernando. Hiciste que me enamorase de su hija, y ya no puedo volver sobre mis pasos.

—¡Por lo que más quieras, Rodrigo de mi alma! ¡No mezcles tu sangre honrada con la de ese caimán!...

—Pero... ¿qué te ha hecho?... ¿Se puede saber?

—Te lo diré; te lo diré cuando haya logrado calmar mis nervios. ¿A qué hora quieres que vaya esta tarde a tu casa? Deseo tener contigo una conferencia reservadísima.

—Ven a las cuatro.

—Y don Fernando, sin despedirse, saltó a un coche que le aguardaba junto a la puerta.

En el despacho del banquero se había desarrollado entre los dos camaradas una escena violentísima.

—Vengo en nombre de nuestra amistad, de los secretos que le guardo y de lo mucho que en la vida le ayudé—suplicó al entrar don Fernando—, a que me saque usted de un apuro gravísimo, a que me baje usted de la horca, querido Cinchuelo.

Don Zacarías, después de haberle mirado con verdadero espanto, se dominó y le dijo fríamente, como si hablara con un cliente que por primera vez abordara sus oficinas:

—Usted dirá.

—Prométame antes que ha de salvarme. ¡Sepa usted ser amigo por una vez, mi querido don Zacarías!

—En cuestión de negocios no se pueden hacer anticipadamente esas promesas. Es preciso cavilar... Hable, hable...

—No pretendo que usted se perjudique ni arriesgue un solo céntimo. Tenga confianza en mí y sálveme, se lo suplico.

—Pero, bueno: dígame lo que *nesecita*.

Don Fernando se decidió a exponer al banquero su conflicto.

—El negocio de la Constructora de Casas Salubres y Baratas se me ha venido encima, y me aplastará si usted no me salva.

—Eso lo tenía yo *descontao*. Ya se lo dije cuando lo *prencipió*. Lo que no *pué* ser, no *pué* ser, amigo mío.

Pero escúcheme, que aún puedo ponerlo a flote si usted me ayuda. Entre los cincuenta primeros adquirentes ha habido un loco que, además de no pagar los plazos, fué al Juzgado, demandándome porque la casa higiénica y barata no tenía agua, ni se había saneado el suelo antes de construirla y se rezumaban el pavimento y las paredes; estaba el

tejado hecho muy ligeramente y salían goteras por todas partes cuando llovía; las puertas y ventanas, de pino verde, se habían derretido y alabeado en cuanto comenzó el invierno, y no sé cuántas cosas más.

—¡*Na!* ¡Que quería la Equitativa por catorce reales!

—Pues, pásmese usted: en el Juzgado acaban de darle la razón y me condenan a que vuelva a cargar con la casa y le abone daños y perjuicios.

—¡Qué barbaridad! Bien se ve que los jueces no entienden de negocios.

—Pero no es eso lo peor. Los demás adquirentes se han concertado para ponerme otro pleito, y con el precedente del primero, ya ve usted la catástrofe que se me viene encima.

—Haga usted lo que yo le diga.

—¿Qué?

—Márchese a Grecia esta misma noche.

—¡Pero don Zacarías!...

—No hay pero que valga. Si a mí me acontece un *espotismo* de esos, meto tres papeletas en un saco—el *Viaduto*, la Grecia, el tiro en *güen* sitio—, las *regüelwo*, y la que salga es la mía. Dios nos libre.

—No pensemos en eso. Hay una solución que puede serlo si usted me la facilita.

—Claro: usted se ha *maginao* que yo me he *pasao* la vida sin dormir ni descansar *arrejuntando* billetes *pa* que venga un amigo como usted, pongo por caso, y decirle: toma este millón o estos millones *pa* que sigas haciendo casas de esas que se encogen cuando llueve y tiemblan como la hoja en el árbol cuando pasa una motocicleta. *Necuacuan*, don Fernando, *necuacuan*.

—Cálmese, que no es eso lo que yo pretendo. Ya le anticipé que el salvarme no le costará dinero, ni poco ni mucho.

—Vamos a ver si tengo yo la varita mágica de Moisés sin saberlo.

—Una cosa parecida. Yo convierto mi Empresa en una Sociedad Anónima y constituyo un Consejo de Administración para declinar sobre él toda la responsabilidad, y usted garantiza la emisión de los valores.

—Y me voy a Grecia o al *Viaduto* con usted dentro de unos días.

—No, señor. Yo aporto a la Sociedad el negocio.

—Con goteras y todo...

—No sea usted así. Los solares valen un capital.

—Si no fuera por las hipotecas...

—Aun con ellas; pero déjeme hablar; yo apporto el negocio y emitimos obligaciones por quinientas mil pesetas para seguir construyendo y rescindir bajo cuerda los contratos con los más revoltosos de entre esos cincuenta. Las quinientas mil pesetas las coloco yo en una semana entre mis amistades, y desde ese momento ya queda usted libre de todo compromiso, no sin haber ganado en la negociación una cantidad considerable de pesetas.

—Pues... no me conviene.

—¡Si no se lo propongo como negocio! ¡Si se lo pido como favor!

—El nombre y la historia de la Banca Zacarías Cinchuelo no se puede mezclar en esas cosas. Llame usted a otra puerta, don Fernando.

—¿Esa es su última palabra?

—Esa es.

—¡Miserable!

—Como si me llamara usted *socerdote*, o como se diga.

—¡Canalla!

—Siga, siga, que más le habrán dicho a usted los de las casitas.

—Le juro que se ha de acordar de mí. Lo primero que hago hoy mismo, ahora mismo, es deshacer el matrimonio de su hija.

—Usted será el único perdidoso, que a mi hija, como le relucen las costillas, no le faltarán pretendientes.

—Pero...

—¡Largo de aquí, ya hemos *hablao* bastante y yo tengo mucho tajo.

—¡Miserable!

Don Fernando se lanzó con los puños crispados sobre el banquero; pero como éste era más fuerte, igual que quien mueve una silla de su sitio, empujando con él la mampara, lo puso fuera de su despacho.

IV

Don Fernando acudió puntualísimo a la cita con su edecán.

A impulsos del odio a Cinchuelo que había encendido en su corazón la conferencia celebrada con él por la mañana, subía de tres en tres las escaleras; pero antes de llamar en el cuarto tuvo un momento de reflexión que restauró su cordura.

Sí; era una tontería deshacer la boda y perder un corretaje que si bien de momento no era suficiente para salvarle, podría serlo para apuntalar su difícil situación. Se concretaría a contar a Rodrigo lo que le había ocurrido con su futuro suegro.

—Te esperaba con verdadera impaciencia — le dijo el joven—. ¿A qué santo viene ahora eso de aconsejarme, mejor dicho, la pretensión de imponerme el que desista de mi boda?

—Cinchuelo es un animal.

—Eso, tanto tú como yo, lo sabemos hace mucho tiempo.

—Y un canalla.

—Debías saberlo tú también cuando me hiciste presentar a Conchita.

—Efectivamente, algo sabía; pero nunca creí que fuera tanto.

—Y ¿qué culpa tiene la pobre niña?

—Ninguna. Bien lo comprendo ahora en frío; pero esta mañana hubiera estrangulado a toda la familia y quemado su casa y aventado sus cenizas.

A un gesto interrogante de Rodrigo contestó Garnacha confesándole su situación y refiriéndole punto por punto su conferencia matutina con el banquero.

—Mal asunto, Fernando; mal asunto. Creo, como don Zacarías, que te debes marchar a Grecia.

—¡Tenga usted amigos para esto! ¡En vez de abrir el bolsillo, como yo les abro el corazón, y decirme: “Aquí tienes, Fernando: lucha, trabaja, sálvate”; me dicen que huya o que me suicide!

—No; yo no te digo que te suicides; creo que la cosa, por ahora, no es para tanto; pero sí que huyas con lo que puedas recoger, pues lo que hoy son pleitos, mañana pueden ser causas; ya sabes que todos prefieren las acciones criminales a las ci-

viles, tal vez no por hacer daño material, sino porque aquéllas no cuestan dinero y éstas sí. En cuanto a lo demás, tú, que tanto has intervenido en la colocación de mi capital, sabes demasiado que no puedo disponer sin un plazo muy largo de la suma suficiente para salvarte.

—Lo sé.

—Y entonces, ¿a qué me recriminas?

—Perdóname, Rodrigo. Don Zacarías me ha hecho perder la cabeza.

—Pues es precisamente a lo que no se debe llegar en situaciones como la tuya. Es preciso conservar en su sitio la cabeza y operar con ella diestramente.

—Yo podría dar largas y capear el temporal si tú me prometieras salvarme pará cuando recibas la dote de Conchita.

—¿La dote? ¿Pero aún no conoces a Cinchuelo? ¿Es posible que lo creas capaz de desprenderse de un millón de pesetas en efectivo?

—¿.....?

—Me da la renta, y gracias.

Garnacha se levantó desolado, y reprochó a su amigo:

—En cuanto os deja uno de la mano, tropezáis. Si yo hubiera arreglado ese negocio, ya sería otra

cosa muy distinta. Yo le hubiera sacado, por lo menos, tres millones a toca teja.

—Es lo mismo. Al otro mundo no se los ha de llevar.

—¡Quién sabe!

—Pues si se los lleva, en paz; yo no soy ambicioso.

—Ni sientes, por lo visto, el menor deseo de ser útil a tu mejor amigo.

—Deseo sí, créemelo, Fernando. Pero ¿cómo lo pongo en práctica? ¿Vuelvo a Cinchuelo y le digo que no me conformo con la dote? ¿Comienzo a desmontar negocios y a malvender fincas? Aconséjame. Guíame. Veamos qué solución encuentra tu enorme talento financiero.

—Tienes razón. Me debo marchar a Grecia.

—Tantea con otros banqueros.

—Perdería el tiempo. Están a la altura de Cinchuelo todos ellos. No ven los negocios. En sacándoles de su verdadero papel: el de cobradores de letras y de las operaciones a interés compuesto, se mueren de miedo. Me iré a Grecia.

—Sin duda, después de mi boda.

—¡Tu boda! ¿Crees que puedo yo ir a ella "al

cabo de lo que me hizo esta mañana tu presunto suegro?

—Vas en el grupo de mis invitados.

—No, Rodrigo, no. Vale más que no vuelva a verlo. Dime tú, que eres abogado, ¿el que mata a un hombre que no es hombre, sino una bestia, y puede justificar este extremo con la pública opinión, es también reo de homicidio?

—En realidad no debiera serlo, pero lo es. Las leyes fueron verdaderamente pródigas cuando asignaron sus derechos a todos los que, una vez desprendidos del útero materno, tengan figura humana.

—¡Qué disparate! ¡Cuántos perros, y hasta cuántas mulas habrá con más entendimiento que Cinchuelo!

—Seguramente. Y quien los hiere o los mata, sólo comete el delito de daños, pero confía en el porvenir. Ya tenemos en Europa un Código penal que absuelve a quien mata a otro con el fin de evitarle sufrimientos.

—Y ya ves tú si sería más justo matar sin responsabilidad a quien los causa a sus semejantes.

—A eso iba.

—Pues para eso precisamente quería yo que fueras diputado: para que diese la batalla a absurdos

como el de Cinchuelo y nos trajeras esas novedades.

—Y a los compradores de tus casas higiénicas ¿qué les haríamos

—No hables de eso; no mientes la soga en casa del ahorcado. ¡Qué infamia están haciendo conmigo!

—¿Cuánto dinero tuyo has invertido en el asunto?

—Mío, nada. No lo tenía. Mis amigos me facilitaron, una vez conocido el negocio, dinero al siete por ciento para llevarlo a cabo, y luego ya construí yo por mi cuenta.

—Y ¿a quién temes más: a los amigos que te dieron el dinero o a los compradores de tus casas?

—A todos.

—Luego has engañado a unos y a otros.

—Calla, Rodrigo. Para vosotros es engaño toda operación que no sea la sencilla compraventa o la hipoteca a buen interés y bien amarrada. Para vosotros, el crédito es cosa de truhanes.

—Tanto como eso...

—Calla, Rodrigo, calla. Lo cierto es que casi todos los que tienen dinero piensan como tú. Me marcharé a Grecia, y lo que siento es no tener valor para irme al Viaducto.

—No; eso no... ¡Que se suiciden ellos, los de las

casas, los del dinero... Cinchuelo!... ¡Y yo también!...

—Perdona, Rodrigo. Tú no; pero ¿es posible que no veas claro que son todos ellos unos granujas, unos canallas, unos miserables?...

—Sí, hombre, sí; todos... menos tú y yo.

—No hables en broma. Compara tu desinterés, tu generosidad, con la avaricia y la desaprensión de tu suegro.

—Pero esos de la avaricia y la desaprensión son los que reúnen los millones para que yo viva cómodamente y para que tú construyas casas higiénicas.

—¡Cinchuelo, no!

—Pues pongamos al margen a Cinchuelo.

—En resumen, que estamos divagando. ¿Quieres o no quieres ayudarme?

—¿En qué forma?

Hubo un momento de silencio que rompió Garnacha con esta proposición a quemarropa:

—Si yo logro constituir la Anónima, ¿me autorizas para decir que has invertido en mis valores cincuenta mil duros?

—Me mataría mi suegro.

—En secreto le confiesas la verdad.

—Lo que no comprendo es el servicio que te pueda prestar esa mentira.

—Porque no conoces a los capitalistas. Son todos de reata. Tan pronto como sepan que tú, introducido ya en la familia Cinchuelo, te has interesado en esa proporción, formarán cola a mi puerta.

—Así sea.

—Luego me autorizas...

—Sí, hombre, sí. Pondré el cebo en tu anzuelo y ensayaré para después el papel de víctima.

Don Zacarías había cumplido puntualmente su palabra. Tan pronto como Rodrigo le manifestara su deseo, sacó a Conchita del Colegio de la Santa Ingenuidad, y los novios, en casa del banquero o en sus paseos de muchas horas, hablaban esas conversaciones uniformes que parecen dictadas a todos ellos por el mismo misterioso consuetista con el mismo libro, ya roído y engrasado por el uso de muchos siglos.

La madre superiora había proporcionado a Cinchuelo una miss de lo más clásico del género. Sabía ignorar el significado de las palabras que rebasaban el muro de su hábil sordera, y ser ciega ante los gestos atrevidos. Una verdadera maestra del celestineo espiritual o teórico.

Por otra parte, no había riesgo de que la miss tuviese que officiar de guarda jurado proponiendo la

disyuntiva entre la propina o la denuncia; Rodrigo se había enamorado de Conchita lo mismo que un colegial enamorado, y sabía guardarle todos esos respetos que, en resumen, no son sino una obnubilación de las facultades que incapacita al amante para establecer la distinción entre la carne y el alma de la amada.

La miss era mujer de grandes recursos. En una ocasión coincidió un beso elemental y sencillo del amante con el momento en que ella, para reflexionar sin duda, levantaba los ojos de su Biblia. Le fué imposible disimular que había visto y había oído, y se levantó como impulsada por despaciosa y acompasada acción mecánica, se acercó a Conchita, la besó con su boca discreta e inflexible y le preguntó oficiosa:

—¿Le ha pasado algo? ¿Se ha puesto enferma?

La penosa tarea de buscar habitación les absorbía todas las tardes. Subían a todos los pisos desalquilados, dejaban a la miss en un balcón contemplando el panorama y hacían ellos sus fructuosas correrías por los pasillos oscuros y por las habitaciones interiores. Al cabo de minucioso examen descubrían que el cuarto no les gustaba, y marchaban gozosos y alegres a repetir en otro su exploración.

Encontraron, por fin, en el barrio de Argüelles un hotelito que satisfacía todas sus aspiraciones, y decidieron alquilarlo.

Vinieron luego las complicadas operaciones del decorado y el amueblamiento, y el dirigirlas fué para ellos un recreo delicioso.

Conchita, que por completo había soltado el pavo, se reveló como una mujer señora de su casa, inteligente, activa y dotada de un buen gusto envidiable. De todo entendía y a todo aportaba su opinión acertadísima.

Rodrigo se prometía encontrar a su lado la plena felicidad. Algunas veces el diablo se movía entre las sombras para traerle el recuerdo de sus abuelas. ¿Sería Conchita como ellas? ¿Continuaría la desdichada tradición familiar? ¡Imposible! ¡Imposible! —se contestaba satisfecho—. Bien claro se advierte en ella que no tiene tales inclinaciones, y, además, yo me cuidaré de que no las adquiera. Nada de enemistades peligrosas; nada de lecturas corruptoras. Ella es dócil y razonable y me obedecerá sin esfuerzos ni violencias.

—¿En qué piensas?—le preguntaba Conchita envolviéndolo en la luz riente de sus ronsisas cuando veíalo absorto.

—En que vamos a ser muy felices—contestaba él convencido—. Eres una mujer completa, sabes de todo, te gusta trabajar y... me quieres mucho. ¿Verdad?

—Mucho, Rodrigo, mucho. Si me abandonases ahora, yo no me conformaría con enclaustrarme, como otras, en un convento. Me suicidaría.

—¿De veras?

—De veras; y tú, ¿me quieres mucho también?

—¡Cómo no he de quererte, si eres la mujer más hermosa, más leal y más inteligente de cuantas he conocido hasta hoy! ¡Cómo has cambiado, Conchita! Antes parecías una linda estatua de carne sin afectos, sin luz en el cerebro, incapaz de emociones... ¡Con qué rapidez se ha formado en ti la mujer, y qué mujer se ha formado en ti, Conchita!

—¿Y no será tu modo de ver y de apreciar el que ha cambiado?

—No, queridita mía. Recuerda de cuando sólo te interesaba yo porque me parecía al San Juan Bautista de tu capilla.

—Pues créeme que no había afectación ni comedia. Te quería de aquella manera; pero te quería mucho...

Y este monótono rosario rezaron los amantes todas las tardes durante dos meses, hasta que el nido estuvo listo y lo comunicaron a Cinchuelo para que preparase la parte oficial, externa y documentaria de la boda.

VI

Voces, tacos, algarabía femenina, cancioncillas acanalladas en el entresuelo del viejo Fornos, de aquel Fornos simpaticón y evocador que aún no se había lavado la cara, raído la mugre ni tonsurado la recia barba que caracterizó a los machos del tiempo isabelino.

Abajo, entre los terciopelos de los divanes y los dorados de las molduras, vibraban aún partículas del alma de aquel Cristo camarada, evocado por la voz bronca de Burell; en los rincones quedaba el eco chillón de las chistosas injurias de Granés; sobre los corrillos las carcajadas de Ducazcal y su trinca, las agudezas de Albareda y los pinitos de los jóvenes que habían llegado a la corte sin otro prurito que el malsano de gobernar a sus semejantes y sin otra vanidad que la de llegar a excelentísimos señores.

A la puerta, Carreño, el mendigo dandy, que en una clara mañana invernal se desposó con la Cibeleles; el multicondecorado Garibaldi, y un poco más allá, entre un grupo de vendedores del *Heraldo*, brioso adolescente, dos bigardos con persianas y sendas gorrillas de ratas, que cantaban con buen arte:

... ..

Los cuatro llevaban manta,
 los cuatro llevaban brida;
 los mayores lloraban,
 lloraban...

por la muerte de Gavira.

... ..

Poco menos que a cada estrofa interrumpía la canción una carrera desenfrenada de mujeres malas (según calificativo de la época), las más de ellas gordas y maduras, perseguidas roten en mano por los *inspectores*, vestidos unos de zamarra y faja y otros de chaquet y hongo de color café con leche.

Cuando las calles de Peligros, Aduana y Jar-

dines habían deglutido las *malas* y sus azotadores, proseguían los rapsodas:

¡Gavirita mío,
de mi corazón!
Ya que no t'ha mataíto un toro
t'ha mataíto
un ispetor...

Arriba, en el entresuelo, voces, tacos, algarabía femenina. Los amigos de Rodriguito le obsequiaban con una cena bulliciosa para registrar en el común anecdotario su despedida de soltero.

La presidencia correspondía de derecho, que nadie discutió, a don Fernando Garnacha, quien, acompañado de Torre-Cumbre, fué de los primeros en llegar.

El marquesito de Enebro y el duque de la Gárgola fueron los designados para el acarreo de las mozas.

Ya habían traído la primera tanda: Emilia “la Pos Pos”, Valentina “la Redonda”, Juanita “la Malagueña” y Lolita “la Revuelta”.

Emilia, con una sortija firmaba y rubricaba en el espejo del testero, aprovechando un huequecillo que por casualidad había quedado libre.

Juanita, medio tumbada en una butaca, jaleaba:

Zepurté mi penzamiento...
jise un hoyito en la arena...
zepurté mi penzamiento...

Valentina increpaba al protagonista de la fiesta:

—A mí que no me digan; el hombre que tié posibles pa divertirse y se casa, o es más cursi qu'el fonógrafo u está más loco qu'una motocicleta.

—¡Y que digas, chica!—intervino Lola—. ¡Cuánto nos vamos a reir a su costa cuando lo veamos de venir los domingos a las Calatravas cargao de chicos!

—¡Pero hija de mi alma, si eso es a las doce!

—¿Y qué?

—Pues que a esa hora, en güena hora lo diga, ni pa ti ni pa mí ha amenecido Dios *entodavía*.

Unos gritos junto a la puerta que por la calle de Peligros daba acceso a la estrecha escalera interrumpieron el diálogo.

—Lo que le digo, señor duque, que pa poca salú más vale morirse, y no quió propina ni na. Yo soy más rico que la casa de Dos Una, y si usted le tié tanto cariño al dinero, pos se lo guarda y en paz...

Amos, "Lucero", a que nos den un elefante blanco hay al lao, en cá el Celedonio... ¡Señoritos!... ¡Señoritos del pan pringao!...

Sonaron dos bofetadas.

"El Tenazas", uno de los más famosos cocheros de punto de entonces, terminaba casi siempre así los servicios que hacía después de puesto el sol. Despreciaba la propina o la tiraba al suelo, injuriaba al parroquiano y recibía un par de bofetadas o un par de bastonazos, a lo que correspondía con igual gesto si el vino aún no había atado sus manos de un modo suficiente.

Surgió la paz sin hacerse esperar mucho, y a los acordes de la "Marcha Real," que tararearon para recibirlas, irrumpieron en el comedor Petrita "la Negra", Rosa "la Reverte", Manolita "la Bigotes" y Pepa "la de las Aleluyas".

Ya estaban todos. Ocho mujeres y diez hombres dispuestos a comer, a beber y a gritar en honor del amigo presto a darse de baja en sus jolgorios.

Se acomodaron en torno a la mesa y comenzó el festín.

Las muchachas creyéronse en el deber de servir la alegría, como los camareros el vino y los man-

jares, y sin la menor continencia exprimían el pobre repertorio de sus piruetas y de sus chistes.

—Di tu algo, “Negra”—invitó Rosa—, que parece que t’han cosío la boca... ¿Y a que no sabéis por qué?... ¡Casi ná!... Ha encontrao un cubano que la va a poner un piso.

—De goma—repuso la aludida—. Más vale que cuentes tú lo que te pasó la otra noche en la delega.

—¡Pero si lo saben todos!

—Excepto yo, por lo menos—dijo don Fernando.

—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!—clamaron a una voz los comensales.

—Pues que estuvimos cenando en los *Grabieles* con unos toreros y salimos cantando a coro. Nos pararon los pies los serenos, y “el Guiñapo Chico”, ese asaurón de mala sombra, que cuando tié guardás las espaldas se sale de madre en seguida, va y le suelta a uno un hostión que sonó como un tiro. Nos llevaron a todos a la delega, y yo, que ya tenía pensá una de las mías, me quedé pa la última en el atestao. —¿Sabes firmar?, me preguntó ese ispetor que llamamos “Puño de paraguas”. —Pal gasto, le contesté. Va y me da la pluma; firmo muy despacio, letra por letra, y pinto un rública que parecía la red del circo. Suelto la pluma, hago como

que me equivoco y en vez de coger la salvadera cojo el tintero y lo derramo sobre todo el atestao. No queráis saber la que se armó. Nos querían enchiquerar a todos, y gracias a Manolito, que estaba de guardia y se brindó voluntario pa hacer otro atestao nuevo, no pasó más.

—¡Pero si eso lo has hecho ya muchas veces!
—comentó Valentina.

—En esa delega no lo había hecho *entodavía*.

Rieron todos la gracia y así se fué deslizando aquella fiesta, en la que todos simulaban divertirse y ninguno se divertía.

Cuando llegó el helado hubo un conato de bronca. Lo sirvieron con tenedor, desatino que estuvo de moda durante unos cuantos meses, y las muchachas increparon a los camareros; uno de ellos se permitió replicar:

—Tenéis razón; a vosotras hemos debido servirlo con paletas...

Alzóse airada "la Bigotes" y lanzó el grito de guerra:

—¡Vamos con él, que nos ha llamao paletas!

Izaron todas los cuchillos y se fueron sobre el infeliz, que aun amparado por sus compañeros lo hubiera pasado muy mal si don Fernando no impusiera

su autoridad y las hiciera sentar y deponer las armas.

—¡A brindar! ¡A brindar!—gritó para afianzar la paz el duque de la Gárgola.

—Los hombres primero—propuso “la Reverte”—. Anda, tú, duque, y a ver cómo quedas.

—Allá voy:

Quiero levantar mi copa,
¡lástima que no es de azumbre!,
por que sea muy feliz,
Rodrigo de Torre-Cumbre.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Que lo repita! ¡Que lo repita!

Y hubiera tenido que repetirlo si no se levantara en aquel punto, para lanzar su bomba, Gerardito Frías, el poeta del cónclave.

Es, señores, mi deseo,
que en el reino de Himeneo
sea feliz don Rodrigo...

No pudo seguir. Del café ascendían unos gritos estentóreos, como de indudable y terrorífica agonía. Bajaron todos corriendo. La concurrencia entera se

agrupaba en torno de un joven melenudo que, agarrado a una columna, gritaba sin pararse a tomar aliento:

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

—Serérese, beba un poco de agua... ¿Qué le ocurre?... ¿Es del corazón?—le preguntaban todos, compasivos.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...—seguía gritando el protagonista de la trágica escena.

Y cuando ya los camareros se disponían, siguiendo órdenes del encargado del mostrador, a tomarlo en brazos para llevarlo a la Casa de Socorro, gritó más fuerte el joven:

¡Ay!... Mamá qué noche aquélla,
en que el falso me decía...

—¿Les parece a ustedes que esto es música?... Vengo de Eslava, señores, de ver la reposición de *Una vieja*, y no puedo contener mi indignación. ¡Yo, que tengo una sinfonía cuajada de armonías imitativas sobre un solo motivo! Los pájaros que cantan sus himnos al Sol, las hojas de los árboles que cuentan consejas y leyendas, los gañanes que al despertar bostezan musicalmente, los ruidos de la

ciudad lejanos y difusos... ¡Todo sobre un solo motivo!... ¡Y se me obstruye el paso con ese desatino!...

¡Ay!... Mamá qué noche aquélla...

No dijo más el músico ignorado. Paseó sobre el público una mirada de superioridad y salió arrogante, mientras los demás, restituidos a sus mesas, decían por todo comentario:

—¡Estos modernistas!

—¿Volvemos arriba?—propuso don Fernando.

—¡Vaya un programita!—protestó “la Reverte”—. ¿Toda ésta es la juerga que habíais preparao?

—Tiene razón la chica. Vamos a un sitio más alegre. Al café del Pez, por ejemplo.

Aceptaron todos, y el grupo numeroso, cortando calles y travesías, fué a calar sus anclas en la catedral del cante flamenco.

Estaba lleno; pero pronto los camareros, al ver el porte de Rodriguito y sus amigos, les hicieron sitio.

Martinillo, que tocaba en el tablado, tan pronto como divisó al duque hizo un guiño a sus compa-

ñeros y se precipitó a la coda. No se le cocía el pan hasta saludar a su gran amigo.

—Mucha salú, señor duque y la compañía, y un verderón siempre que no haga farta pa ná.

—¡Hola, Martinillo! Pide lo que quieras. ¿Sigues siendo tan mal artista?

—Como usted quiera, señor duque.

—Ya te lo he dicho muchas veces: como persona eres de lo mejor que he conocido; pero con la guitarra en la mano no me convences.

—Porque usted es un artista, señor duque; pero el público no sabe tanto como usted.

—No, hombre; es que tú tocas para ganar de comer y no por amor al arte. ¿A que no has aprendido la taranta que te enseñé la otra noche?

—Me creo que sí, señor duque.

—Luego lo veremos. Ahora bebe y da de beber a tu tropa, y a ver cómo os las arregláis para que nos quedemos solos.

Volvió a su estrado Martinillo después de sorber y de brindar por la salud de todos. Un mozo llevó dos botellas y un cañero para el cuadro, y cuando todos hubieron humedecido sus fauces con el pálido manzanilla del Puerto, tomó el tocador su tiorba, la acarició como a una moza en primera sazón y,

después de haber perfilado unos arpegios, como si tapase agujeros por donde a la guitarra se la fueran sus íntimas armonías, comenzó a tocar un ruidoso jaleo, en el que todos, ellas y ellos, se movían como azogados y gritaban como es fama que gritan los diablos cuando suben a pasear por el mundo.

—¡La Pastora!... ¡La Pastora sola!—clamó el público.

Y del cuadro se destacó al borde del tablado la Pastora, una mujer cuarentona, pequeñita y barbuda, con la cara albarrazada de un pésimo colorete; lanzó un jipío y entonó:

En Francia, las mujeres,
nadie se asombre,
han pedío al Gobierno
que las conceda
vestirse de hombres...

Y no hubo medio de averiguar las razones en las que fundaban las francesitas su solicitud a causa de los bravos, los oles, los viva tu mare y demás aclamaciones clásicas, que brotaban copiosamente de todas las mesas.

Concluyó la Pastora su canción, que rubricó con

sus pies menudos, calzados de zapatos rojos, y comenzó el desfile, pausado y silencioso, de aquella masa humana, cansada ya de vitorear y de aplaudir.

En cinco minutos quedó reducida la concurrencia a los del cuadro, los amigos de Rodriguito y un obrero, a juzgar por su porte, que, acodado en una mesa lejana, frente a un servicio de café ya vacío, parecía no tener prisa.

—Ande, señor Alejo, agüequé, que vamos a cerrar.

—Pos cerraide, qu'el hijo de mi mamá por esta noche no tié prisa.

—Pero señor Alejo...

—No hay señor Alejo que valga. Yo soy un arbañil de conduta, que cuando me pide el cuerpo juerga se la doy, como otros, pongo por caso, le dan la excomunió pascual. ¡Y que no tengo yo quinqué pa diquelar las cosas! Aquellos señoritos han venío a divertirse y yo tamién, pa que t'enteres.

—Aquéllos son aquéllos.

—Y yo soy yo, Alejo García Retuerto, pa que no te se olvide, arbañil a mucha honra, como dijo el otro. Por las mañanas, cuando amanece Dios, me soplo una paloma y prencipio a hacer volatines por los andamios y a sacudir tela con la alcotana

y el palustre, y como entavía tié uno joventú, más que le esté mal el decirlo, cuando yega la noche, pos a gozar de la vida se ha dicho, y pide lo que quieras.

—Lo que quiero es que se marche usted, señor Alejo, y no nos arme aquí un *destravío*.

Un timbre del mostrador llamó al mozo y el señor Alejo siguió hablando como si tuviera interlocutor.

—De mo, manera y forma que porque unos señoritos, que quizás que no lo sean ni tan siquiera en su casa, se quien alegrar la pajarilla, prosupuesto, con mala sombra, yo, que soy un trabajador honrao, me tengo que dir a la piltra cantando bajito... ¡Piscis!... Al señor Alejo no lo levantan de aquí ni con grúa... ¿Hi dicho algo?

El camarero, que había salido, después de recibir instrucciones, por una puerta secreta, volvió al momento con dos guardias y el sereno de la calle.

Dirigiénronse todos a la mesa del albañil, y éste, al cabo de una discusión múltiple y violenta, tuvo que guardarse su programa, salir a la calle y arrastrar hasta la delegación o hasta la cama el propósito de dar a su cuerpo en aquella noche una inocente expansión.

Juntaron en seguida media docena de mesas y en torno de ellas se agruparon los artistas y los amigos de Rodriguito.

—Ven acá, Pastora, a la diestra de Dios Padre. Tú eres gitana, si mal no recuerdo...

—Ya me he retirao d'ezo, señor duque.

—Sin guasa, que se trata de una cosa muy seria.

—Pues usté manda, señor duque.

—Este pollo que ves aquí se nos casa y vas a decirle la buenaventura; pero luego, cuando hayas bebido bastante y estés más alegre; no quiero que le digas cosas tristes.

—Pa mí eso es sagrao y digo siempre la verdá, lo que digan las rayitas de la mano, señor duque, que pa ezo ma dao Dios eza gracia.

—Bueno, pues bebe.

—A la zalú de los presentes.

—¡Mujer!... ¡Y de la novia!

—Pero ¿no es la novia una de estas señoritas?

Protestaron todos con carcajadas y aplausos.

—Na, que t'as colao, Pastora—la dijo Marti-
nillo.

Pastora se ruborizó por debajo del empaste que conservaba en su cara. Y otra de las artistas, como para correr un velo, cantó, jaleándose:

—Mare mía cázeme.

—Hija, que no tienes tiempo.

—Mas de cuatro ze han cazao con menos conosimiento.

—¡Vaya con la niña! No diréis que no tiene estilo —comentó el duque—. Venga la guitarra, Martín, que vamos a cantar cada unó una copla.

—¡Hombre!—intervino alarmado don Fernando Garnacha.

—No hay hombre que valga, usted también, o lo manteamos. Anda tú, Valentina, a ver si entras bien.

Rasgueó el duque y cantó la aludida:

Toito er mundo ze caza,
yo no me cazo.

¡Y que no hay quien la jeró me parta
d'un ladrillaso!

Cuando cesaron las palmas preguntó “la Miriñaques” a otra artista del cuadro:

—¿Quién da la vez?

—Anda tú misma, que aquí nadie se ha de quedar en tierra—invitó el duque.

Si el casarse fuera un día,
o una semanita o dos;
pero por toda la vía,
eso no lo quiero yo.

—Anda Martinillo; a ver si les quitas los moños a las tres.

—Como usted quiera señor duque. Vamos por soleares:

Yo no quiero viví más,
ábreme la zeportura,
vivo me quiero enterrá.

—¡Granuja!... ¡Asaúra!... ¡Malange!...—le increpaban todos—. ¡Que le den er jorná y que ze marche!... ¡Mizté que traé acá la meripen!...

—¡Calma, calma!—intervino el duque—. Que cante en castigo otras dos coplas; pero de las buenas.

—Pos habéi de saber ostés qu'eza e der propio Mochuelo; pero no hi dicho ná. Venga, señor duque.

A ezo de las cuatro...
cuando tenía mi compañerita,
me dormía en sus brazos...

Yo te quería queré...
pero veo que no tienes
fundamento de mujé.

—Y otra de propina, señor duque:

Tu mare es una judía,
cuando por mi vera pasa
no me da lo güeno día...

—Estás perdonado, Martinillo. Pide lo que
quieras.

—Lo dise usté de verdá, señor duque?

—Hombre, ya sabes tú que con las cosas de co-
mer, beber y arder no se bromea.

—Poz ya está usté enterao de cuál es mi debiliá
a estas horas.

—Sí, hombre, los churros. Que te traigan una
rueda.

—U dos, porque aluego tos los presentes quedrán
jasé lo que “el Pintao”—y ordenó al camarero—:
Anda, Pascual, que te den dos o tres kilómetros de
churros. Y mientras los traen, vamo a ve lo que quie-
re que le acompañe “la Niña de las Aleluyas”.

—¿Qué es eso del “Pintao”? Cuéntalo si tiene

gracia y si no cállate la boca, que después de la copleja del propio Mochuelo nos tienes escamados a todos.

—¡Que si tié grasia! Vais a ve ostedes. “El Pintao” era un picaor de la cuadrilla del Espartero, qu’esté en gloria, y que juera e la temporá era como si dijéramos en Seviya er rey de la carpanta. Tos los días a la hora justa del manró caía en casa del maeztro, que como era er probe tan güeno, le desía: —¿Quiez comé, “Pintao”? —Z’agraese, pero ya he comío. Por no dispresía picaré un poco. Er “Pintao” metía mano y ze trajelaba la comía de tos, hasta qu’una ves, el Espartero, ya mosca, le dijo como siempre: —¿Quiez comé, “Pintao”? Z’agraese, pero ya he comío. Por no dispresía picaré un poco. Y aquí se levantó el espá con las der veri y le dijo ar gorrón: —Bazta e guaza, “Pintao”; si quiez comé, come jazta que te ze zobre la comía por lo agujeriyo e laz oreja; pero a picá te va a di a la peinetera plaza. Y a ezo voy, señor duque, que en cuanto azomen los churros quedrán picá tos. Y como er cuento z’acabo, vamo a ve cómo ze entona esta “Niña de las Aleluyas”.

—Yo pago la multa y no canto.

—Aquí no hay multa que valga. O cantas o te largas tú solita para que te cojan en la calle y te den una quincena.

—Si te pones así...

—¡Venga!

—Pero si yo no tengo gracia pa eso...

—Pues cantas sin gracia. Bebe primero.

—Además, no me acuerdo de ninguna copla.

—Canta aunque sea aquello de sentrañita mía.

—Que canten éstas primero.

—He dicho que te toca a ti...

Llegó Pascual con los churros y depuso la bandeja sobre la mesa antes de que la discusión terminara. El señor Alejo, que sin duda estaba de acecho y se había deslizado nuevamente en el local detrás del camarero, se puso en jarras ante el duque y dijo galante:

—Deje usted a esa probe muchacha, señor duque; yo la sostituyo; pero le advierto que no sé más que jotas.

Celebraron todos la ocurrencia; ofreció el duque una caña de manzanilla al albañil, preludió la jota en la guitarra y cantó el señor Alejo:

Cuando quedrá Dios del cielo
que valga el vino barato,
para que mi barriguita
no pase tan malos ratos.

Si me quieres t'advierito
que soy arbañil;
cuatro pesetas gano
y son para mí.

—¡Y que no tengo yo gracia ni na pa estas cosas!
Vamos con otra:

Cuando se emborracha un probe
le llaman el borrachón.
Cuando se emborracha un rico,
¡que célebre está el señor!

Todos los arbañiles
nacen en cueros,
y por eso nos llaman
tapa-bujeros.

Márquese usté otra, maistro, que no tos los días
se pué agarrar al señor Alejo pa que se la cante.

—No, hombre, no; ya está bien. Siéntese y beba.

—Beber tamién, porque en eso talmente se diferencia el hombre de las bestias: en que bebe vino... ¡Ea! Ya he bebío. Estos vinos que se gastan ustés son pa cuando hace mucha calor. Ande esté un güen Valdepeñas, que dé la cara y sepa a la pez... ¡Venga otra jota!

Y como el duque no tocaba, cantó a palo seco el menestral:

¡Ay qué bien canta el jilguero,
y qué bien el ruiseñor!...
Mejor canta la botella
si le quitas el tapón.

—Pero ¿no toca usted?... Ni falta que hace... Cuando uno canta bien... Ahora vais a ver canela:

Al Rastro llevé a mi suegra...

Y mientras el señor Alejo derramaba estérilmente los tesoros de su gargana, se dieron de ojo Rodriguito y sus amigos y salieron amparados por los del cuadro, que protegieron hábilmente su deserción.

—Y a todo esto, Pastora—recordó el duque en

la calle—, no has dicho a Rodrigo la buenaventura.

—Entavía no no himo desapartao.

—Tienes razón. Vamos todos a Fornos y allí se la dirás.

—A Fornos, no, señor duque; qu'ezta e la hora e lo asaurone. Yo sé un establecimiento en la caye de la Bada que tié reselvao y por un rial te dan chocolate con doce bolas.

—¡Chocolate!—objetó “la Malagueña”—. A mí, de madrugá, la cazalla.

—Tendrás cazalla; vamos.

Y se acomodaron en el cuarto interior de la buñolería. Mientras traían el servicio, tomó espontánea Pastora la mano de Rodrigo, la miró atentamente y al cabo de unos segundos levantó espantada los ojos y dijo al auditorio:

—Miray, miray tos ustés y ajolá que no vean. ¡Jozú, Jozú qu'esaborisión! ¿No e ezto argo azín como un siervo, maz que zea mala comparansa?...

—Yo no lo veo—repuso el duque.

—Ni yo. Ni yo—fueron afirmando todos, después de haber examinado la mano de Torre-Cumbre.

—Pues yo sí, y que no güerva a subí a un tablao en mi vía zi no e verdá. Un siervo, un siervo con ca nogué como un arberuque der Retiro. Qu'er ben-

gorré me coma loz ojito de mi cara zi no e verdá.

—Bueno. Ya está bien. Sigue—ordenó el duque.

—No, no quiero ve ma, ni jablá ma... No te case, chavá; no te case, que va a sé mu desgrasiaito...

Sonrió escéptico Rodrigo, callaron todos y comenzaron a mojar en el supuesto chocolate los buñuelos aceitosos.

La reunión se disolvió en el silencio. Acomodaron en “manuelas” y en “simones” a los artistas y a las ninfas y cuando los amigos del novio se vieron solos con éste, preguntó grave don Fernando:

—¿Os habéis divertido?

—La noche resultó un poco patosa—repuso el duque—. Estas mujeres no tienen ángel.

—Estas juergas, cuando no hay bronca no resultan—corroboró el marquesito del Enebro—. Hemos debido pegarle al albañil...

VII

Y ocurrió lo que realmente temía don Fernando Garnacha y no se atrevió a comunicarlo a Cinchuelo ni a Rodriguito.

Como todos sus negocios estaban edificados sobre quimeras y trapisondas y defendidos con peloteos de letras de cambio y transferencias de valores, artificiosas y complicadas, tan pronto como uno de sus numerosos acreedores supo del pleito de las casas salubres y baratas tocó la trompeta, hizo despertar a sus consortes y cayeron todos en legión sobre Garnacha, a quien llevaron a una quiebra estrepitosa, que abasteció los mentideros y los cenáculos de Madrid durante muchos días.

Quiso entonces huir a Grecia, como habíale aconsejado Cinchuelo; pero ya era tarde; los acreedores le pusieron vigilancia desde el primer momento y

el Juzgado no quiso aplazar por mucho tiempo su detención.

El caso era verdaderamente escandaloso: contra un pasivo de más de tres millones de pesetas apareció un activo totalmente ilusorio, compuesto de acciones de ferrocarriles, minas y pantanos inexistentes y de pagarés suscritos por deudores imaginarios.

Las más castigadas fueron algunas docenas de viudas de funcionarios civiles y militares que poco a poco habíale ido enviando cierto amigo suyo, habilitado de Clases Pasivas y miembro pimpante de *El Armiño Blanco*, temeroso de Dios y tan limpio de sangre como el propio don Fernando.

Con su habilidad notoria les extrajo suavemente sus ahorros, y a cambio de ellos les llenó la casa de los aparatosos valores, cuyo manantial apareció en su caja de caudales, que llevaban como apéndice cupones del ocho y del diez por ciento.

Los maliciosos abogados de los acreedores hicieron que esta legión de señoras desvalijadas compareciese a coro en la presencia judicial cuando aún el perseguido no había sido trasladado a la cárcel, y los esfuerzos del juez no fueron suficientes para evitar el que las más vehementes escribieran y ru-

bricaran con las uñas en el rostro de Garnacha la palabra de protesta.

Cuando lo supo don Zacarías, comentó:

—Ya decía yo que ése era un sujeto mixto de *gurrion* y galápago, que había que darle la mano por el codo y escucharle con pararrayos.

Sin embargo, le mandó a la cárcel un mensaje discreto, en el que le preguntaba en dónde podía situarle el importe del corretaje del matrimonio de Conchita, para que no cayera en poder de los acreedores.

Y no dejó de añadir a la carta un parrafito de los suyos:

“Ahora, entre esas cuatro *paderes*, dirá usted: “¡Qué bien me aconsejaba ese animal de Cinchuelo! ¡Y tan ricamente como estaría yo en la Grecia o en Celipindú!” Pero ya sabe usted que al camarón que se duerme, las costuras le hacen llagas.”

Los de *El Armiño Blanco* fueron más piadosos para su consocio: en vez de mortificarle con lamentaciones y consejos abrieron para socorrerlo una suscripción que produjo diez y siete pesetas y cincuenta céntimos, y nombraron una Comisión que se las llevara muy solemnemente. Tanto, que aquel día

brillaron los reflejos chisteriles en los sórdidos locutorios de la prisión celular.

Rodrigo, por su parte, se felicitó de que la casualidad hubiese alejado el momento de hacer efectiva la concesión que un instante de debilidad había hecho a su amigo.

VIII

Entre don Zacarías Cinchuelo y la madre superiora de la Santa Ingenuidad habían concertado todos los pormenores de la *cerimonia*, como decía el banquero, de quien el constante disparatar, más que ignorancia parecía la exteriorización del propósito de haber formado para su uso un nuevo idioma, grosero y arbitrario.

Se casaron con gran solemnidad en la capilla del Colegio, a una hora no muy avanzada de la mañana, y desde allí se trasladó la comitiva, para almorzar, a un restaurante de lujo.

El cortejo no podía ser más vario y abigarrado: graves colegas de don Zacarías, alegres y juveniles compañeras de Conchita, mozos presuntuosos y encanallados en todas las rudezas del *sport*, amigos de Torre-Cumbre, y algunas calvas limpias de san-

gre y temerosas de Dios procedentes de los bazares de *El Armiño Blanco*.

Hubo risas borbotantes, en las que se podía distinguir toda la gama de metálicos sonidos, granizadas de frases equívocas y hasta brindis serios y plegarias a la Providencia para “que los hiciera bien casados”.

El champan corrió como un río encauzado hacia la mesa de los novios, de tal manera, que Rodrigo, a pesar de todos sus cuidados, no pudo impedir que Conchita al final del ágape estuviera un poco más que a medios pelos.

Esto precipitó el desfile. Rodrigo aprovechó un momento en el que trinaba la alegría por otras latitudes para tomar a la novia del brazo y llevarla al coche, no sin antes haber encargado a los padrinos que justificasen la fuga declarando que Conchita se había puesto enferma.

En breves minutos llegaron al hotelito del barrio de Argüelles, y ya solos en su habitación, Rodrigo se felicitó de haber adoptado aquella medida, porque a Conchita se le había cuajado bien la *borrasca* y disparataba de lo lindo.

—¿Lo ves, rica?—le decía él, mientras le hacía apurar a sorbitos una taza de café sin azúcar—.

No debiste haber bebido. Ya te lo advertí a tiempo. Tienes que ir acostumbrándote a hacerme caso en todo, puesto que tengo más experiencia de la vida que tú.

—Yo también tengo experiencia. ¿Qué te has creído?... Y en estos días hay que alegrarse... ¡A ver si va a poder ser!

—Bien, sí; sin ponerme en ridículo ni aguar las fiestas.

—¿En ridículo yo?... Al que se ría de mí le doy un mordisco en las narices... ¡Que se lo han creído!... ¿Quién se reía de mí?... ¿Quién?... Pide el coche y vamos a romperle la cara... Pero déjame a mí... Tú no te comprometas... ¿A que no has sido para traerte una botella de champan?... Dame más... Yo quiero más... ¿Las tenemos en la cueva?... Di que suban una o dos... Mejor dos... una para cada uno...

—Luego, luego, Conchita; ahora toma el café.

—Está muy amargo... Quiero vino... Que suban vino de la cueva.

—No te empeñes, Conchita. Ahora no puede ser. Lo beberemos más tarde. A la hora de cenar.

—Ha de ser ahora. ¡Valiente marido, que en el día de la boda me niega ya el primer capricho!...

Si tú no me das vino, llamaré por teléfono a mi padre para que me lo mande... Yo no me quedo sin beber más champan, Rodrigo... Si tú te hubieras alegrado como yo, no tendríamos ahora este disgusto... ¡Qué hombre, que no se emborracha en el día de su boda!... ¿Para cuándo lo dejas, alma mía?

—Vamos, hijita, acuéstate, descansa; estás muy nerviosa de las emociones naturales del día.

—¿Nerviosa yo?... ¡Ay, qué gracia!... Yo no tengo nervios... Ni emociones... Eso debe ser cosa de viejos... O de enfermos... Dame vino y no te pongas pelma... ¿Y tú..., por qué no has bebido?

—Yo también bebí; más que tú, sin duda; pero como tengo costumbre no me hace daño.

—Tampoco a mí. Yo también tengo costumbre.

—¿Os lo daban en el Colegio?

—¡En el Colegio! ¡Con lo tacañas que son las monjas!... Lo bebí una vez... Una botella muy grande para mí solita... Ya ves tú si yo también tengo costumbre...

—Sin duda en casa de tu padre... ¿Y él lo sintió?

—No; no fué en casa de mi padre... Ya te contaré... ¡Qué juerga, chico!

—No digas esas cosas, Conchita; serénate.

—¿Te ruborizas?

—No, mujer; es que no están bien en una señorita como tú.

—Señora... ¿O nos falta algo para estar casados?

—Tienes razón, señora; no me había dado cuenta... Díme, díme cómo fué eso de la juerga... Seguramente en la boda de alguna amiguita...

—¡Frío..., frío..., frío!... ¡Que no aciertas!... Ya te lo contaré... Si me das vino, te lo cuento...

—Pero ¿cómo quieres que sea yo quien te de vino, después de ver lo mala que te has puesto por haberlo bebido? Ya te lo daré a la noche, cuando se te haya pasado.

—Lo quiero ahora... Ahora mismo... Una botella muy grande para mí solita, como aquel día...

—Pero... explícate... ¿Qué día?

—Ya te lo diré... cuando me des vino...; si no me das vino me divorcio...; otra cosa si no... pide el coche y nos vamos de juerga a un sitio en donde haya baile y vino...

—Vas a hacer que me disguste de verdad, Conchita; no digas esos disparates.

—¡Disparates! Porque estás triste como si te hu-

biera ocurrido una desgracia les llamas disparates...; si estuvieras tan alegre como yo...; anda, bebe y verás qué contento te pones... ¿No quieres que bebamos?... ¿Y ésta es la felicidad del matrimonio?... El primer capricho, el primer disgusto... ¡Bien decía la madre Transformación de la Divina Sangre!... Los hombres sois todos unos monstruos abominables, que debíais perecer por el fuego, como Datán y Abirón... Si me das vino te cuento la historia de la madre Transformación... ¡Qué desgraciada ha sido la pobrecilla!... Verás: tuvo un novio como tú..., más guapo que tú... y más cariñoso. Lo quería mucho...; dice que si le hubiera pedido la vida, se la da sin vacilar; anda, Rodriguito, marido mío, dí que me traigan champán, que no puedo hablar, y la historia es muy interesante...; ¿no ves cómo se me traba la lengua?... La familia de la madre no quería que se casara con aquel muchacho, y tuvo muchos disgustos en su casa...; por fin, los padres cedieron..., ¿lo ves?..., todos ceden menos tú...; pero de aquí no paso si no me das vino... ¡Se acabó la historia!...

—¡Conchita, por Dios!...

—Eso es...; ayer me decías: “Pídeme la luna y subo por ella”..., y hoy ya me tienes ata-

dita... ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

Conchita rompió a llorar con gritos desgarradores. Rodrigo fué débil, o acaso quiso evitar el que la servidumbre se escandalizara, y mandó traer de la cueva una botella de champán. Al verla a su alcance, Conchita comenzó a dar saltos y besó y abrazó con efusión a su marido.

—¡Ya sabía yo, ya sabía yo—decía palmoteando—que tú no eres uno de esos monstruos abominables, y que no te tiene Dios predestinado a perecer por el fuego, como Datán y Abirón.

Al beber la primera copa pareció serenarse y recobrar de pronto el aplomo y el equilibrio.

—Verás, verás, voy a concluir de contarte la historia de la madre Transformación de la Divina Sangre. Sus padres dieron, al fin, el consentimiento y la hicieron un *trusó* magnífico. Muchas prendas riquísimas; las he visto en la clase de labores. Las amistades le llenaron la casa de regalos...; pero ¿tú no bebes?...; mejor..., beberé yo por los dos...; lléname la copa...; está que quita la cabeza...; desde que lo bebí aquel día estaba yo soñando con mi boda para volverlo a beber...

—Pero ¿qué día? ¿Por qué no me cuentas ya eso de la botella para ti sola y de la juerga?

—Esta botella es también para mí sola... Si quieres tú, que te traigan...; de aquí no te doy ni una burbuja... Cuando acabe con lo de la madre te contaré lo otro..., no seas impaciente...; verás: lo prepararon todo para la boda..., y la víspera... desapareció el novio con una doncella de la madre Transformación, dejando a todos con un palmo de narices... ¡Aquél sí que era monstruo abominable!... Por eso la pobre mujer buscó su consuelo en el Señor y se metió monja.

—Eso les ha ocurrido a muchas.

—Así nos dijo ella, que al principio creía que era la única...; pero que cuando se apartó del mundo y entró en el claustro encontró muchos casos parecidos... Lléname la copa.

—Y si a mí no me gustara vivir con una mujer borracha y ahora mismo hiciera lo que el novio de la madre Transformación, pero sin doncella, ¿qué harías tú?... ¿Qué dirías?

—Lléname la copa...; tú no eres de esos... y yo no me emborracho...; ¿ves que aquel día me bebí la botella entera?... pues me quedé tan fresca.

—Pero ¿qué día?... Cuenta y no me intrigues más.

—Espérate, que me parece que me pongo algo mala...

—¿Lo ves? El vino. ¡Tenía que suceder!

—No..., no es por el vino...; el vino a nadie hace daño...; salte un poco, que me voy a acostar...

—Eso. Llamaré a la chica para que te desnude.

—No..., no..., me desnudo sola..., como en el colegio...; salte un momento.

—Y me llevo el vino...

—No...; eso no..., Rodrigo...

—Pero, mujer, sé razonable.

—Más vale que lo seas tú; no comprendo ese empeño de llevarme la contraria...

—Si tú misma confieras que te has puesto mala...

—Pero no es del vino...: es que me oprime y me molesta la ropa nueva..., y, además..., esta casa, nueva también para mí..., parece... así como que tiembla... ¿No lo notas?

—Yo no, mujer. ¡Qué disgusto me estás dando!

—¡Bueno!... Sí..., ya me lo has dicho...; márchate ahora y no te hagas el remolón...

Obediente, Rodrigo salió sin atreverse a invocar sus derechos de marido para no complicar la situación, y se puso a pasear, abatido, por delante de la puerta del gabinete nupcial.

A los pocos momentos oyó un ruido como de muebles que se desploman, y en el instante supuso la verdad.

Entró de pronto y vió a Conchita en el suelo, en medio de un gran charco de vino que fluía a borbotones de sus labios. A sus pies estaban la botella y la copa, rotas, y la mesa y una silla que arrastró en su caída. Tenía la mirada ausente de sus ojos, grandes y forzadamente abiertos, amarillo el color y temblorosas las manos.

No sin grandes dificultades, ni sin haber roto broches y ataduras a causa de su inexperiencia, la desnudó y la trasladó a la cama, en donde quedó adormecida.

Llamó y esperó en el pasillo a la doncella para decirle a media voz que con el mayor sigilo pusiera orden en el gabinete, alegando para desviar toda sospecha que había él tenido la mala idea de hacer beber a la señorita, y que, falta de costumbre, se había mareado.

Cuando, terminada su labor, hubo salido la sirviente, veló el sopor de su amada hasta las altas horas de la noche.

Conchita cayó luego en un sueño inquieto y nervioso, acompañado de ronquidos estridentes. Se acer-

có a ella y vió que brotaba fuego de sus labios secos; pero no quiso tocarla ni acudir a ningún remedio, confiado en que el sueño le devolvería el equilibrio.

Un poco antes de la media noche comenzó a delirar:

—¡Valentina!... ¡Valentina!... ¡Se ha marchado!... ¡Me ha dejado sola!... ¡Valentina!... ¡No..., yo no tengo nada que ver con usted...; no le conozco... ¡Valentina! ¡Valentina!... No..., yo no vuelvo... ¡Las madres!... ¡Las madres!...

Calló y comenzó a llorar copiosamente. Rodrigo tomó sus manos heladas, y suavemente procuró despertarla para hacerla salir de aquella angustia.

—¡Déjeme usted..., déjeme usted!—gritaba ya con los ojos abiertos—. ¡Busque ahora mismo a Valentina!... Va a amanecer y no debemos estar aquí un minuto más... ¡Busque usted a Valentina!...

Despertó al fin, y cuando hubo advertido a la cabecera de su lecho la presencia de Rodrigo, que la miraba con un gesto de profundísimo dolor, se incorporó y lo besó y lo abrazó con efusión cordial y apasionada.

El joven la miró a los grandes ojos negros, de

mirada un poco incierta y turbia aún, como queriendo descubrir en su fondo la solución del enigma.

—¿Quién es Valentina? ¡Contesta!—gritó imperativo.

—¿Cómo? ¿Tú la conoces?... ¡Ah, sí..., ya no me acordaba de que te conté ayer la historia.

—No me la contaste. Cuéntamela ahora. Es... que la has nombrado en sueños...

—¿De veras?

—Sí; pero cuéntame la historia.

—No tiene nada de particular... Valentina Cerdón, que cuando estábamos en el colegio se escapó con su novio.

—¿Y tú la acompañaste?—preguntó el joven con trémolos de llanto en la voz.

—Sí; pero yo me volví en seguida...; entonces fué lo de la botella de champán para mí sola.

—Volviste en seguida; pero después de beberte la botella...

—Sí, eso; sí...

—¿Adónde fuisteis?

—No recuerdo. Yo no conocía el sitio...

—Cuéntamelo todo, Conchita.

—No. Ahora no. Ahora no tengo yo la cabeza para hablar mucho.

—¡Te lo ruego!... ¡Te lo suplico!...

—Déjame, Rodrigo.

—¡Te lo mando! ¡Te lo impongo!—gritó puesto en pie, mientras estrujaba nerviosamente una mano de Conchita.

—¡Si no tiene nada de particular!... Valentina tenía concertada con su novio la fuga del colegio, porque los padres de ella no consentían el matrimonio. En el momento preciso no se atrevía y me suplicó a mí que la acompañase.

—Y la acompañaste.

—Sí.

—¿Escalasteis la tapia?

—No. Trajeron ellos una llave falsa de la puerta de atrás.

—¡Ellos!... ¿Quién iba con el novio de Valentina?

—Un amigo suyo.

—Que pasó la noche con vosotras...

—Sí...

—Y os emborracharon a las dos...

—Yo no me emborraché...: me dormí como ahora.

—Y al despertar encontraste al amigo del novio de Valentina acostado junto a ti...

—¿Cómo sabes?...

—¡Basta, hija mía, basta!

—Al amanecer me acompañó hasta el colegio.

—Y ¿lo supo tu padre?

—¡Claro! Lo llamaron las madres, y fué en seguida, con don Fernando.

—¡Con don Fernando!... ¡Canallas!... Y ¿qué hicieron? ¿Qué resolvieron?...

—Mudarme de colegio.

Rodrigo sacudió con violencia la mano de Conchita, y, tirándola sobre la colcha como quien arroja un objeto que mancha o que quema, salió violentamente, sin que ella, en su estupefacción, pudiese articular una palabra.

Minutos después, en la calle, en su camino sin brújula, en su propósito inquebrantable de huir para siempre de aquella casa y de aquella gente, sentía como si le asaeteara el cerebro una idea fija y molesta.

—... Tal vez el único hombre sincero y leal entre toda esta canalla, de la que me aparto envenenado, es el sabio Jakem Brollon... Y no puedo, no puedo arrancar de mi cimera el airón de los Torre-Cumbre.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
El armiño Blanco (Primera parte).....	7
Los siete abuelos ilustres y gloriosos (Segunda parte)	117
El airón de los Torre-Cumbre (Tercera parte).....	195

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA «COMPAÑÍA
GENERAL DE ARTES GRÁFI-
CAS, S. A.», DE MADRID,
A LOS V DÍAS DEL
MES DE SEP-
TIEMBRE DE
MCMXXIX
AÑOS





Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000345168



EL

AIRON

DE LOS

TORRE

CUMBRE

R

8844

